#### Carlos Valenzuela Solís de Ovando

# MUJERES DE CHILE



EDITORIAL ANDUJAR
Santiago de Chile
1995

#### BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

#### Sección Chilena

2 38

Ubicación... 10 M. (083 - 32)

Año Ed... 1996. - Copia. 2.

Registro Seaco... 16 5 8 20. 
Registro Notis... AAU \$251. -

BIBLIOTECA NACIONAL

0367112

Carlos Valenzuela Sulla de Ovando



55820

#### Carlos Valenzuela Solís de Ovando

# MUJERES DE CHILE

#### **EDITORIAL ANDUJAR**

Santiago de Chile 1996



#### EDITORIAL ANDUJAR ALONSO DE CORDOVA 6068 OF. 202 FONO 2244088

Mujeres de Chile Carlos Valenzuela S.de O. Reg. N° 94.240

## **PROLOGO**

Abordar el tema de la mujer a través de la historia de Chile, como lo hace Carlos Valenzuela Solís de Ovando en este libro, resulta ser una tarea más difícil de lo que pudiera pensarse, ya que las únicas fuentes de que se dispone en el período prehispánico e indiano para conocer su real situación es, fundamentalmente, el testimonio de cronistas y viajeros, cuya visión está llena de limitaciones propias de su condición de varones, de su escaso conocimiento del medio y de las costumbres imperantes.

La mujer, relegada por siglos casi exclusivamente a la maternidad y al manejo del hogar, se presenta en Chile, no obstante, desde los primeros tiempos, como una activa compañera del hombre en la guerra, en la colonización y aún en la toma de las grandes decisiones.

Sobre la mujer indígena, la que encuentra el conquistador español en la época fundacional, cabe hacer un distingo: aquéllas que viven del Bío Bío al norte, formando parte de las comunidades de indios "de paz", y las que viven más allá de la frontera, integrando los grupos de indios "de guerra". De las primeras, que siguieron dócilmente al invasor, proviene nuestra raza mestiza, con todos sus cualidades y defectos. De las segundas, hay constancia de su indomable lucha por la libertad, junto a sus hombres, y puede decirse que su contribución al mestizaje fue casi nula, como consecuencia de la prolongada guerra que ese pueblo sostuvo con España y después con la República.

Las mujeres aborígenes de la zona norte y central de Chile eran, según los cronistas, de mediana estatura, robustas de brazos y piernas, musculosas y bien formadas, los pies pequeños y generalmente descalzos. Sus caras eran redondas, con ojos pequeños pero vivaces y llenos de expresión, muy negros, con cejas bien señaladas y pestañas largas. La nariz es chata y la boca bien formada, con dientes parejos y blancos. El color de su tez es castaño, más que moreno, y las hay más blancas, "dependiendo del temple de las tierras donde nacen y se

crían". Nuestro sabio naturalista el abate Juan Ignacio Molina opinaba en el siglo XVIII que las facciones de la mujer indígena son "como requiere el bello sexo, más delicadas" y, agrega, "que se ven muchas de ellas bien parecidas". Casi lo mismo había dicho en el siglo XVI el cronista González de Nájera, quien comenta: "las de ellas que sirven a los nuestros, son causa de hacer a muchas españolas mal casadas".

Por otra parte, nuestras abuelas indígenas, como todas las mujeres del mundo, tenían vanidad y coquetería. Procuraban parecer bien. Demostraban una especial preocupación por el cabello, que lavaban muy seguido con corteza de quillay y que llevaban muy largo y suelto, que muchas veces les llega hasta el suelo, dividido en varias trenzas que entrelazan con cintas de pequeños caracoles de mar muy blancos. El peor vejamen que podía inferírseles era cortarles el pelo, castigo reservado para casos de delitos graves o fuga. Su frente la adornaban con unas piedras verdes llamadas "llancas". Llevaban collares y pulseras de cuentas y adornaban sus dedos con anillos de plata. Tanto gustaban de estos aderezos que ni aun las más pobres dejaban de llevarlos. A poco de llegados los españoles, el cronista Mariño de Lobera teme que estos zarcillos puedan haber sido hechos con el metal de los cálices y patenas de las ciudades saqueadas y destruidas en el sur.

Su vestimenta, en cambio, es muy sencilla. Jerónimo de Vivar nos informa que antes de la llegada de Pedro de Valdivia y sus compañeros, las indias del valle del Mapocho usaban una manta ceñida a la cintura por una faja del ancho de una cincha de caballo, que les dejaba los pechos afuera, y otra que les cubría los hombros. En el siglo XVIII el padre Rosales dice que las mujeres indígenas usan una especie de poncho con abertura para pasar la cabeza y celebra el que no sean extravagantes en el vestir. Las que se crían en las ciudades de españoles usan calzado, camisa v faldellín debajo de la manta, "pero no otra ninguna cosa", y no aceptan usar afeites en la cara, como "solimán" o "arrebol". En los campos llevan una túnica de lana azul o negra, que deja los brazos y las piernas sin cubrir y permanece abierta de arriba abajo por un costado para facilitar los movimientos. Bajo los pechos y ciñiendo la cintura usan una manta que sujetan con una hebilla o adorno de plata.

El padre jesuita Diego de Rosales cree que la fortaleza de la mujer indígena procede de criarse "medio desnudas", al frío y al agua, con tan poco melindre y delicadeza que todas las mañanas, aunque esté granizando, se han de bañar". Y agrega que "la limpieza de las indias es singular; se peinandos veces al día y todas las semanas se lavan la cabeza; también ponen gran atención al aseo de sus casas, que barren muchas veces al día. En su ropa jamás se ve la menor mancha de suciedad".

Los mapuches conciben el matrimonio como un contrato de tipo económico que permite al hombre tener tantas mujeres como pueda comprarlas y mantenerlas. De allí su resentimiento contra el español que les arrebata sus mu jeres, lo que constituye una pérdida similar al despojo de sus ganados y sementeras.

Es común que los indios posean entre cuatro y seis mujeres, aunque los caciques llegan a tener más de veinte, lo que aumenta su honra y prestigio. Una forma educada de saber cuantas mujeres tenía un indio era preguntarle cuantos "fuegos" tenía en su casa, pues era deber de cada una el preparar un plato especial para su marido.

Estas breves noticias bastan para mostrarnos el rol y carácter de la mujer aborigen. Durante gran parte del siglo XVI y por la carencia en Chile de mujeres españolas, ellas dieron lugar a la formación de una raza mestiza que es la base de nuestra nacionalidad. Por eso puede decirse, con certeza, que todo chileno de hoy, aún los pertenecientes a las clases dirigentes del país, salvo que

tengan ancestros muy recientes de raigambre extranjera, portan en su sangre la muy generosa de las "mujeres de la tierra", que son las auténticas madres de la chilenidad.

Respecto de la mujer española, la primera venida a Chile fue Inés Suárez, la esforzado compañera de don Pedro de Valdivia, que por amor y sed de aventuras le acompañó en la empresa conquistadora de Chile. Hoy se tiene noticias de otra mujer, una esclava liberta de nombre Malgárida, que trata Carlos Valenzuela Solís de Ovando en su libro, compañera de don Diego de Almagro, que habría precedido a aquélla como primera mujer extraña venida al territorio.

Ambas, aunque de diferente raza, tienen algo en común. Son modestas y valerosas mujeres pasadas a Indias para compartir las travesías, peligros y aventuras de los conquistadores, en un mundo desconocido y desmesurado. Muestran aún mayor entereza que sus hombres, siendo parte de una hueste de rudos varones, los más sin cultura ni trato, restañando sus heridas, ayudándolos a bien morir, satisfaciendo sus necesidades, cocinando sus alimentos, zurciendo sus harapos y dándoles calor y comprensión en las sombrías horas de nostalgia y soledad y ánimo en las derrotas. Inés Suárez se nos muestra, además, capaz de tomar las armas y combatir con tal fiereza que, en el asalto de los indios a Santiago del 11 de Septiembre de 1541, es ella, por su mano, la que hace rodar las cabezas de siete caciques prisioneros lo que pone en fuga, espantados, a los sitiadores.

Como ella hubo después otras. Algunas dejan huellas, aunque la mayoría son desconocidas. En el sitio de la ciudad de Osorno fueron tales los apremios que hasta las mujeres debieron entrar en combate. Dice el padre Alonso Ovalle que "el invencible valor de aquellas españolas chilenas pudo hacer rostro a tamaña estrechura y trabajo" y admira el tesón de que dieron muestra para no ceder ante el enemigo ni ante tanta adversidad.

Después de la batalla de Marihueñu, don Francisco de Villagra ordenó abandonar la ciudad de Concepción, pero una mujer, doña Mencia de los Nidos, consideró que huir era una cobardía y se opuso agresivamente a su orden, diciéndole "Váyase Vuestra Merced en hora buena, que las mujeres sustentaremos nuestras casas y haciendas y no las dejaremos ir perdidas por una nueva, echada por el pueblo, que debe haber salido de un algún hombrecillo sin ánimos". A ella dedica don Alonso de Ercilla este verso en su poema épico "La Araucana": "Doña Mencia de los Nidos, una dama / noble discreta,

valerosa, osada / es aquella que alcanza tanta fama / en tiempo que a los hombres es negada".

Y, para terminar con la mujer de la conquista, otro ejemplo notable lo constituye doña Inés de Aguilera, heroína del sitio de La Imperial en 1598 que, viendo desfallecidos a los soldados, les habló de tal manera que "les volvió el alma al cuerpo". Cobró tal autoridad con este gesto, que debió asumir el mando de la ciudad y fue su principal sostenedora. Su valor fue puesto a prueba cuando los indios trajeron a su vista a su marido don Pedro Fernández de Córdoba, amenazando con matarlo si no rendía la plaza. Ante su negativa procedieron a descuartizarlo ante su vista y continuaron haciendo otro tanto los días siguientes, con sus hermanos y familiares, sin que por ello cediera en su firme propósito de defender el cerco.

Durante los siglos siguientes del período indiano, la mujer chilena es vista por los viajeros como dotada de hermosura, gracia y donaire. El inglés Byron observa en 1765 que muchas se pintan con exceso y tienen un afán desmedido por el lujo. Vancouver agrega que son generalmente hermosas, morenas, de ojos negros y rasgos regulares. Su educación es muy descuidada y pocas saben leer y escribir. Tienen especial aptitud para la música y la danza. Desarrollan gran destreza en el manejo de sus

casas y manifiestan una marcada independencia de sus maridos. Esto último lo comentan extrañados algunos viajeros como el francés Frezier, quien llega a decir que "en su casa la mujer chilena es tan independiente como en Francia". Ello resulta a veces reprobable, como en el juicio estampado por Vancouver al referirse a las santiaguinas de fines del siglo XVIII. Señala que ha observado "tal libertad en las maneras y conversación de las damas, que un extranjero no puede formarse una buena opinión de sus virtudes y, al contrario, se ve obligado a juzgarlas desfavorablemente".

Las señoras de sociedad dedican parte de su tiempo a hacer y recibir visitas y a la iglesia. El mismo Vancouver nos dice, refiriéndose a una tertulia a la que asistió en Santiago: "la concurrencia estaba dividida en dos partes: las niñas sobre los cojines a un lado de la sala y los hombres, frente a ellas, sentados en sillas. Las diversiones de la velada consistían en un concierto y baile, en los cuales hacían los principales papeles las damas y parecían tener gran placer en ello. Las mujeres fueron los únicos músicos; una de ellas tocaba el piano forte y otra el violín, la flauta y el arpa". Frezier agrega: "Las damas chilenas no bailan como nosotros, que atribuimos importancia a los movimientos de los brazos y a veces a los de la cabeza. En la mayor parte de sus bailes, los brazos van colgando o doblados bajo el manto, pero gastan

más actitudes que movimientos".

Byron, más gentil y obsequioso, dice que las chilenas "bailan inimitablemente bien".

Entre las mujeres ilustradas de este período anterior a la Independencia de Chile, se destaca doña María Luisa Esterripa, mujer del Gobernador don Luis Muñoz de Guzmán, cuya elegancia y cultura la hizo ser centro de la moda y del buen tono mientras permaneció en nuestro país.

También hay testimonios que muestran a nuestras mujeres como asiduas concurrentes a las celebraciones religiosas y procesiones que se realizan, preferentemente, al atardecer o de noche. Van vestidas con velos negros que les cubren la cara y, en tal anonimato, se dedican a conversar con sus vecinos como si estuvieran en un baile de disfraces. El mismo Byron cuenta que en una noche de cuaresma se encontraba parado en una calle por donde pasaba una procesión. De pronto, una "tapada" que pasó a su lado le dio un pellizco con tantas ganas que creyó que le había arrancado un pedazo, escurriéndose luego entre la muchedumbre.

Como conclusión, podemos decir que los viajeros y cronistas ven a la mujer chilena de esta época con verdadera admiración. Aparece espontánea y natural, ingeniosa, llena de un especial señorío, no subordinada al hombre ni demasiado altanera, capaz y autosuficiente cuando debe serlo, aunque a veces amenaza la economía del hogar con sus gastos excesivos y afán de competencia.

Al producirse la Independencia y la apertura del país al comercio extranjero, nuevos aportes raciales van a modificar el aspecto de nuestras mujeres. Así lo señala en 1820 Alejandro Caldecleugh, al decir: "No hay que buscar a las verdaderas chilenas entre las jóvenes de la sociedad, pues un gran número de extranjeros enriquecidos han casado con las nativas y han impreso a su descendencia el sello imborrable de una nacionalidad diferente".

María Graham, al recordar una tertulia en Santiago, dirá: "Jamás había visto tantas mujeres hermosas. No me atrevo a asegurar que hubiera entre ellas una de extraordinaria belleza, pero sí puedo afirmar que tampoco vi ninguna fea. Son, por lo común, de mediana estatura, bien conformadas, de andar airoso, con abundantes cabelleras y lindos ojos azules y negros y, en cuanto al sonrosado color de su tez, nunca lo puso más bello la diestra mano de la naturaleza".

Entre las fuertes mujeres que comparten con el hombre las penurias de la revolución de la Independencia es necesario recordar las nobles figuras de Isabel Riquelme, Javiera Carrera y Paula Jaraquemada, a las que seguirán Luisa Recabarren de Marín y Antonia Salas de Errázuriz, Isidora Zegers y Carmen Arriagada, cuyos salones fueron verdaderos centros de vida patriótica y cultural.

El heroísmo, la entereza, el refinamiento y la bondad de estas mujeres de excepción contribuyó mucho al progreso y desarrollo del país en sus primeros años de vida soberana.

Adelantado el siglo XIX debemos recordar a Manuela Warnes de Prieto y a Enriqueta Pinto de Bulnes, primeras damas de la Nación, y a Emilia Herrera de Toro, cuyo hogar hospitalatario dio generosa acogida a los intelectuales argentinos venidos a Chile en la época de Rozas.

La vestimenta favorita de la clase alta sigue la moda de París. En el verano de 1850 el traje de mañana es de organdí, cintura redonda, mangas lisas, falda con dos volantes muy anchos, chal de "baerg" con listas anchas y la infantable sombrilla. El traje de visita es, por lo general, de tafetán, de cuerpo liso, manteleta orlada de un vuelo festoneado y sombrero de crespón.

Una serie de colegios particulares, liceos fiscales y congregaciones religiosas, creados a lo largo del siglo, permiten que las jóvenes reciban una educación más completa y esmerada, lo que producirá una evolución en su mentalidad, una mayor conciencia de sus derechos y su integración paulatina a la actividad nacional, en el trabajo, la cultura y la política.

Así, en 1877, se abre el primer liceo de enseñanza media para mujeres, en Copiapó, y después en Valparaíso, Concepción en 1884, y Santiago en 1895, como consecuencia del decreto del ministro don Miguel Luis Amunátegui de 6 de Febrero de 1877, en que se expresa: "Las mujeres deben ser admitidas a rendir exámenes válidos para obtener títulos profesionales, con tal que se sometan para ello, a las mismas disposiciones a que están sujetos los hombres".

En la última década del siglo, un reducido y esforzado número de mujeres obtiene títulos universitarios: Eloísa Díaz, Ernestina Pérez y Eva Quezada, en Medicina; Matilde Throup y Matilde Brandau, en Derecho; Paulina Starr, en Dentística; Rosario Madariaga, en Ingeniería agrícola; y muchas otras se reciben de pedagogas, matronas, químico-farmacéuticas, etc.

En el campo de la cultura destacan con luz propia Isidora Zegers, Clara Alvarez Condarco, Mercedes Marín, Rosario y Martina Orrego, Laura Cazotte y otras. En sus salones se pasaba revista a los autores de moda, como Víctor Hugo, Daudet, Sainte Beuve, Balzac, George Sand y los Goncourt, a las poesías de Campoamor y Gustavo Adolfo Becquer, a los grandes oradores sagrados como Bossuet, Lacordaire y Fenelón. Sus contertulios eran las figuras más destacadas del ambiente artístico y literario: Guillermo Blest Gana recitaba sus poemas inéditos; Pedro Lira transmitía su sensibilidad de artista; Luis Montt instruía sobre historia de América; y políticos, como Juan Agustín Barriga, José Victorino Lastarria, Ambrosio Montt y Luis Aldunate, ilustraban sobre los acontecimientos del presente, en apasionados diálogos con José Manuel Balmaceda, los Walker Martínez y Augusto Matte.

En 1877 se funda el periódico semanal "La Mujer", que dirige Lucrecia Undurraga de Somarriva y en que colaboran Hortensia Bustamante, Enriqueta Calvo de Vera e Isabel Lebrún de Pinochet. En 1890 surgirá otro periódico con el título de "La Familia", bajo la dirección de Celeste Lassabe de Cruz-Coke.

La pintura tiene también destacadas cultoras, como lo son Clarisa Donoso, Margarita Gutiérrez, Rosa Oteíza y, en especial, las hermanas Aurora y Magdalena Mira y Celia Castro. En la escultura sobresale la gran Rebeca Matte, artista que exhibe talento y fuerza en sus creaciones.

La guerra del Pacífico, de 1879 a 1884, moviliza a numerosas mujeres de todas las clases sociales. Las más pudientes contribuyen con sus fortunas y actúan como enfermeras voluntarias en los hospitales. Las más modestas marchan junto a sus hombres a los campos de batalla, en calidad de cantineras, como Irene Morales, que repite la experiencia y el valor de Candelaria Pérez, la sargento de la guerra contra la Confederación Perúboliviana de la década de 1830.

La derrota de Balmaceda en 1891 trajo una secuela de sufrimientos y atropellos para los vencidos, que sus mujeres debieron sufrir con estoicismo y valor. Tal fue el caso de Encarnación Fernández, madre del Presidente depuesto, y de Corina Baeza de Barbosa, mujer del general balmacedista muerto en el campo de batalla de Placilla.

El siglo XX ha estado marcado por un fuerte deseo de participación de la mujer y por su incorporación creciente a las actividades laborales. Ello le permitirá alcanzar el derecho a sufragio, contribuir a las grandes decisiones nacionales, modificar el rumbo de la política chilena y cooperar activamente en el mejoramiento de las condiciones de vida de la población.

Destacadas mujeres se van a iniciar en la lucha pública, entre ellas Inés Echeverría Larraín ("Iris"), Delia Matte de Izquierdo, presidenta del Club de Señoras, Sara del Campo de Montt, Josefina Smith de Sanfuentes y,

algo más tarde, Gabriela Mistral, Sara Hübner de Fresno, Amanda Labarca, Elvira Santa Cruz ("Roxane"), y muchas más.

En 1935 se funda el Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena, presidido por Marta Vergara; en 1941 el Comité por Derechos de la Mujer; al año siguiente, la Acción Cívica Femenina; en 1944 la Federación Chilena de Instituciones Femeninas; y en 1946 el Partido Femenino de Chile.

Resultado de este sostenido esfuerzo de la mujer chilena para alcanzar una mayor participación en los destinos de su patria fue la dictación de la ley que, a partir del 14 de Enero de 1949 le otorgó el derecho a voto.

Pero no se conformó el Partido Femenino con tal conquista y, muy pronto, postuló a María de la Cruz para el Senado. Aunque fue derrotada en las urnas, en las siguientes elecciones presidenciales ese Partido apoyó la candidatura del general Carlos Ibáñez del Campo y, tras su arrollador triunfo, María de la Cruz fue electa Senadora. Otra mujer, María Teresa del Canto, ocupó el cargo de Ministra de Educación.

Desde ese momento, las puertas de la política se abrieron para la mujer, que pasó a ocupar Ministerios, Gobernaciones, Alcaldías, Diputaciones y Embajadas, con brillo y eficiencia. En el arte también la mujer chilena ha tenido en este siglo representantes distinguidas, como Elmira Moissan, Dora Puelma, Judith Alpi, Ana Cortés, Inés Puyó, Ximena Cristi, Maruja Pinedo, Margot Guerra, Mireya Larenas, Carmen Silva, María Luisa Señoret, Dorila Guevara y, en las últimas promociones, Marta Faz y Carmen Aldunate, entre muchas otras.

En la escultura, después de Rebeca Matte, debe mencionarse a Laura Rodig, María Fuentealba, Marta Colvin, Lily Garafulic, Rosa Vicuña y Valentina Cruz.

En la literatura en prosa han sobresalido Mariana Cox Stuven ("Shade"), Amanda Labarca, Marta Villanueva de Bulnes, Marta Vergara, Magdalena Petit, Marta Brunet, María Flora Yáñez, Chela Reyes, Carmen Alonso, María Carolina Geel, Marta Jara, María Luisa Bombal, Margarita Aguirre, Mercedes Valdivieso, María Elena Gertner, Elisa Serrano.

En poesía, preside el grupo la gran Gabriela Mistral, Premio Novel de Literatura en 1945, a la que siguen María Monvel, Wineth de Rokha, María Silva Ossa, Carmen Castillo, Nina Donoso, Delia Domínguez, Sara Vial, Carmen Abalos, Raquel Señoret, Rosa Cruchaga y muchas más.

En el género teatral se distinguen Isidora Aquirre, Patricia Morgan, Gabriela Roepke y María Asunción Requena. En música, las compositoras Marta Canales, Carmela Mackenna, María Luisa Sepúlveda, Silvia Soublette e Ida Vivado; las ejecutantes Rosita Renard, Herminia Racagni, Estela Cabezas, Flora Guerra, Edith Fisher y Elvira Savi; las cantantes Rayén Quitral, Blanca Hausser y Victoria Vergara; las bailarinas Malucha Solari, Virginia Roncal y Rosario Llansol; las folkloristas Violeta Parra, Margot Loyola y Raquel Barros; por sólo señalar a las más destacadas.

En conclusión, el aporte de la mujer chilena en la historia nacional es múltiple y rico. Relegada a un segundo plano, en cuanto logra superar las limitaciones que le impone una sociedad estructurado por el hombre, que la ha respetado y admirado, pero señalándole un rol estrictamente doméstico, ella se hace presente en todos los campos de la actividad nacional con gran éxito.

Aparte de haber logrado la mujer chilena una idéntica jerarquía con el hombre, tras una tenaz acción no siempre comprendida y estimulada por éste, ella tiene hoy plena conciencia de la trascendental aportación que hace en todas las áreas de la vida nacional.

El libro "Mujeres de Chile" que nos ofrece su autor, Carlos Valenzuela Solís de Ovando, con la misma amenidad y talento literario que ya le conocemos de obras anteriores, ha sido escrito para dar a conocer al lector la semblanza de cuarenta y tres mujeres representativas del aporte femenino a la formación y desarrollo de nuestra nacionalidad.

En las páginas de este libro vuelven por un instante a la vida valerosas féminas de la conquista, mujeres de armas, religiosas, grandes damas de la sociedad colonial, madres y esposas de varones ilustres, silenciosas inspiradoras y benefactoras, talentosas creadoras, en un abigarrado desfile que constituye todo un reconocimiento a su contribución al Chile de hoy y al que heredarán las generaciones futuras.

Saludo este nuevo libro de Carlos Valenzuela Solís de Ovando y estoy cierto que su lectura será muy útil e ilustrativa para un público general, pero, en particular, para los alumnos de enseñanza media del país, que hasta hoy han carecido de una buena obra de conjunto sobre el tema de la mujer en el devenir de la nación chilena.

#### SERGIO MARTINEZ BAEZA

Miembro de Número de la Academia Chilena de la Historia

Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía

## INES SUAREZ.

# El viaje.

Cuando Pedro de Valdivia inició la marcha hacia Chile sólo siete soldados y una mujer le acompañaban en la aventura de conquistar este país tan desprestigiado por la expedición de Almagro. Más atrás, una turba de mil indios cargaba los bultos.

Una sola mujer española, Inés Suárez, española natural de Placencia, completaba el grupo expedicionario. Un gran amor la unía al capitán Valdivia, quien se arregló para que el marqués Pizarro lo autorizara a traerla en calidad de doméstica. Ella también dejaba atrás una vida cómoda y su taller de costura que le proporcionaba un holgado pasar, remendando las ropas de los conquistadores, en un período en

que no llegaban barcos con vestuarios desde España. Dispuesta a sufrir cualquier tipo de penurias y padecimientos, se decidió a acompañar al hombre de su predilección a través de lo desconocido. Viuda de un capitán malagueño, nada le ataba allá en el Cuzco. Nacida alrededor de 1507, contaba con 33 años al realizar esta expedición.

En junio de 1540 continuaron viaje a través del oasis de Pica y de los pantanos de Calama, para acampar en Chiu-Chiu donde el río Loa es dulce porque aún no se une con el Salado. Era un lugar de antiguas fortificaciones y guerreros extinguidos, con tan abundantes pastos y cultivos de cereales, que decidieron levantar campamento para reponerse de las fatigas del viaje.

Valdivia se adelantó con diez soldados hasta San Pedro de Atacama. Allí le esperaba desde hacía dos meses Francisco de Aguirre con otros 25 hombres. No había descansado aún Pedro de Valdivia de la ruda jornada de los últimos días (170 kms.), cuando arribaron dos soldados que, agotando sus caballos, venían desde Chiu-Chiu con una grave noticia. La noche siguiente de su partida había llegado Pero Sancho de Hoz con otros tres y, aprovechando la oscuridad, se dirigieron al toldo de Valdivia buscando a tientas su cama. Descargaron ahí numerosas puñaladas para asesinarle, sin saber que estaba ausente. Inés Suárez, al percatarse de la traición, se puso a llamar a gritos a los otros capitanes.

Pedro de Valdivia tomó algunas medidas disciplinarias y continuaron viaje hacia el sur. A medida que la columna avanzaba lentamente, la sed comenzó a hacer estragos. Ante la alarma, la animosa Inés Suárez se dirigió con unos cuantos indios al pie de una gran montaña, donde hizo cavar un pozo. Cuenta el historiador Sayago en su Historia de Copiapó, que "el agua brotó con tanta abundancia que parecía un arroyo subterráneo". Desde ese entonces, el cerro y la aguada se llamaron "Doña Inés".(¹)

Finalmente, arribaron al valle del Mapocho y, después de fundar la ciudad, Valdivia repartió los solares para que cada uno de los expedicionarios levantase su vivienda. Mas no pasó mucho tiempo sin una nueva amenaza.

# La destrucción de Santiago.

Michimalonco, el curaca incaico que gobernaba en Aconcagua, supo que Pedro de Valdivia había partido hacia la región del Cachapoal y que Santiago contaba con muy pocos defensores. Era su oportunidad. Destruiría la ciudad y no dejaría a nadie con vida.

El 11 de setiembre atacó junto a las primeras clarisas, y se inició una contienda que iba a durar todo el día. De los cincuenta españoles, sólo treinta y dos eran montados; los otros dieciocho, infantes que debían luchar en ma-

las condiciones. Transcurrieron las horas y el ímpetu de los asaltantes no disminuía. Los defensores no podían turnarse ni para beber una jarra de agua. Continuaron combatiendo bajo una nube de flechas y piedras. Cuando alguien era herido, acudía donde Inés Suárez que rasgaba las mangas de su camisa para hacer vendas improvisadas. En cuanto terminaba, la animosa española cogía la espada y bregaba en lo alto de la empalizada. No había hombre que no luchara. Hasta Pero Sancho de Hoz, que se encontraba engrillado, empuñó el acero con la desesperación de salvar la vida. Alonso de Monroy ordenó que le quitaran las prisiones, a fin de que manejara la lanza con más soltura.

Los indios, exacerbados por la porfiada resistencia de los defensores, comenzaron a lanzar flechas incendiarias que cayeron en los techos de paja. Nacieron incendios en varios puntos de la ciudad, y al fragor del combate se sumaron el humo y el calor de las llamas.

Los españoles se replegaron hasta la Plaza de Armas y defendieron las entradas de las calles. Pero los asaltantes eran cerca de ocho mil, y a pesar de que muchos habían caído, intensificaron el atraque. Cuando ya los castellanos sólo pensaban vender caras sus vidas tras doce horas de lucha, se irguió la altiva figura de Inés Suárez que propuso a sus compañeros cortar las cabezas de siete caciques que tenían prisioneros, para lanzarlas a los indios por

encima de las murallas. Mientras los otros se mantenían en dudas y reflexiones, la valiente mujer tomó la espada y dio comienzo a su macabra tarea.

Justo al momento de arrojar las cabezas, Francisco de Aguirre reunió a los de a caballo y dio una última y desesperada arremetida contra los asaltantes, empujándolos hasta el pedregal del Mapocho. Lo siguieron los infantes, doña Inés con cota de mallas en medio, y los indios auxiliares. Aterrados con la muerte de sus caciques, los enemigos se desbandaron y huyeron desordenadamente.

Inés Suárez había sido la salvadora. Esas finas manos que manejaban delicadamente la aguja y cuidaban las heridas con ternura, fueron las mismas que empuñaron el acero justo a tiempo. Un poco más y todos habrían desaparecido. Ya hombres y bestias no podían moverse.

La heroína consiguió salvar de este desastre una pareja de pollos y otra de chanchos, además de dos almuerzas de trigo, todo lo cual se multiplicó para poder mantener a los colonos después.

# Una mujer por un reino.

Más adelante, Valdivia viajó al Perú en busca de socorros. llegando en enero de 1548, cuando Gonzalo Pizarro había desatado una revolución en contra del licen-

ciado La Gasca, nombrado presidente por el rey. No dudó ni un instante en ponerse a su servicio y pronto se constituyó en general de sus tropas.

En abril dio la batalla de Jaquijaguana y puso término a la gran sublevación. Después del triunfo se presentó a La Gasca llevando prisionero al general Carvajal que comandaba los contingentes de Pizarro. El presidente del Perú, que era un sagaz sacerdote, había comprendido las razones de Valdivia para luchar a su lado y le recibió llamándole gobernador. Eso le colmó de felicidad. ¡Al fin era gobernador nombrado por el rey!

Con la ayuda de La Gasca, Valdivia compró tres naves que cargó con todos los elementos que faltaban en Chile, y logró reunir una fuerte dotación de soldados que vendrían a incorporarse al naciente país. Pero sus enemigos presentaron una larga acusación contra él, y debió perder un mes refutando cargos y denuncias.

Finalmente, en noviembre de 1548, La Gasca pronunció su sentencia. Pedro de Valdivia fue absuelto de las acusaciones y confirmado en su cargo de gobernador de Chile. Junto a eso le mandaba separarse de Inés Suárez y, en el plazo de seis meses de llegado al país, casarla o enviarla afuera de su territorio.(2)

¿Dejar a doña Inés? No era realmente amor lo que por ella sentía, sino más bien una sencilla amistad y una

enorme gratitud a la compañera leal y noble de tanta aventura, que le sacrificó su delicado honor de mujer y más de una vez le salvó la vida. Pero, ¿de qué valía eso ante la satisfacción de su inmensa hambre de gloria y poderío?

Al llegar a Chile, casó a Inés Suárez con uno de sus mejores capitanes, Rodrigo de Quiroga, y la dotó de grandes extensiones de campos, que Inés Suárez aportó como dote a su matrimonio. Estas tierras fueron la estancia de Monserrate, situada entre el Mapocho y El Salto, y las extensas tierras de Alhué.(3) Era poseedora además de las encomiendas de Apoquindo y Melipilla en los términos de Santiago, y las de Teno, Colchagua y Peumo, más al sur.(4)

Al alejarse de ella, no dejó de sentir cierta nostalgia. Era como todo un ciclo de juventud que se cerraba para siempre.

#### La Viñita.

Cuando llegaron los conquistadores al valle del Mapocho instalaron sus campamentos en la falda del San Cristóbal, y es innegable que establecieron allí alguna capilla para los oficios religiosos; sin embargo, es imposible determinar su ubicación con exactitud. Sólo es dable suponer que la construcción de quinchas y pajas debe haberse levantado en algún lugar entre el San Cristóbal y el Cerro Blan-

co, y que fue abandonada y cayó en desuso al trasladarse el tolderío a su nuevo emplazamiento en el Huelén, antes de fundar la ciudad entre las márgenes del Mapocho.

Más tarde, alrededor de 1545, Inés Suárez decidió reconstruirla en la cumbre del Cerro Blanco, bajo la advocación de la Virgen de Monserrate. La antigua compañera de Pedro de Valdivia, casada ya con Rodrigo de Quiroga, se preocupó de ella con especial devoción, manteniendo el culto a sus expensas. A fin de perpetuarla y asegurarle el sustento, Pedro de Valdivia le cedió la extensa y valiosa chacra que poseía en la Chimba a los pies del Cerro Blanco.

Cuando doña Inés había pasado ya la cincuentena, en 1558, decidió, de acuerdo con su esposo, cederla a los padres dominicos, e instituyeron una capellanía en su favor ante el escribano Pedro de Salcedo. La congregación pasó a ser dueña de la ermita y de la chacra, contrayendo la obligación de oficiar misas por las almas de Pedro de Valdivia, de los dadores, de los conquistadores y de los indios. A pesar de que Valdivia ya había muerto, era, en el fondo, el verdadero donante de la propiedad, "que tiene por cabeza el río desta ciudad, desde el camino real que va a Huechuraba hasta la chácara del Salto de Araya, que por la otra parte linda con la sierra (San Cristóbal) que está enfrente de la dicha ermita de Nuestra Señora de Monserrate", según reza la escritura de la cual fue testigo

el primer obispo de Santiago, don Rodrigo González Marmolejo.

#### Su nombre.

Su nombre era Inés Suárez, no Inés de Suárez. En aquel tiempo el "de" significaba la procedencia de algún lugar. Y la terminación en "ez", llamada nombre patronímico, indicaba "hijo de...". Así, el hijo de Martín era Martínez; el de Gonzalo, González; el de Rodrigo, Rodríguez. La palabra "de", conocida como toponímico, indicaba el lugar de procedencia da cada persona. En esta forma, Fernández de Toledo, significaba: el hijo de Fernando, que procede de Toledo.

#### Su vida.

Inés Suárez fue modelo entre las mujeres españolas de su época. Nobleza de sentimientos y abnegación, fueron prendas que siempre la acompañaron. Importantes historiadores opinan que la expedición de Valdivia no hubiera alcanzado éxito, sin la ayuda de la sagaz y valiente doña Inés. En varias ocasiones salvó la vida a Pedro de Valdivia, abortó motines, triunfó sobre Michimalonco en su ataque a Santiago, y cuando Valdivia se encontraba ausente, nada se hacía sin consultársele, pues la rapidez de su inteligencia y natural perspicacia, la hacían adelantarse al desarrollo de los acontecimientos. No sabía leer ni escribir, pero el clérigo Rodrigo González Marmolejo le enseñó, y ella, a su vez, instruía a los indígenas.

Durante los primeros años de la vida santiaguina surgió todo el movimiento social y político en torno a esta extraordinaria mujer. Personajes importantes de la época se sentían honrados con su amistad. El regidor y tesorero real Jerónimo de Alderete la sacaba a pasear, tomándola de la mano como a una encumbrada dama<sup>5</sup>

Más adelante, en 1549, cuando contrajo matrimonio con Rodrigo de Quiroga, que más tarde fue varias veces gobernador de Chile. Al momento de casarse, ella contaba con 42 años y él con 38. Acompañada de una hija de los años de juventud de su marido, se dedicaban a atender enfermos, curar heridas, ayudar a las mujeres en sus partos, cualquier cosa que fuese en el bien de los demás.

#### El arca.

Era costumbre en los tiempos de la Conquista y de la Colonia, que las esposas tuvieran a los pies de su cama, un arcón o cofre donde guardaban sus vestiduras. Doña Inés, como toda española, lo poseía y lo dejó en herencia a la Iglesia de la Viñita. Posteriormente, Monseñor Casanova lo compró a la Viñita y el mueble pasó a adornar el hall del palacio episcopal. "Este mueble llevaba en su frente, en vieja pintura, el nombre de Ines Suárez. Hoy está totalmente pintado de negro y lo han coronado con gran Mitra. Al no caber duda de la primera propietaria de este armario, tampoco la hay de su origen español". (6)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Historia de Copiapó. Carlos María Sayago. Editorial Francisco de Aguirre. Santiago. Edición 1973.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Ventura de Pedro de Valdivia. Jaime Eyzaguirre. Editorial Zig-Zag. Santiago. Edición 1963.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Doña Inés Suárez. Gustavo Opazo M.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Encomiendas de Indios. Amunátegui.

<sup>&</sup>lt;sup>5</sup> La Mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano R. Santiago. Edición 1980.

<sup>6</sup> La Mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano R.

### **MALGARIDA**

(La compañera de Almagro)

La expedición de Almagro llegó a Copiapó con 240 españoles, 1.500 indios auxiliares, 150 negros y 112 caballos. Gran cantidad de yanaconas y cabalgaduras habían quedado en el camino.

Más al sur, en la región de Paria, Juan de Saavedra no era el único que le aguardaba. Se encontraba allí Malgárida, una negra esclava a quien don Diego había otorgado la libertad. Ella le acompañaría en la expedición a Chile y cuidaría de él a los 56 años, como había cuidado antes al hijo de Almagro conocido como don Diego el Mozo. Esta mujer, que cargaba ya 48 años, sería la primera que vendría con los españoles a nuestro país.

Chile era un país pobre. No existían ni el oro ni las riquezas que les informaron los incas. Y estos conquistadores no habían venido a formar un pueblo de la nada. Además, como Almagro tenía toda su fortuna en esta empresa, si moría antes de reconquistar el Cuzco, su hijo nada heredaría salvo el nombre. Este argumento terminó por demoler su voluntad y decidió regresar.

Allá en el Perú continuaron las luchas con Pizarro por la posesión del Cuzco. Llegó un momento en que Almagro, ya demasiado viejo y afectado por una sífilis contraída en su juventud, debía viajar en litera. Y fue en el mismo Cuzco donde Hernando de Pizarro le dio muerte en el garrote. Luego su cadáver fue decapitado en la plaza pública.

Malgárida fue quien se encargó de recoger sus restos, y le enterró en la iglesia de la Merced. Fue ella, también, quien fundó una capellanía en memoria de Almagro, de su hijo, de ella misma y de todos los que le acompañaron a Chile. Y para dotar este legado, entregó al convento de la Merced las rentas de unas propiedades que poseía junto a la plaza del Cuzco. (1)

La Mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano R. Santiago. Edición 1980.

### MARINA ORTIZ DE GAETE

(Esposa de Pedro de Valdivia)

Hija del hidalgo extremeño Francisco Ortiz y de doña Leonor Gutiérrez de Gaete, nació en Castuera alrededor de 1513. Al cumplir los 14 años se casó con Pedro de Valdivia hacia el año 1527, y luego pasó con su esposo a Zalamea de La Serena.

Durante los primeros diez años de matrimonio, no logró darle hijos a su esposo, y la vida apacible y tranquila de un pueblito de España no satisfacía las inquietudes de don Pedro, quien pasó a Indias en busca de otras suertes. Quizá influyó también la diferencia de ilustración y capacidad intelectual que había entre ambos.

Allá en Castuera quedó doña Marina, cargada de pensamientos románticos, aguardando día tras día su regreso, cargado de riquezas.

Valdivia siempre la apoyó económicamente, y cuando la autoridad real le impuso la obligación de separarse de Inés Suárez, decidió traerla a Chile para que participara de su riqueza y honores.

En 1553, Pedro de Valdivia encargó a Jerónimo de Alderete, que iba en viaje a España, que de regreso le trajera a su esposa y familia. Felipe II otorgó la autorización el 19 de enero de 1554 y la comitiva de doña Marina pudo partir de Cádiz a comienzos de ese año(¹).

Grande fue su alegría al saberse gobernadora de un país que se conocía sólo por referencias. Nada supo de la muerte de su esposo, hasta que pisó suelo chileno en 1555. Allí se informó que las extensas encomiendas que eran de su esposo, se encontraban ahora en poder de García Hurtado de Mendoza.

Apeló a la Real Audiencia de Lima para recuperar sus encomiendas, pero el Presidente de este Tribunal era el Marqués de Cañete, Virrey del Perú, padre de García Hurtado de Mendoza, quien puso toda clase de obstáculos para que don García devolviera esas posesiones. Fijalmente, Felipe II revocó lo dispuesto por la Audiencia de Lima y ordenó devolverle las encomiendas a doña Marina.

Su situación económica mejoró levemente cuando el rey ordenó que se le diese satisfacción en todas sus peticiones, goce de encomiendas y pago de sus deudas.

Doña Marina se avecindó en Concepción, en una situación de pobreza y sufriendo el constante ataque de los indios.

En el corto período que pasó por Santiago, hizo levantar la Capilla de la Soledad, pegada a la Iglesia de San Francisco, justo donde hoy se halla la calle Londres.

Murió el 30 de mayo de 1592, asistida sólo por sus sobrinos(2), y fue enterrada en la Iglesia de San Francisco de la Alameda. A su muerte, declaró como sus bienes dos solares en Concepción, una manzana en Santiago, y la casa en que vivía en la capital, ubicada en la actual Alameda esquina de Mac Iver.(3)

La Mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano. Santiago. Edición 1980.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Crónica del Reyno de Chile. Pedro Mariño de Lovera.

<sup>3</sup> Santiago durante el siglo XVI, pág. 195. Thayer Ojeda.

#### JUANA JIMENEZ

(La segunda manceba de Valdivia)

Después que Lautaro derrotó totalmente las fuerzas de Francisco Villagra en Marigüeñu, los moradores y soldados de Concepción sólo pensaron en el despueble de la ciudad, para huir hacia el norte. En esos momentos se alzó la figura de una brava mujer, Juana Jiménez, armada de lanza y rodela, que se encaró con todos y les conminó a defender la ciudad en vez de huir como "gallinas". Era tanto su furor, que los testigos afirman que pateaba el suelo de rabia.

Los cobardes colonos no le hicieron caso y se realizó el despueble de la ciudad, mas la valerosa Juana permaneció en ella con un reducido contingente de soldados. Los cronistas afirman que ella era la manceba de Pedro de Valdivia, después que éste se vio obligado a abandonar a Inés Suárez. Después que el gobernador murió, ella arregló su vida casándose en 1562, a los 38 años, con el castellano Gabriel de Cifuentes, que después fue nombrado alguacil mayor de la ciudad.

La mujer poseía una extensa encomienda de indios, seguramente regalo de Pedro de Valdivia, y su marido, Cifuentes, era dueño de la tercera parte del galeón de Pedro de Malta que trajo refuerzos a Concepción en 1555. Testó en Concepción en 1576.

# DOÑA AGUEDA FLORES

(La mujer más rica de la Conquista)

Uno de los compañeros de Valdivia fue el alemán Bartolomé Blumen que castellanizó su apellido a Flores. De profesión carpintero, recibió enormes encomiendas y mercedes de tierras. Se unió a la hija del cacique de Talagante (uno de los más respetados por los conquistadores) y en 1541 tuvo una hija natural que se tranformó en la heredera universal de todo el territorio de su padre, que incluía la viña que había plantado en la "Cuesta del Alemán", que hoy conocenos por Viña del Mar.

El testamento de Flores otorgado en 1585 (¹) dice: "Nombro por mi universal heredera a Doña Agueda Flores, mi hija natural, a la cual reconozco por tal mi hija

natural para que lo haya y herede todo con cargo que no revoque ni contravenga, las donaciones que tengo hechas a los indios de Talagante y Putagán".

Doña Agueda contrajo matrimonio alrededor de 1568 con otro alemán, Pedro de Lisperguer, que aportó a su vez extensas propiedades y riqueza. Era tanta la opulencia de esta señora pese a ser mestiza, que muchos de sus parientes anteponían el apellido Flores al propio. Por ejemplo su hija Magdalena Lisperguer y Flores, firma un documento presentado al Cabildo, como Magdalena Flores

De este matrimonio nacieron dos hijas, doña María y doña Catalina, que tuvieron fama de "encantadoras", en otras palabras "brujas", a quienes se acusaba de pactos maléficos, muertes y envenenamientos. Ambas trataron de envenenar a gobernador Alonso de Ribera y mataron al indio que usaron para esto, a fin de no dejar rastros. Otros hijos fueron el general Juan Rodulfo; don Bartolomé, don Fadrique y don Mauricio; doña María, esposa del general Juan de Cárdenas y Añasco; el general don Pedro, casado con doña Florencia de Solórzano y AVelasco; doña Catalina, casada con Gonzalo de los Ríos, y doña Magdalena, que contrajo matrimonio con el Maestre de Campo don Pedro Ordóñez Delgadillo.

Doña Agueda poseía su casa junto a la Plaza de Armas, y otra de veraneo al otro lado de la Cañada, esto es en la actual Alameda esquina de calle Carmen.

Esta señora falleció a los 91 años, luego de haber hecho su testamento cerrado, ante el escribano Rutal, en agosto de 1632.(2)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Vicuña Mackenna. Los Lisperguer. Pág. 225.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> La mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano Roldán. Santiago. Edición 1980.

## INES DE AGUILERA Y VILLAVICENCIO

(La heroína de La Imperial)

### Destrucción de La Imperial.

Pelantaru había conseguido separar en dos las posesiones españolas. Después del abandono de Santa Cruz, quedaron Concepción, Arauco y Angol, en el norte; y Valdivia, Villarrica, Osorno y La Imperial, en el sur. Esta última, situada en la confluencia de los ríos Cautín y de Las Damas, era la más importante de la región austral. Al igual que Santa Cruz, era muy próspera y disponía de "obrajes de paños, cordellates, bayetas, vergas, fresadas y tenerías". La intención de su fundador, Pedro de Valdivia, había sido que se convirtiera en la segunda capital del reino.

En aquellos tiempos, las ciudades crecían en torno a los fuertes y las construcciones se iban extendiendo a
medida que se agregaban nuevos vecinos. Las tácticas defensivas de los españoles imponían la costumbre de levantar
las casas sobre calles estrechas, fáciles de cerrar con empalizadas en caso de ataques, construyendo más altas y
gruesas las murallas que daban al campo. En realidad, eran
los propios vecinos los más preocupados de que sus viviendas estuvieran menos expuestas a los asaltos.

Mientras Pelantaru conseguía despoblar los fuertes del norte, su brazo derecho, el toqui Anganamón, secundado por Paillamacu, acosaba en forma permanente al sur con el ánimo de ir minando la resistencia moral de sus pobladores y disminuir al mismo tiempo sus soldados, caballos y armas. La táctica perseguía aminorar las defensas castellanas e impedir la comunicación entre las fortalezas.

El corregidor de La Imperial, Andrés Valiente, uno de los capitanes de más renombre, comprendió que las intenciones de Anganamón consistían en hacerlo salir para batirlo en campo abierto. Dispuesto a no caer en la trampa, levantó estacadas en los extremos de las calles, fortificó las casas circundantes y reunió a las mujeres y niños en la vivienda del obispo Cisneros, que se levantaba junto al fuerte y era de amplia y sólida construcción.

Pero el astuto toqui aumentó la presión: en cada batida se llevó el ganado y caballares que encontró, realizando aún pequeñas correrías hacia las casas más alejadas.

El acoso permanente acabó por vencer la prudencia del jefe español, quien decidió hacer una campeada para terminar con la actividad indígena que tenía a la población en un Jesús. Como no podía hacerlo personalmente "por estar malo", encargó a dos de sus capitanes, Pedro Olmos de Aguilera y Hernando de Ortiz, que saliesen con cuarenta hombres de a caballo y buena cantidad de indios amigos a escarmentar a los sublevados, pero con orden de no alejarse demasiado.

Mas Anganamón les había preparado una trampa y esperó que se hubieran alejado del fuerte para atacarlos. Sea que Olmos de Aguilera se sintió demasiado fuerte, o que despreciara la capacidad del toqui, lo cierto es que al ver a los indios les presentó combate.

La estratagema dio resultado. La columna española fue dividida. Los araucanos dieron muerte a nueve soldados, y llevaron a Olmos de Aguilera, para hacer que la guarnición restante rindiera el fuerte. El resto huyó hacia La Imperial, perseguido por Paillamacu y sus hombres.

Los guerreros de Purén se llevaron las cabezas de sus enemigos como trofeos, las enarbolaron en picas a la vista de la ciudad, y celebraron con grandes fiestas la victoria. El hecho causó gran espanto y consternación entre pobladores y militares, afectados no sólo por la congoja de algunas familias, sino también porque adivinaban la terrible amenaza y la escasez de fuerzas.

Pronto, la situación en La Imperial fue terrible. En tres meses habían muerto más de cincuenta castellanos y gran cantidad de indios amigos. En la ciudad escaseaban víveres, armas, pertrechos y ganados. Si bien es cierto que no tenían al enemigo al lado de afuera de las murallas, estaban prácticamente sitiados y sin comunicación.

El 8 de abril, día de Jueves Santo, Pelantaru, que ya había tomado el mando de las fuerzas sureñas, acompañado por Anganamón y Onangalí, se dejó caer sobre Boroa con un tropel de mil indios de caballería. Arrasaron y destruyeron el fuerte desde las almenas hasta los cimientos, luego de matar a todos los indios amigos y a los ocho españoles que conformaban la dotación.

Como nadie quedó vivo para llevar la noticia, Pelantaru dejó saber a Andrés Valiente lo sucedido en Boroa a través de los espías que tenía en La Imperial. Quería provocar la salida del capitán, y con este objeto le hizo llegar falsas nuevas acerca del número de sus guerreros. Cuando el corregidor supo que Pelantaru se encontraba en los alrededores con escasas tropas, decidió darle un escarmiento definitivo. Pero cuando se produjo el encuentro, Andrés Va-

liente murió a manos de Anganamón.

El desastre para los españoles fue completo. La situación de la ciudad no podía ser más angustiosa y la guarnición del fuerte había quedado sumamente reducida y huérfana de jefe. Tras la muerte de Andrés Valiente, tomó el mando el capitán Hernando de Ortiz, quien comenzó sus actividades haciendo un recuento de la dotación, luego de las bajas sufridas. No se trataba ahora de contar solamente a los soldados, sino también a los eclesiásticos, ancianos y niños que pudieran manejar un arma. Los resultados no fueron halagadores. Las fuerzas totales no pasaban de seiscientos hombres, incluyendo a los indios amigos, pero con éstos no se podía contar, pues, en cualquier momento, podían plegarse a los rebeldes.

Los araucanos volvieron a atacar. Se ubicaron en las casas que rodeaban el fuerte y lo asaltaron por sus cuatro lienzos, logrando prenderle fuego a dos cuartos de la fortaleza. En una vivienda descubrieron una partida de más de mil cargas de lino y treparon al soberado con la intención de incendiarlas y abrasar a los soldados. Pero fueron descubiertos por el capitán Ortiz, quien, acompañado de otros seis, salió por un portillo de las murallas. Aprovechando que el viento soplaba para el lado de los indios, Ortiz quemó anticipadamente el lino y les obligó a retirarse.

De todas maneras, La Imperial quedó así reducida al fuerte que defendía la ciudad. Al día siguiente, los mapuches reanudaron el combate, divididos en dos grupos. Uno de dedicó a mantener ocupados a los defensores, bajo una lluvia intensa de piedra y flechería, en tanto el otro trabajaba duramente para desviar el cauce del río Las Damas que proveía de agua a la plaza.

Muy luego se acabaron los alimentos, y el hambre de los sitiados llegó a tales extremos, que comenzaron por comerse a los perros, continuando con los gatos, ratones y cueros de los arneses.(1)

#### La defensa de una heroína.

Inés de Aguilera, valerosa mujer, hija de Pedro Olmos de Aguilera y de doña María Zurita y Villavicencio, y esposa del capitán Pedro Fernández de Córdoba, llegó a Chile en 1555.

Se encontraba en La Imperial, cuando comenzó el cerco de los indios en 1598. Allí murieron su esposo, sus hijos, Antonio, Diego y Alonso, sus hermanos Pedro Alonso y Diego; su cuñado Andrés Fernández de Córdoba y Pedro Olmos de Aguilera. Al ver el mal estado en que se hallaban los soldados, y muertos todos sus familiares, tomó el man-

do de la guarnición y, colocándose las ropas de un hombre de guerra, armada de pica y escudo, encendió el coraje de los combatientes con una elocuencia singular. Todas las órdenes que dio fueron las más inteligentes, como si su oficio hubiera sido el arte militar. Durante las noches y gran parte de los días oficiaba de centinela.

La situación más terrible y amarga, fue cuando los indios trajeron frente a las murallas del fuerte a don Pedro Fernández de Córdoba, su marido, para advertirle que si no rendía la fortaleza, lo matarían a su vista. Ella respondió que lo hicieran, pues jamás entregaría el fuerte. Los indígenas comenzaron por cortarle las orejas, las narices, sacarle los ojos, hasta que al final le abrieron el pecho y le sacaron el corazón para comérselo. Sabido es que los mapuches practicaban ese rito sólo con españoles de gran valor, pues creían que al hacerlo se empapaban de sus bríos y coraje.

Doña Inés soportó todos aquellos padecimientos. En los días siguientes los nativos continuaron trayendo parientes de la valerosa mujer para intimarla de nuevo a la rendición. Diecinueve fueron los familiares de la valerosa mujer. Llegó un momento en que toda la guarnición se moría de hambre. Las joyas de doña Inés se habían usado como proyectiles y ella no se confiaba en los centinelas, manteniéndose despierta, o cambiándose con su hija que se hallaba infundida del mismo valor.

Cuando se les acabó la pólvora y no podían usar los cañones, reunió a todos su hombres, para hacer una piadosa súplica a la Santísima Virgen. Luego ordenó a algunos hombres que al amparo de la noche fuesen a los restos que quedaban de la ciudad a buscar si encontraban algo. Grande fue su sorpresa al encontrar algunos barriles que se habían salvado por no hallarse en el lugar en que se acostumbraba a hacerlo. Así pudieron comenzar a disparar de nuevo los cañones, colocando piedras en vez de las balas que no tenían.

Después discurrió pedir ayuda al gobernador que se hallaba en la ciudad de Valdivia viajando por el río, y para eso prepararon dos lanchas. Nuevamente les faltó brea o alquitrán para calafatear las naves. Volvieron a salir de noche al pueblo y Dios quiso que encontraran lo necesario. Finalmente acudió el gobernador con suficientes tropas y salvó la fortaleza que ya estaba en ruinas. Sólo quedaban 42 españoles, muchas mujeres y entre ellas la heroica Inés de Aguilera.

Su valor fue premiado por el rey con una pensión de dos mil pesos.(2)

Más adelante, su heroica hija contrajo matrimonio con el gobernador Alonso de Ribera.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El Toqui Pelantaru. Carlos Valenzuela S.de O. Publicaciones Militares. 1979.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Historia de Chile. Abate Molina. Cap. VI. Pág. 284.

### INES BAZAN DE AROSTEGUI

(Heroína contra los corsarios)

La primera expedición que Holanda envió al Pacífico, vino al mando de Jacobo Mahú, socio de la Compañía de Magallanes y experimentado navegante. Las cinco naves zarparon el 27 de junio de 1598 de un pequeño puerto situado a cuatro leguas de Rotterdam. Quinientos cuarenta y siete hombres, holandeses, franceses e ingleses, componían su tripulación. En su gran mayoría aventureros o basura de puerto, habían sido reclutados con engaños, diciéndoles que iban al Cabo de la Buena Esperanza.

Costearon el Africa y debieron enfrentar a los portugueses para procurarse alimentos. Más al sur, después de cruzar la línea equinoccial, el escorbuto comenzó a hacer estragos, y uno de los que murió fue el propio almirante Mahú. Lo reemplazó Simón de Cordes, otro rico comerciante holandés que había contribuido con buena parte de su fortuna a armar las naves. Desde las islas de Cabo Verde cruzaron el Atlántico hasta tocar en Río de la Plata. Haciéndose pasar por súbditos del rey de España, intentaron conseguir alimentos en Buenos Aires. Pero el gobernador Diego Rodríguez de Valdés no cayó en la trampa y debieron seguir de largo.

Cuando penetraron al Estrecho, fueron acosados por el hambre y el frío que hizo estragos entre ellos. A estas alturas la bulimia, las inclemencias del tiempo y las enfermedades, hasta que levaron anclas el 2 de septiembre y salieron al Pacífico, pero les cogió un temporal que deshizo la escuadra, dispersando las naves en distintas direcciones.

Baltasar de Cordes, al mando de "La Fidelidad", no sabía nada de las otras naves, por lo que permaneció en el sur buscándoles afanosamente. Ya en aguas más tranquilas, al norte de la gran isla, buscaron un lugar donde recalar, para conseguir víveres frescos y agua.

Finalmente tomaron contacto con los indígenas del lugar y averiguaron sobre los puertos españoles más próximos. Así supieron de Castro, que poseía una bahía cerradísima y muy resguardada de las tormentas. Su posición era estratégica, ya que constituía el varadero obligado

de todos los barcos que cruzaban el Estrecho. Allí el corsario podía hacerse de un rico botín y de abundante provisiones, además de asestar un buen golpe a los españoles.

En la ciudad española tenía el mando Baltazar Ruiz del Pliego con el cargo de corregidor. Pronto llegó a sus oídos el rumor de que un barco inglés se hallaba en las cercanías de la isla. El corregidor ordenó que toda la población se guareciera en el fuerte. Permanecieron despiertos durante toda la noche y sólo al amanecer, desde una de las atalayas, divisaron las blancas velas de "La Fidelidad" que entraba en la bahía. Mas, al acercarse al puerto, observaron con sorpresa que no venían en son de guerra, sino luciendo banderas y gallardetes, en tanto saludaban al puerto con toque de clarines y señales amistosas.

Mediante engaños y conversaciones, convenció a los confiados españoles, que no eran guerreros sino campesinos, de que pronto serían atacados por los naturales, y les propuso su ayuda para derrotarlos. Terminó de romper todas las desconfianzas, cuando les regaló unas botijas de pólvora, ya que los españoles no tenían con qué cargar los pocos arcabuces que tenían.

Finalmente, les convenció de que la única manera de engañar a los indios, era que todos los españoles entraran a la iglesia y permanecieran ahí, hasta que él comenzara el combate contra los indígenas. En este momento debían

salir y atacarlos por la espalda, apoyados por los capitanes que se hallaban con su tripulación.

Ruiz del Pliego no podía imaginar que este joven de tan buenas maneras y elegante presencia, era un refinado asesino. Y dispuso que todos, hombres, mujeres y niños, se encerraran rápidamente en la iglesia. Pero el pirata envió a Antoine el Negro a la iglesia, para que hiciera salir a los hombres de uno en uno. Y, a medida que iban cruzando el umbral, les fueron asesinando pérfidamente. Los que se encontraban dentro escucharon quejidos y se alertaron. El cura Contreras Borra, que estaba orando de rodillas frente al altar, cogió una enorme tizona que había sido de su padre y arremetió contra los piratas que penetraron al santo recinto. Una de las mujeres, doña Inés de Bazán, española natural de Osorno y viuda del capitán guipuzcoano Juan de Oyarzún, se sumó a los pocos hombres que quedaban para resistir con las armas en la mano.

Pero la masacre fue completa. Sólo perdonaron la vida a las mujeres, no por compasión, sino para que fueran pasto de sus deseos. Y después de encerrarlas, se entregaron a la más espantosa borrachera con el aguardiente que encontraron en las casas al saquear la ciudad.

Mientras estas atrocidades ocurrían en Castro, un grupo de veinticinco españoles al mando del capitán Luis de Vargas regresaba de un largo patrullaje. Desde lejos divi-

saron las llamas que consumían gran parte de las viviendas. Cogieron lenguas de los indios que lograron huir de la degollina, y se impusieron del drama que había vivido la plaza durante la víspera.

Luis de Vargas escogió a uno de sus hombres, el soldado Torres, y le ordenó que fuera a la ciudad y simulara ser un renegado que deseaba pasarse a los holandeses. Debía averiguar si habían desembarcado cañones, y si fuese así, intentar inutilizarlos para que no les hicieran daño en el ataque nocturno que pensaban realizar.

Torres llegó hasta las casas y se encontró con doña Inés de Bazán que había logrado escapar, aprovechando la borrachera de los piratas. En la oscuridad de un zaguán, le informó de los planes del capitán Vargas y de la misión que le había encomendado.

Doña Inés sabía donde estaban emplazados los cañones. Confundiéndose con las sombras, corrieron sigilosamente hacia los torreones, donde encontraron los atados de cuerdamecha que servían para tronar la pólvora. Los sumieron en agua hasta que quedaron totalmente empapados, y luego, deslizándose a lo largo de la empalizada, repitieron la faena con los otros cañones.

Al amparo de la noche, Luis de Vargas y sus hombres consiguieron acercarse a la ciudad sin ser descubiertos. Dejaron los caballos en un bosque cercano y caminaron silenciosamente hasta las primeras casas. Poco antes de llegar, se toparon con Torres y doña Inés que les aguardaban para señalarles dónde estaban las cautivas, y para informarles de los cañones inutilizados.

Se dirigieron al barracón que servía de improvisada cárcel y observaron que la entrada estaba custodiada por dos corsarios que conversaban distraídos. Sendos golpes sobre sus cráneos, dieron con ellos por tierra. La alegría de las desdichadas fue inmensa y apenas pudieron contener sus expresiones de júbilo y agradecimiento. Luego fueron todos hacia los matorrales donde habían dejado las cabalgaduras. Y mientras las mujeres huían hacia el campo alejándose de la ciudad, Vargas y sus soldados se dedicaron a arrear todo el ganado fuera del pueblo, para sitiar por hambre a los holandeses.

Pero el mujido de los animales alertó a Baltasar de Cordes. Corrió con algunos de los suyos y logró capturar al soldado Torres y a doña Inés, que permanecían rezagados protegiendo la fuga de las mujeres. El pirata estaba furioso y buscó en quien descargar su ira. Ordenó que ahorcaran a Torres en un improvisado cadalso y que continuaran con doña Inés. Cuando ésta se encontraba con la soga en el cuello, el corsario se compadeció. Mas, para dar escarmiento a los que quedaban en la ciudad, dispuso que

le aplicaran quince azotes, cuyas marcas permanecieron para siempre en la espalda de la brava española. (¹)

Don Crescente Errázuriz. SEIS AÑOS DE LA HISTORIA DE CHILE. Tomo I. Imprenta Cervantes. Edición 1908. Afirma que los pormenores constan en dos informaciones. Una, dada en Castro por Baltazar del Aguila, yerno de doña Inés, y otra, levantada en Santiago en 1631 por el hijo de la heroína, Juan de Oyarzún y Bazán.

de de licente de compositores de compositores

por our common que la entrada entaba tentionada por common que la entrada entrada sention polges topos tag conneces, queron con elles per senta. La allearia-le las desdeciadas the tentensa y aponar publicas contente am expressones de jubilo y agradecimicado. Lorso fusmon testas taleja las materiales donce testam dejado las cotentes taleja de la ciudad. Vertica y sur seculações de diciataleja a estem melo el garado fuese del pueblo, puas actor por
tentes de la ciudad. Vertica y sur seculações por tentes por

The color of the state of the second of the

### JANEQUEO, LA CAPITANA ARAUCANA.

Tiempo atrás, cuando el gobernador Sotomayor penetró en el territorio de Arauco, asolando, incendiando rancherías y destruyendo sementeras, obligó a los indios de guerra a replegarse a recónditos lugares de la cordillera de Nahuelbuta, abandonando campos y sembrados ante el alud destructor del potente ejército invasor.

Uno de los caciques que se vio obligado a abandonar sus tierras y a retirarse a las montañas, fue Huepotaén, señor de Llifén, lugar en que había levantado un fuerte desde el cual causó grandes dolores de cabeza a los españoles. El gobernador Sotomayor, que se hizo famoso por la crueldad y dureza, envió un grueso contingente en su busca.

El cacique, que se había refugiado en las serranías con sus guerreros, no había llevado a su esposa favorita para no exponerla a los azares del clandestinaje. El valeroso araucano amaba entrañablemente a su mujer, hembra de grandes condiciones humanas y físicas. Era tanta la nostalgia que por ella sentía que, no pudiendo soportar más en su ausencia, bajó a los llanos en su busca.

Cuando llegó a sus tierras, no halló a Janequeo, su amada, que se había refugiado en casa de su hermano Huechuntureo. En los mismos momentos en que salía de la ruca para dirigirse en su busca, le cayeron encima los enviados de Sotomayor. El bravo indio no se inmutó ante la vista de tantos enemigos. Echó mano a la lanza y arremetió contra ellos con fiereza y sin esperanzas. Vanas fueron las ofertas de rendición, sólo respondía a lanzazos gritando: ¡Inche Huepotaén. ¡Huinca tregua! ¡huinca tregua!

Más pudieron el número y las armas de sus enemigos que su coraje, y al final rindió la vida, regando la tierra de sus padres con su propia sangre.

Cuando Janequeo supo la muerte de su marido, sintió una pena y un dolor tan intensos que juró a sus Pillanes vengar la muerte del cacique, y transformarse para los españoles en una pesadilla diez veces más grande de la que había constituido su hombre.

A los pocos días, la valerosa Janequeo cabalgaba al frente de mil doscientos guerreros que comenzaron a campear igual que Sotomayor. En una de esas correrías, una de las patrullas trajo las cabezas de dos españoles que habían cazado mientras se dirigían de Osorno a Villarrica, y las pusieron a los pies de la bella amazona.

Cuando iban a mitad del camino les alcanzó uno de los espías indios. Llevaba la noticia de que el gobernador había recibido un gran refuerzo en dos barcos enviados por el virrey, con ciento cincuenta soldados y buena cantidad de armamentos y municiones. Janequeo sabía que su hermano Huechuntureo era buscado afanosamente por Sotomayor, y supuso con justa razón, que con el aporte que acababa de recibir, aumentaría la persecución, poniendo en grave peligro a las tropas mapuches, ya que había reiniciado la destrucción de campos y sembrados, marchando implacable tras ellos.

Janequeo decidió retirarse a la cordillera, zona impenetrable para los conquistadores, y comenzar la guerra de guerrillas, haciendo caer a sus enemigos en constantes emboscadas y sorpresas nocturnas. Enormemente hábil fue su resolución, pues presentar batalla a las actuales fuerzas de Sotomayor, habría significado el aniquilamiento de sus huestes. En cambio, la interminable serie de acciones que desencadenó Janequeo, no sólo comenzó a desesperar a los es-

pañoles en una lucha contra un enemigo invisible, sino que le significó, además, muy buenas presas de bagajes y caballos, como asimismo una o varias cabezas españolas para aumentar sus estandartes.

Cuando Janequeo supo que sus enemigos estaban levantando otro fuerte, sobre el río Puchangui, resolvió atacarlo en cuanto se fuera el gobernador, e inició la marcha en su demanda. Al aproximarse al campo español, sus tropas fueron avistadas por algunos indios de servicio que corrieron a dar aviso al capitán Aranda. El oficial decidió que era más prudente salirles al encuentro, que quedarse tras las murallas esperando el ataque. Preparó un grupo de veintidós soldados escogidos, fuertemente apertrechados, y enorme cantidad de indios auxiliares.

Estaba ya con un pie en el estribo, cuando llegó un mensajero bañado en sangre. Dijo que había escapado por gran ventura de la terrible capitana que venía en camino. Aranda apuró la partida y no tardó en encontrarse con la vanguardia de Janequeo. El capitán colocó a sus caballeros en posición de carga y, con el grito de ¡Santiago y a ellos!, se lanzó en feroz embestida. Pero los araucanos repitieron lo mismo que treinta años atrás. Cuando ya los enardecidos caballos estaban por caer sobre ellos, clavaron las picas en tierra y les ofrecieron generosamente sus puntas metálicas.

La carga se deshizo, la mayoría de los jinetes cayeron al suelo y, simultáneamente, los maceros del toqui Melillanca atacaron a los yanaconas que habían cargado detrás de los españoles. El capitán Aranda cayó herido por la lanza de Janequeo que estaba en la primera fila de piqueros. Apenas lo vio en el suelo gritó a sus guerreros:

- ¡Corten esa cabeza y dénmela que quiero levantarla en mi lanza como trofeo de mis glorias!

Ante la horripilante visión, los españoles huyeron despavoridos, perseguidos de cerca por los araucanos. Gran parte de los indios auxiliares, que corrían más atrás, optaron por pasarse a los vencedores.

Janequeo continuó asolando y devastando todos los campos de los españoles y de los indios que los apoyaban. Sólo detuvo su destructora actividad al acercarse el invierno, y decidió retirarse a la sierra y levantar un pucará.

Entretanto Sotomayor, indignado de que una mujer araucana abatiera su ejército y se paseara victoriosa campeando en libertad, reunió un numeroso contingente y lo mandó en su busca. Luchando contra los barrizales, las lluvias y las crecidas, fueron acercándose lentamente a la fortaleza india.

Las avanzadas de Janequeo dieron rápido aviso a la capitana, que decidió salir arrojadamente a atacarles, pero al ver que el ejército enemigo era poderoso y venía en gran número, prefirió dar la batalla resistiendo en el fuerte.

Los españoles subieron la ladera y arremetieron contra los sitiados con cerrado fuego de arcabuces, que causó grandes bajas. A medida que se fueron acercando, llegaron al combate cuerpo a cuerpo y encontraron enorme resistencia. La superioridad de las armas españolas se estrelló contra la decisión de los araucanos de impedir que el enemigo traspasara sus murallas. Sobre ellas,los defensores peleaban con ferocidad, animados por la valerosa Janequeo que empuñaba la espada de un español muerto. Daba tajos y reveses, con tal bravura que los atacantes comprendieron que, en esa encarnizada lucha, nada conseguirían, aparte de derramar más sangre de la mucha que ya habían regado en el campo.

La mitad de los españoles que quedaban se concentraron detrás del pucará y embistieron, con tal ímpetu, que lograron penetrar y atacar a los defensores por la retaguardia. Al verse entre dos fuegos, y para evitar que mataran inútilmente a sus guerreros, Janequeo hizo sonar los cuernos llamando a retirada, y se fueron perdiendo lentamente en la tupida selva. Los españoles les persiguieron un trecho, e hicieron algunos prisioneros que fueron rápidamente ejecutados, entre ellos el valiente Huechuntureo.

La legendaria Janequeo se internó en las serranías con el resto de sus destrozadas huestes, y los castellanos quedaron, pese a su victoria, con el amargo sabor de la derrota. Nuevamente se les había escapado la india bravía.

## CATALINA DE ARAUSO

(La Monja Alférez)

Doña Catalina de Arauso, hija del capitán Miguel de Arauso y de doña María Pérez de Gastaraba, entró al convento de Santo Domingo en San Sebastián de la provincia de Guipúzcoa, a los cuatro o cinco años de edad. Permaneció en ese ambiente de recogimiento y de ejercicios espirituales en compañía de sus dos hermanas, Isabel y María, hasta los dieciséis años en que profesó en manos del padre Jerónimo de Arcila.

Todos estos años de su niñez se distinguió por su piedad y virtud, siendo calificada con gran consideración por sus superioras; pero poco tiempo antes de profesar, se empezó a llenar de gran pesadumbre e inquietud. Quizá la sangre militar y aventurera de su padre fluía por sus venas con demasiada fuerza, para resignarse a pasar toda su vida en la paz monacal de un convento.

Era costumbre en aquellos tiempos, que los padres decidieran el destino de las hijas sin siquiera preguntarse si su vocación sería para siempre, pero en el caso de doña Catalina no lo era de ningún modo. En ese ambiente de religiosidad, las enseñanzas e influencias de sus maestras, le hicieron creer que estaba destinada a ser la esposa de Dios, pero al momento de profesar ya tenía dudas sobre su porvenir. Mas, ¿qué podía hacer una pequeña de sólo dieciséis años? Sus padres ya habían escogido por ella, y sólo le cabía cumplir el destino que le habían deparado.

Poco a poco su alma se fue cargando de serias dudas sobre su verdadera vocación. Ya no le atraían tanto los ejercicios espirituales. Sus meditaciones, en vez de conducirla a místicas regiones, la llevaban a los campos de guerra, de los que tanto oía hablar, medio en secreto, a sus superioras, sobre las alternativas de lo que ocurría en Flandes o en Italia. Con piadosa determinación dominaba su genio irascible y su imaginación aventurera, para aplicarse a los rezos y las devociones. Pero era imposible, en vez de lograr con ellos una felicidad similar a sus compañeras, sólo conseguía pesadumbre. Junto al paso del tiempo, su intranquilidad e infelicidad fueron aumentando. Necesitaba cono-

cer ese mundo exterior, desarrollar gran actividad, viajar, observar y, cosa inconfesable, luchar.

Más de una vez reveló, en el secreto del confesionario, estas inquietudes a su guía espiritual, pero el pobre anciano la conformaba diciéndole que sólo eran cosas de su juventud, y que nada era comparable a la felicidad que tenía destinada. Y así llegó el día en que no pudo contener más sus impulsos de aventura, y decidió escaparse.

Esperó con paciencia que a una de sus hermanas le tocara el turno de portera, y una noche en que estaba sor María, se le acercó, diciendo:

- Hermana, la madre superiora me envía a pediros la llave de la cancela.

Sor María se las entregó, pues era habitual que pasada la hora de la oración, se cerrara la puerta hasta los maitines, y para mayor seguridad, las enormes llaves quedaban en manos de la priora.

A las ocho de la noche, la niña Catalina salió sin hacer ruido y luego echó el manojo de llaves hacia adentro de la reja del locutorio. Con el corazón palpitante caminó por ese mundo desconocido hasta llegar a un montecillo. Llevaba cincuenta ducados en reales que le había regalado su padre y algunos efectos personales, entre ellos algunos útiles de costura. Con éstos transformó sus hábitos de monja en un sencillo atuendo masculino, y se mantuvo en el bos-

que alimentándose sólo de manzanas. Luego se dirigió a la cercana ciudad de Victoria, y se presentó a la casa del Licenciado Alcaraza, donde luego de presentarse como un mancebo llamado Juan de Arriola y Arauso, consiguió ser admitida como paje, por sus conocimientos de leer y escribir correctamente.

Pasó allí casi un año sirviendo al Licenciado, quien se hallaba feliz de contar con un muchacho tan ilustrado y de tanta madurez. En su casa conoció mucha gente y tomó los primeros contactos con el mundo exterior, pero la vida seguía siendo apacible y aburrida, y cada día aumentaban sus pensamientos de aventuras, por lo que al poco tiempo se la ve haciendo el trabajo de mozo en un mesón de la ciudad de Toledo.

En ese lugar tomó contacto con aventureros, hombres pendencieros y de mal vivir. Sin embargo, durante ese período aprendió a usar las armas. Pronto comprendió que si quería conocer el mundo debía comenzar por aprender a defenderse con la espada o la daga, con mayor razón si quería que todo el mundo la tomara por un muchacho. Cuando se compenetró de esta realidad, se dedicó con esmero a practicar con las armas, llegando en corto tiempo a hacerse diestrísima en su empleo. En más de una ocasión debió hacer relucir el acero, y si bien no ultimó a sus contrincantes, les aplicó tan duro castigo, que pronto adquirió fama de buen espadachín.

Considerando que ya estaba en condiciones de enfrentarse con una vida más agitada, viajó a Madrid y consiguió ser admitida en casa de don Juan de Idiáquez, paisano suyo, a quien conocía por ser patrón del monasterio de San Sebastián. Felizmente para ella, don Juan no reconoció en el muchacho que solicitaba trabajo, a la reclusa del convento. Le sirvió por espacio de diez meses sometida a la rígida disciplina del dueño de casa, hasta que por fin, aburrida de la falta de emociones, se marchó a Pamplona, tierra vasca, donde entró a servir por cuatro meses en la casa de don Carlos de Orellano, caballero del hábito de Santiago.

Dentro de las tumultuosas emociones que la movían, un pensamiento la atenaceaba con intensidad: el de ver a sus padres. No pudiendo contener sus impulsos, se dirigió a San Sebastián y consiguió alojamiento en casa de una tía, en calidad de inquilino, que estaba situada frente a la de sus padres. Desde la ventana de sus aposentos contemplaba la salida diaria a misa de su madre y los movimientos de su padre, pero tanto ellos como su tía, que no la veían desde pequeña, y más aún vestida de muchacho, jamás la reconocieron. Durante ese período estuvo tentada de presentarse a ellos, darse a conocer y volver como el hijo pródigo. Enormes cargos de conciencia la compelían a lanzarse en sus brazos, pero comprendía que si lo hacía, se vería obligada a volver al convento, donde su única aventura se-

ría la de hacer penitencia por haber escapado.

Larga y dura fue la batalla de sus sentimientos, pero al fin venció su afán de recorrer el mundo y se marchó hacia el puerto de Cádiz. Allí consiguió embarcarse gastando parte del poco dinero que le quedaba, y después de desembarcar en Portobelo, consiguió llegar a la ciudad de Trujillo en el Perú. Tras varios días de deambular por los barrios en busca de trabajo, expuesta a los atropellos de los peores aventureros que vagaban ociosos por la ciudad, comprendió que sus elegantes atuendos de joven adinerado, sólo le acarrearían problemas. Cierto día supo que el mercader Juan de Urquiza precisaba los servicios de algún joven preparado que se encargara de las entregas de las mercaderías.

Catalina no era lo que pudiera llamarse una joven hermosa. De rasgos corrientes y algo vulgares, alta y corpulenta, pudo disimular fácilmente sus formas femeninas bajo las ropas que llevaban los muchachos de esa época. Sus ojos penetrantes denotaban aguda inteligencia y decisión, y pronto aprendió los modales masculinos. Al presentarse al mercader, fue de inmediato admitida por saber sumar, restar, leer y escribir.

Mientras le servía con mucha lealtad, su carácter pendenciero le llevó un día en una taberna a golpear el rostro del hijo del Alguacil Mayor, porque trató en forma descomedida a la muchacha que servía. Junto al retado, se levantó de su silla otro caballero y desnudó su espada, reclamando el derecho de batirse por su amigo. Catalina, aceptando, se puso en guardia, pero el presuntuoso joven insistió:

- ¡Dejadme, caballero! ¡Para acabar con este malandrín me basto yo solo!.
- ¡Eso es lo que vos creéis! respondió Catalina en su papel de Juan de Arriola, y sacando el guante de su mano izquierda, le cruzó el rostro al otro caballero y agregó: ¡Ahora debéis batiros ambos conmigo al mismo tiempo!

Decididos a escarmentar a tan presuntuoso retador, los dos jóvenes lo enfrentaron pensando terminar el pleito en segundos. Los aceros se cruzaron con furia. Catalina era agilísima y había tenido tan buenos maestros en los barrios bajos de Madrid, que le habían enseñado no sólo el arte de la esgrima, sino también una serie de trucos de gran valor cuando en un encuentro se juega la vida. Mientras paraba un golpe de uno de los adversarios, lanzó de una patada un taburete al otro. La pequeña ventaja alcanzada le dio tiempo para demostrar lo que valía su brazo. Deteniendo en segundos un mandoble, envolvió en molinete la espada contraria y la arrancó de la mano enemiga, justo al tiempo que el segundo contrincante le atacaba con saña. Hubo un momento en que debió defenderse simultáneamente de ambos,

jugando con la toledana, parando, atacando, dando tajos y reveses, hasta que logró acuchillar la cara de su segundo enemigo que se llevó las manos a la herida con sorpresa, mientras Catalina, continuando el movimiento dirigió la punta de su acero al pecho de su primer contendor, y se lanzó en violenta estocada traspasándole el pecho a la altura del hombro.

La algarabía que se armó fue tremenda. Los mismos que antes gritaban entusiasmados viéndola pelear, corrieron a avisar a las autoridades que habían herido al hijo del Alguacil. Aprovechando la barahúnda escapó corriendo furtivamente por las calles hasta llegar a la casa de su patrón. Juan de Urquiza, que le tenía enorme aprecio, la ocultó hasta el día siguiente y, luego de entregarle dinero, le aconsejó que se presentase de inmediato donde estaban haciendo levas para la Guerra de Arauco, ya que como eran tan escasos los postulantes, nadie hacía preguntas al que se quisiera enrolar.

Vestida muy elegantemente con un coleto de ante guarnecido, sentó plaza con el nombre de Francisco de Noyola. El día siguiente zarpó desde el Callao la nave en que se había embarcado. Al llegar a Arauco, la asignaron a la compañía del capitán Guillén de Casanova, vasco como ella, con el grado de alférez, por su preparación.

Cuenta el padre Rosales que conservó su virginidad con señalada virtud. Indudablemente, si la hubiera perdido, todo el mundo habría sabido que era mujer. El cronista agrega que siempre estuvo luchando contra su conciencia que le reprochaba haber abandonado el convento, y que para mantener oculta su condición "dormía de noche con calzones y nunca se los quitaba ni se bañaba, y cuando le venía el mes, se retiraba al monte hasta que pasaba", y que para tranquilizar sus remordimientos "azotábase cada tres noches, ayunaba días en la semana, traía un cilicio de ordinario ceñido a las carnes..."

En Arauco conoció a un hermano suyo y militaron juntos en una compañía de infantería, sufriendo las hambres y los insoportables afanes de la guerra. Jamás le reveló su verdadero nombre ni su origen, sólo que era de San Sebastián, y por ser paisanos y hablar el vascuense fueron íntimos amigos por más de dos años.

Armada de una pica y de una espada ancha, peleó como el mejor de los soldados contra los indios. En varias ocasiones tuvo que batirse con algunos insubordinados de los que estaban bajo su mando. Siempre demostró la mayor gallardía y valor, hasta que en una de las muchas acciones guerreras, en que cargó a pie frente a los suyos, recibió una flecha que la mantuvo herida por algún tiempo. Mientras estuvo inactiva, los cargos de conciencia se hicieron cada vez más fuertes, hasta que no pudiendo soportarlos más, escribió a su hermano que a la sazón era secretario de gobierno y se hallaba en Concepción, para que éste, como paisano y amigo, le consiguiera licencia para borrar su plaza. Su hermano le consiguió el permiso, y uniéndose a otros cuatro soldados que también deseaban llegar al Perú, se dirigieron al Tucumán a través de la cordillera nevada, y desde allí subieron a Potosí.

Tras ocho meses de viaje, dejó a sus camaradas trabajando para los mineros de Potosí, y continuó a Chuquisaca donde se empleó como carnerero con Juan López de Arguixo, que era regidor de esa ciudad. Recibió de su amo ochocientos carneros y cuatrocientos burros para acarrear harina a Potosí. Durante dos años y medio se mantuvo en este trabajo, haciéndolo con tal empeño y sacrificio, que logró reunir un buen capital. Cuando su amo murió, se despidió con gran pena de la viuda y se enroló como soldado en una leva que se hacía para ir a pelear con los indios chanchos.

Salió con el maestre de campo Juan de Alaba en una incursión a la montaña, donde se batieron denodadamente. Cuando mataron al maestre, ella se lanzó al ataque con tanta decisión, que por ir adelante recibió dos flechazos, uno en un brazo que la dejó manca, y otro que la traspasó de lado a lado por encima de los pechos. Logró recuperarse

de ambas heridas, pero durante ese período los remordimientos aumentaron. Sentía que estas heridas las había enviado su Divino Esposo que le reclamaba que volviese a El. Sentíase culpable de haber abandonado el convento, de haber llevado una mala vida y de simular una condición que no era la suya.

Sin embargo, en el manuscrito de Romay, que la conoció y trató mucho, certifica que era de gran honestidad, de palabras compuestas y proceder virtuoso, y que pese a ocultar su condición de mujer, mantuvo siempre una conducta excepcional y tuvo gran fortaleza en las más grandes privaciones y trabajos.

Finalmente, rendida en las batallas interiores de su alma, se fue al Cuzco decidida a entrar en un convento. Se confesó con el padre jesuita Luis Ferrer, le contó que era mujer y le narró su vida y sus deseos de volver a Dios. Este se emocionó con la azarosa vida de la monja y la consoló prometiéndole ayudarla para que la recibiesen en el monasterio de Santa Clara, sin descubrir de quién se trataba. Pero las monjas le exigieron una dote de mil pesos, que ella no tenía, por lo que se vio obligada a dejarlo para mejor ocasión.

Vistiéndose con un barchilón (traje de enfermero), inició una vida de penitente mientras encontraba la coyuntura para entrar a algún convento. Tras un largo caminar, lle-

gó a Guamanga, donde nuevamente cambió sus ropas por otras de gala, que le dio un vasco paisano suyo. Sedienta de consuelo y amor cristiano, fue a conversar con las monjas de Santa Clara y, para tantear el ambiente, les dijo que quizá pronto entraría una tortolita llorosa que andaba fuera de su nido. Viendo que las indirectas no resultaban, se fue a la iglesia a rezar a los pies del crucifijo, decidida a conseguir que la recibiesen en el convento de un modo u otro.

Estaba rezando con los ojos llenos de lágrimas, cuando acertó a pasar por su lado el Licenciado Francisco de Ore, arcediano y provisor de aquel obispado. Viéndola orar con tanta amargura, le preguntó el motivo de su desdicha, y ella le suplicó que la escuchara en confesión. Cuando el arcediano se impuso de su angustiada vida, le prometió ayudarla y se fue de inmediato a hablar con el Obispo. Al saber éste que era mujer y monja profesa, quedó admirado y la envió donde algunas mujeres muy principales de la ciudad, para que comprobasen su condición y que estaba virgen, lo que declararon bajo juramento ante un escribano.

Con estos antecedentes, el obispo llamó al prior de las monjas y le pidió que la absolviera de la apostasía que había cometido al salirse del convento. Luego de ser perdonada, la vistieron con el hábito de las monjas de Santa Clara, y en solemne procesión, la recibieron sus nuevas compañeras con un Te Deum y gran alegría.

Finalmente, terminó sus días en Guitlaxtla, aldea cercana a Puebla, en Méjico, el 20 de julio de 1650.

#### ISABEL DE LANDA

(Fundadora de las monjas Isabelas de Osorno)

Doce años después que el gobernador García Hurtado de Mendoza repoblara la ciudad de Marina de Gaete con el nombre de Osorno, o sea en 1570, doña Isabel de Landa, una anciana española ya viuda, formó el proyecto de establecer una casa religiosa de mujeres en la nueva población. Otra anciana, doña Isabel de Palencia, se entusiasmó con la fundación de un monasterio, y se sumó a él con una sobrina, llamada también Isabel, que tomó el nombre religioso de Isabel de Jesús.(1)

Cuando se trató de escoger la advocación para el nuevo convento, no dudaron en escoger, como santa patrona, a Santa Isabel, y, por lógica, seguirían la regla de San Francisco. Naturalmente, todo el resto de la población comenzó a llamar este beaterio como Las Isabelas, nombre que mantuvieron todo el tiempo de su permanencia en Osorno.

Tres años después, el clérigo Juan Donoso les donó una casa para que vivieran, estableciendo una capellanía. A esas alturas, era ya abadesa doña Isabel de Palencia, y usaban a manera de hábito una jerga del color franciscano y un manto semejante en la cabeza.

La fundadora, doña Isabel de Landa, tenía una hija viuda, doña Elena Ramón, que vivía con sus dos pequeños hijos en La Imperial. Al enterarse de la fundación de su madre, quiso ingresar al beaterio. Pero las monjas eran pobrísimas y no había como alimentar más gente. Doña Elena negoció con el gobernador una encomienda que tenía, quedando con una cantidad de dinero para asegurar el sustento del monasterio, más una treintena de indios que se encargaron de hacer las reparaciones necesarias en la casa.

Así, doña Elena pudo ingresar con sus hijos al beaterio. El varón, Diego Venegas, suministraría después numerosos datos sobre los primeros años de la fundación.

Pero las monjitas no tenían capilla ni misa dentro de la casa, por lo cual no podían pedir la clausura, y debían en grupo a oir misa en diferentes partes. Algo más adelante, con algunas donaciones ampliaron la construcción con una pequeña capilla, coro, una portería, torno y campana-

rio. Con esto, el primer obispo de La Imperial aprobó su modo de vivir y la clausura.(2)

Habiendo hecho profesión de seguir las reglas de San Francisco, los religiosos franciscanos se dedicaron a atenderlas, toda vez que ahora tenían clausura. El primero de estos capellanes fue fray Pedro de Vergara, sin perjuicio de que las atendieran también los jesuitas, los dominicos y hasta clérigos que muchas veces fueron a predicarles.

El número de religiosas fue aumentando lentamente y había veinte al comenzar el cerco que los mapuches colocaron a Osorno. Cada aspirante tenía que traer una dote para ingresar al convento, con el fin de aumentar los medios de subsistencia. Y entre estos aportes, más las limosnas, lograron tener un molino, con estancia y un mayordomo que la administraba.

Las aspirantes debían permanecer un año de novicias, al fin del cual hacían su profesión en manos de la abadesa. Como prácticamente todas tenían lazos familiares con el resto de los habitantes de Osorno, se preocuparon mucho cuando el cerco mapuche se fue estrechando, por lo que pasaron a habitar la casa que el capitán Rodrigo Ortiz de Gatica tenía junto al fuerte, donde incluso pudieron habilitar una capilla para oir la misa.(3)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Seis Años de la Historia de Chile. Tomo I. Crescente Errázuriz. Imprenta Cervantes. Santiago. Edición 1908.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Declaración del Maestre de Campo Fernando de Mieres, prestada en Concepción el 24 de diciembre de 1654.

<sup>3</sup> Carvallo y Goyeneche. Tomo I. Capítulo 88.

#### BEATRIZ DE CORDOVA

(Esposa de Alonso de Ribera)

Al subir al trono Felipe III, el soberano se vio enfrentado a la muerte de Oñez de Loyola, que transformaba ya en interminable la guerra contra los araucanos. Los consejeros del Rey le indicaron que nombrara, para vencer a este indómito pueblo que se burlaba de los victoriosos ejércitos de Europa, al militar de más renombre en esos momentos en España, don Alonso de Ribera. Así pues, aunque los pobladores de Chile estuviesen ignorantes de su valía militar y lo recibieran con desagrado, el nuevo gobernador no era un desconocido, sino uno de los más reputados guerreros de Europa.

La vida de soltero de este magnífico gobernador, no fue de lo más edificante. Era un hombre mitad soldado y mitad cortesano. Como militar, demostró su enorme capacidad al trazar el plan estratégico que cambió totalmente la guerra de Arauco, y significó la paz y el progreso en todas las ciudades ubicadas al norte del Biobío. Como cortesano, era un hombre galante, enamoradizo, muy amigo de las fiestas, de los saraos y de los banquetes, en los cuales introdujo los continuos brindis a la flamenca, herencia de su estada por aquellos parajes. Así, se le acusó de que ponía las botijas en las mesas sobre los manteles y brindaba por cuanto hombre y mujer se le viniera a la cabeza.

También se le achacaba el haber traído desde Lima a una moza con la que vivía en Concepción "como si fuera su mujer legítima". Finalmente, para terminar con las murmuraciones, la casó con un muchacho llamado Luis del Castillo.

La llegada de cada gobernador peninsular, creaba enormes espectativas para las familias santiaguinas, pues el mandatario permanecía en la capital con su séquito de capitanes, alféreces, sargentos y soldados distinguidos, en cada suspensión de la guerra en el sur. En todas las casas se esmeraban en atender a estos forasteros que venían directamente de España, hasta que, llegada la primavera, partían a recomenzar la guerra de Arauco que el invierno había detenido. Al año siguiente, junto al inicio de las lluvias que transformaban las tierras indias en lodazales, regresaban las tropas a la capital y se renovaban las atenciones y los divertimientos. Si los uniformados eran solteros, eran asediados por delicadas atenciones que llegaban incluso, a hospedarlo mientras estuvieran en Santiago. Si en la casa había niñas, los de más allá "pelaban", no se sabe si por envidia o por falta de alojados.

Naturalmente, las atenciones eran por rangos sociales. Al gobernador se le abrían las puertas de las familias más principales y, muy en particular, la de la familia Lisperguer, en particular, con doña María y doña Catalina.

En las fiestas que daba don Alonso, las dos hermanas Lisperguer reinaban y hacían el papel de dueñas de casa. La segunda, atravesaba los salones desparramando hermosura y elegancia, sintiendo sobre sí las miradas ávidas de los hombres y las envidiosas de las mujeres.

Uno de estos festejos fue el ofrecido por don Gonzalo de los Ríos, para celebrar la llegada de una "espineta", instrumento antecesor del clavicordio y del piano. La única persona en Chile que sabía tocar este artefacto, era un mocho mercedario llamado Carmuncho, e hizo las delicias de los invitados que se entregaron a los placeres de la danza, en especial don Alonso de Ribera, que era un bailarín consumado, con la dama que ya se veía sentada en los

estrados como esposa del gobernador: doña María de Lisperguer.

No sabemos si el enamorado mandatario le dio alguna vez palabra de matrimonio, pero ella se lo creía como si se lo hubieran jurado. La verdad es que don Alonso estaba profundamente enamorado de una jovencita, detrás de la cual corrían todos los galanes de Santiago: doña Beatriz de Córdoba. La niña era hija de don Pedro Fernández de Córdoba, muerto en uno de los ataques del toqui Pelantaru, y de doña Inés de Aguilera y Zurita Villavicencio, madre de otros dos valientes soldados muertos a manos de los indios, que era la famosa heroína que se había batido valientemente en el fuerte de La Imperial.

Como la inocente niña era virginal y pudorosa, no otorgaría a don Alonso lo que pudiera darle doña María, de manera que el gobernador no tuvo otro remedio que pedirla oficialmente en matrimonio. Sabido es que a los altos magistrados nombrados por el Rey les estaba prohibido contraer el vínculo con criollas, o sea españolas nacidas en Chile, por lo que don Alonso se apresuró en mandar un correo al virrey de Lima, Marqués de Salinas, para que solicitase la licencia al soberano.

Mas, sin esperar la respuesta del monarca, don Alonso aprovechó que su amada y su madre se encontraban en Concepción, para contraer allá matrimonio con la joven. Y los casó nada menos que el obispo de Concepción fray Reynaldo de Lizárraga, quien junto con leerles la epístola de San Juan, sabía que el contrayente no tenía el permiso real para casarse.

Dos años después regresó a Santiago el gobernador con su mujer y su suegra a quienes instaló en el Palacio de los Gobernadores en la Plaza de Armas. No pasó mucho tiempo sin que las principales familias reiniciaran las invitaciones, los banquetes y los saraos, donde ahora reinaba la hermosísima joven Beatriz.

En una de estas fiestas, que el gobernador realizó para retribuir las atenciones recibidas, se encontraban presentes las dos hermanas Lisperguer, acompañadas de sus maridos, pues doña María había contraído matrimonio, por despecho, con don Juan de Cárdenas y Añasco.

La fiesta estaba en todo su apogeo, cuando se corrió la voz de que el gobernador se encontraba enfermo, con fuertes dolores de vientre, por algo que había bebido. Pronto llegaron el médico Juan de Guerra Salazar y el jesuita Luis de Estela, quien era el encargado de la botica de esa Compañía. No fue posible averiguar qué había bebido el gobernador, pues él mismo reconocía haber probado de todo.

Y mientras los científicos pensaban y examinaban, el camarero del mandatario, Pedro Alcántara, lanzó la pregunta:

- ¿Alguien más se ha sentido enfermo con alguna de las bebidas de la fiesta?

Los sabios se quedaron mirando y de pronto la idea surgió veloz en las tres cabezas: ¡alguien había tratado de envenenar al gobernador!

No demoró mucho don Alonso de Ribera en suponer que tenían que haber sido las hermanitas Lisperguer que, además de despecho, tenían fama de hechiceras y envenenadoras...

### ANA MARIA DE TOLEDO

(Heroína de Chillán)

En la ciudad de Chillán, el gobernador comprendió que se incubaba una sublevación. Conociendo el estado ruinoso del fuerte y lo mal preparadas que se encontraban sus defensas, ordenó en repetidas ocasiones a Francisco Jufré que terminara de fortificar la plaza que se hallaba a medio construir, que jamás dejara pacer los caballos lejos del fuerte, y que por ningún motivo permitiera a sus soldados salir de la ciudad hasta que desapareciera la amenaza.

No obstante, los moradores no dieron crédito a los temores de insurrección, y a los pocos días comenzaron a salir para atender el trabajo de sus haciendas. Como de costumbre, la construcción del fuerte no se terminó y los caballos continuaron pastando en los potreros. Hacía muchos años que los comarcanos no se alzaban, y la numerosa dotación de la plaza, cien hombres bien armados, les proporcionaba gran seguridad.

Poco después de que las campanas del convento de la Merced anunciaron la medianoche del 13 de septiembre, los indios comenzaron a entrar sigilosamente a la ciudad y ocuparon puestos claves. Cerca de las cinco de la mañana, bajo la oscuridad que reina antes del amanecer, todos despertaron bruscamente ante el chivateo espantoso de los atacantes. A una orden de Navalande, el aullido se hizo atronador y produjo desconcierto y pánico en la población civil y militar. Simultáneamente, comenzaron a caer flechas encendidas en los techos de paja.

La sorpresa fue tan grande que nadie atinó a organizar la defensa. La mayoría huyó hacia el centro de la ciudad y logró penetrar al fuerte, perseguida de cerca por las tropas de Navalande. Con gran esfuerzo, Francisco Jufré reunió parte de sus hombres dentro de la fortaleza e intentó coordinar una resistencia más o menos seria. Nabalburi, con una porción de fuerzas atacantes, se dedicó a combatir a los defensores. Otros indios treparon sobre las casas colindantes al bastión y. desde allí, continuaron lanzando saetas incendiarias y enormes piedras.

Mientras el combate cuerpo a cuerpo se generalizaba, la gente de Navalande se entregó al saqueo de las casas abandonadas. Los indios comenzaron a ponerse la ropa de los españoles, y así ataviados, acarrearon cuanto pudieron, Otros, montados en los caballos de sus enemigos, condujeron todo el ganado vacuno y caballar hacia las serranías.

El grupo de Navalande cautivó a treinta y tres mujeres, muchos niños y algunos frailes, después de matar a siete hombres que pusieron resistencia. Cuando terminaron los despojos, pegaron fuego a las viviendas, que ardieron al igual que el convento de la Merced. Apresaron a un lego que había en el claustro, pero éste aprovechó un descuido de sus captores, les arrebató un caballo y galopó sin parar hasta Angol donde llegó con las infaustas noticias.(1)

Entre los moradores de Chillán se hallaba doña Ana María de Toledo, de una hidalga familia andaluza descendiente de los Duques de Alba. Era alta, gruesa, de ojos negros, tez blanca con un pequeño lunar junto a su ojo izquierdo.

Durante el ataque a la ciudad, a fines de 1599, doña Ana María, que combatía como si fuera un soldado más, fue atacada por un indio yanacona de su servicio, que le clavó tan feroz lanzada, que la atravesó de parte a parte. La heroica mujer continuó combatiendo, con una pequeña

hija a su lado. Cuando comprendió que ya era impotente contra sus agresores, se introdujo en una casa de techo pajizo al que le prendió fuego. Prefirió morir allí, junto a su hija, que caer en las manos de los atacantes. (2)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El Toqui Pelantaru. Carlos Valenzuela S.de O. Publicaciones Militares. 1989.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Purén Indómito. Arias de Saavedra.

### FRANCISCA TERRIN DE GUZMAN

(Fundadora de las monjas agustinas)

A treinta y tres años de la fundación de Santiago, una ciudad en que todos se confesaban católicos, no era raro que surgiera la idea de fundar una casa religiosa para mujeres, toda vez que la desastrosa Guerra de Arauco producía cada vez más viudas, y a las jóvenes que no conseguían marido, sólo les restaba la oportunidad de vivir por el resto de sus vidas en un convento.

No existía ninguno en la ciudad de Santiago. Sólo había nacido el beaterio de las Isabelas en Osorno, que no había recibido la autorización del Rey ni del Vaticano. No obstante, si bien el de Osorno fue la primera casa religiosa para mujeres, el de las Agustinas fue el primero de la ciudad de Santiago.

Doña Francisca Terrín de Guzman, solicitó la ayuda del Cabildo, para esta fundación cuyo primer nombre fue Sorores de la Limpia Concepción.

Don Antonio González Montero, natural de Constantina en Andalucía, había peleado en la Guerra de Arauco y era dueño de unos terrenos en Santiago, de los cuales donó dos manzanas que ocupaban desde la calle de Pero Martín (en ese tiempo las calles tomaban el nombre del vecino más importante), y que pasó a llamarse ahora de las Agustinas, hasta la misma Cañada, entre las actuales Ahumada y Bandera.(¹).

Y la fundadora donó toda su fortuna, para la construcción del convento, que al igual que Las Isabelas de Osorno, sólo contaban con la autorización del Cabildo, faltando la real y la papal.

Entre las Actas del Cabildo no se ha podido encontrar la correspondiente a la sesión que aprobó la fundación, pero en otra posterior, del mismo 1574, se habla del convento ya fundado. Dice así: "Los dichos señores y regimiento, por cuanto la ciudad ha hecho limosna para el monasterio de monjas de esta ciudad que se hace e se va haciendo, y por tanto que el Cabildo es su patrono, por lo que le ha dado agora e por siempre jamás".

En 1576 llegó a Chile el obispo fray Diego de Medellín, franciscano, que pese a sus ochenta años, era enérgico, prudente e instruido. Al asumir la sede episcopal en Santiago, la encontró sumida en el más espantoso desorden. El clero secular, se componía sólo de diez sacerdotes y de seis canónigos, "mal avenidos y que nunca han paz". Una de sus primeras acciones fue la de solucionar la irregularidad canónica en que se encontraban las "Monjas de la Concepción". El 19 de septiembre de 1576, (²) se levantó una nueva acta de una solemne sesión, en que se fundaba el monasterio, y como las monjas habían escogida la regla de San Agustín, tomaron el nombre de Agustinas. Como abadesa, fue designada doña Isabel de Zúñiga.

Así, el convento de las Agustinas quedaba definitivamente formado. (3)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Archivo de Escribanos. Obligación ante el escribano Ginés de Toro Mazote, de fecha 14 de julio de 1590. En esta se establece la obligación del nuevo convento que a cambio de los terrenos donados por don Antonio Montero, las monjas se obligan a recibir una hija o una nieta suya.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Historia de Chile. Francisco Antonio Encina.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Una Crónica Conventual. El Monasterio de las Agustinas de Santiago. Crlos Peña Otaegui. Santiago. 1951.

1524 M. a Strate State of Land and Land

# MARIA DEL CASTILLO CARVAJAL

(La cautiva castellana)

Por el año 1588 era corregidor en La Imperial don Fernán Castillo de Córdoba, unido en matrimonio con doña Leonor Carvajal y Portocarrero. Su única hija fue bautizada como María del Castillo Carvajal.

Los araucanos asediaban constantemente la plaza y los españoles retrucaban haciendo incursiones a sus tolderíos, asolando sementeras y cautivando "presas", especialmente indios jóvenes, que eran destinados al servicio de sus captores.

En una de estas "malocas", nombre con que designaban a estas entradas en territorio mapuche, don Fernán Castillo tomó cautivo a un hijo del cacique Pallahuén. El muchacho, de unos ocho años, fue bautizado con el nombre

de Mateo, y gracias al buen trato y cariño que recibió en la casa de su amo, se "aquerenció" dando muestras de sumisión y una enorme y natural inteligencia, que le permitió aprender con prontitud todo lo que le enseñaron, entre otras cosas, a leer y escribir correctamente el castellano.

El joven demostró enorme diligencia en los quehaceres que, como sirviente, debía realizar. Pero siempre se daba tiempo para acompañarse y jugar, como todos los niños, con la hija de sus amos, doña Mariíta. Fueron transcurriendo los años y ambos jóvenes eran compañeros inseparables. No había lugar donde la niña fuese, que no la acompañase y cuidase con gran solicitud, el muchacho araucano. Y a medida que fueron creciendo, fue naciendo en el corazón del joven un limpio y delicado cariño hacia la niña, que pronto se convirtió en el más tierno amor.

Jamás los padres notaron nada, ni la más leve falta de respeto, ni miradas decidoras, nada que pudiera molestarles, sólo la profunda devoción que le profesaba. Era él quien colocaba todas las mañanas las flores más lindas de la temporada en su enrejada ventana, y quien llegaba con los primeros frutos de la estación que se daban en los bosques vecinos a la ciudad.

María fue convirtiéndose en mujer y el idílico cariño del adolescente, ya transformado en mancebo, era profundo amor. No sabemos si ella sintió por el indio algo más que el cariño natural a su compañero de juegos, pero demostraba hallarse tan a gusto en su compañía, que él era feliz tan sólo con verla, oirla hablar y reír. Sabido es que el alma de los mapuches es de una profunda delicadeza y esencialmente noble; más aún, profundamente humana, y como tal, capaz de sentir tanto los sentimientos más sublimes, como las más arrolladores pasiones que suelen llevar a la violencia desatada.

En una de sus entradas a tierras indias, el padre de María, don Fernán, fue muerto por los naturales en las montañas de Tirúa. No pasó mucho tiempo sin que empezara a frecuentar la casa un joven militar, don Gabriel de Villagra, sobrino nieto del fallecido gobernador Francisco de Villagra. Junto con las primeras visitas el instinto del muchacho le avisó el peligro, y comenzó a ver en el soldado a un rival.

Sin embargo la muchacha no había cambiado en nada. En su candidez de doncella prefería correr por los umbrosos bosques, junto a Mateo, a estar en las estiradas tertulias con que debía recibirse a las visitas. Pero no pasó mucho tiempo sin que el joven araucano no se informara, por la misma muchacha, que había sido pedida en matrimonio por el joven Villagra. Al escuchar la noticia, Mateo ocultó sus sentimientos y su rostro no demostró los encontrados sentimientos que lo enloquecían.

Esa noche el muchacho no durmió. En la inmensidad de su amor, había concebido esperanzas y se creía correspondido. Jamás pasó por su mente que podía llegar ese instante. Su vida se deslizaba entre los momentos felices que pasaba en su compañía y se sentía dichoso con el afecto que ella le prodigaba. Pero al enfrentarse con la realidad, su docilidad se trocó en altivez, su humildad en orgullo, y su amor en odio. Al día siguiente, como si no concediera importancia al asunto, preguntó a la joven la fecha para cuando se había fijado el matrimonio, y ella le respondió que, por estar tan recientemente fallecido su padre, habían determinado que la boda se realizaría el año siguiente, para el Domingo de Resurrección.

Algunos días después el muchacho desapareció. Se internó por la selva que era su verdadera morada, y caminando lentamente, rumiando su pena y su odio, llegó al fin hasta las tierras de su padre en Pallahuén. Allí se acercó a los ulmenes y se identificó como el hijo del cacique, dando su verdadero nombre araucano: Anganamón. Los viejos de la tribu lo reconocieron como jefe y le hablaron de que un nuevo caudillo, Pelantaru, a quien habían escogido por Toqui General, estaba preparando una gran sublevación para expulsar definitivamente a los invasores españoles de sus tierras.

Con gran prontitud el nuevo cacique concurrió a los "aucatraun", donde Pelantaru preparaba sus planes jun-

to a los más principales jefes araucanos, para ofrecer su concurso y el de su gente. Largo tiempo permaneció junto al nuevo general que guiaría los destinos del pueblo mapuche, y Pelantaru comenzó a ver en él, los síntomas del jefe innato, su clara inteligencia y el profundo conocimiento que tenía de los españoles y sus costumbres. Poco a poco fue dándole mayores responsabilidades, hasta que llegó a convertirse en su mano derecha. Anganamón participó en la elaboración de los planes de guerra, y en la mayoría de las ocasiones, su aporte fue de enorme significación.

Mientras duraron los preparativos se hizo íntimo amigo de otro joven cacique que también había sido esclavo de los españoles, Paillamacu, quien les guardaba gran rencor por haberlo separado de su amada, Ragunmilla, a quien llevaron a Santiago y más tarde se transformó en monja.

Por fin llegó el día en que los ejércitos de Pelantaru se lanzaron contra los españoles. Anganamón figuró entre los primeros que atacaron con furia el campamento del gobernador Oñez de Loyola en Curalaba, y se encargó de liquidarle personalmente en el fragor del combate. Posteriormente tomó parte en todas las otras acciones que terminaron con la Ruina de las Siete Ciudades, pero fue en una de ellas donde tuvo un interés particular, por lo que pidió a Pelantaru le cediera el honor de dirigir la acción: el ataque a La Imperial.

Sabiendo que el domingo 11 de abril se realizaría el matrimonio de su amada María con el capitán Villagra, se dejó caer ese día con todas sus fuerzas sobre la ciudad, arrasando e incendiando las casas, hasta llegar a la del obispo Cisneros donde se iba a celebrar la boda. Su acción fue tan bien calculada y el asalto tan imprevisto, que llegó a sus puertas cuando la novia, acompañada por su madre doña Leonor, iba a reunirse con el novio. Sin desmontar tiró un bote de su lanza al capitán Villagra, quien pudo esquivar la punta pero no los cascos de la bestia que se abatieron sobre su cabeza. Luego, refrenando al animal, cogió con dulzura a la asustada María y subiéndola al anca, escapó con ella a las selvas impenetrables, mientras sus huestes se encargaban de pegar fuego a las moradas y saquear cuanto les fuese útil, dejando a los pobladores encerrados en la casa de Cisneros y totalmente desprovistos de víveres.

Años después, cuando el padre Luis de Valdivia consiguió que la Corona decretara la Guerra Defensiva y se respetara el territorio araucano, para atraer a los mapuches mediante la evangelización, doña María fue persuadida de huir del lado de Anganamón y volver a los españoles con una hija de ambos. El sentimiento de Anganamón fue enorme. Los españoles hablaban de paz y lo demostraban robándole a su mujer y su hija, con el pretexto de que eran cristianas y que no podían obligarlas a volver a su lado. Esto

hizo que no se encontrara presente en el parlamento de paz de Paicaví, y continuara haciendo la guerra a sus enemigos por muchos años.

# BEATRIZ DE AHUMADA

(Una mujer de armas tomar)

En un comienzo, las calles de Santiago tomaron el nombre de sus moradores más importantes, y constituían, más que vías públicas, la prolongación de diversos hogares de una misma familia. A medida que los miembros de un hogar iban contrayendo matrimonio, agregaban sus casas junto a los lares paternos restando un poco de espacio al solar original. Las más de las veces estaban conectadas por dentro, uniendo sus patios por puertas complacientes que hacían más fácil la comunicación de la parentela. Todo era de bautizo, boda y mortaja.

Pero la calle del Estado, que en ese tiempo ostentaba el nombre de la calle del Rey, y la de Ahumada, pertenecían especialmente a la aristocracia y el comercio, y la última es una de las pocas que han conservado su nombre desde los lejanos tiempos coloniales hasta la actualidad.

Don Juan de Ahumada, o don Rodrigo como le designan otros historiadores, llegó a Chile con la expedición de don García Hurtado de Mendoza, y cuando éste regresó a Lima, permaneció en estas tierras y contrajo matrimonio con doña Catalina Hurtado, hija del contador Juan Hurtado y de la mestiza Leonor Godínez.

Parece que la prosperidad bendijo los andares de don Juan, pues, más tarde, le vemos levantar una soberbia mansión en la calle de su nombre, y recibir una encomienda de indios en Choapa que posteriormente heredó su hijo Roque. Muy elegante debió ser la casona, pues era una de las pocas que ostentaba un altillo árabe en plena esquina con la calle de los Huérfanos.

Otro hijo del fundador de la familia fue don Cristóbal de Ahumada, alcalde de Santiago en 1582, quien transmitió la herencia familiar a sus dos vástagos, don Valeriano, corregidor de la capital en 1638, y a doña Beatriz, quien parece haber heredado la parte más ardiente de la sangre española y mestiza de su padre, pues llevó una vida que en aquellos tiempos se calificó de licenciosa.

La joven Beatriz contrajo matrimonio por conveniencias sociales con el sargento mayor Hernando de Castroverde Valiente, que aunque verde y valiente, estaba ya muy viejo para calmar la pasión de la inquieta niña. Todo hace suponer que el caballero sólo aportó títulos y apellidos al enlace, pues el matrimonio continuó viviendo en el hogar de los Ahumada y no instaló "casa aparte", como correspondía a un novio de regular peculio. En esta forma, doña Beatriz no sólo poseía escasa edad, sino también un ingente capital, cosas ambas que le daban gran desenvoltura para tomar las decisiones por su cuenta, sin aguardar parecer del anciano marido.

No pretendemos pintar a doña Beatriz como otra Quintrala, pues si bien ésta se daba el lujo de escoger a sus amantes como la primera, era además bruja y asesina. La joven Ahumada era alegre, despreocupada, extrovertida y totalmente libre de los prejuicios de la época. Desde los primeros días de su matrimonio con el sargento mayor, le impuso la condición de poseer alcobas separadas. Bien sabía ella que la comunidad de una "cuja" le traería solamente toses y ronquidos, aparte de inhibirle de toda libertad.

En una edad en que la curiosidad femenina es inmensa, la mayoría de las jóvenes piensa en el matrimonio como el medio de descubrir lo inexplorado. Doña Beatriz debía resignarse a un marido viejo y achacoso. No es de extrañar entonces, que, al poco tiempo, penetraran a su alcoba las siluetas embozadas de jóvenes caballeros tan ardientes como ella. En corto lapso, el señor de Castroverde entregó su alma al cielo y se alejó de los afanes de esta vida, totalmente ignorante de las andanzas de su damita, por cuya honra habría puesto sus manos sobre el fuego.

La viudez no afectó para nada a la inquieta y enérgica mozuela. Continuó recibiendo visitas nocturnas y manejando los negocios heredados de su padre con gran habilidad comercial.

A fin de no dar pábulo a las maledicencias, la astuta joven hizo arreglar secretamente la enrejada ventana de su alcoba, que caía sobre la calle de los Huérfanos, para permitir el paso de sus visitantes, sin necesidad de usar el portón de las bodegas y menos la puerta principal que daba a la calle de Ahumada.

Pese a sus vaivenes amorosos, doña Beatriz se cuidaba de mantener en el mayor secreto sus aventuras nocturnas, y los propios amantes eran los más interesados en guardar silencio, pues en ese Santiago colonial las niñas se entregaban sólo después de la bendición eclesiástica, y únicamente una que otra dama de alcurnia, muy escasas por supuesto, se arriesgaban a estas andanzas. Los caballeros solteros se veían obligados a calmar sus inquietudes con las indias y mulatas de servicio, cuyas cualidades corporales no podían compararse con las que poseían las empingorotadas damas.

Uno de los más asiduos en traspasar la ventana, era el joven Diego Vásquez de Padilla, fogoso y desaprensivo amante, que logró fijar en él los pensamientos de la acaudalada e insatisfecha viudita. Pero don Diego hizo ciertos comentarios, en el corro de sus amistades, que dejaron en descubierto el nombre de la dama que le favorecía.

Uno de los presentes, que a su vez mantenía relaciones con otra señora de copete, le contó en la intimidad de la cama lo que había escuchado; y era tan zonza esta dama que, estando ella en la misma situación, lo transmitió a una amiga y así llegó a oídos de doña Beatriz.

En cuanto supo el chisme, la joven llamó a uno de sus más fieles capataces y le ordenó que, acompañado de varios robustos mocetones, propinaran una tunda de palos a Don Diego Vásquez de Padilla. Días después, amaneció el amante amarrado al rollo de la justicia de la Plaza Mayor, con signos de haber recibido una soberbia azotaina y un cartel que rezaba: "por deslenguado". Esa misma tarde, los esclavos de la familia Ahumada echaron a correr entre las servidumbres de todas las casas, el comentario de los amoríos de la habladora y de su amigo, y al día siguiente su desprestigio iba de boca en oído y de oído en boca.

En esta forma doña Beatriz barajó de un golpe las habladurías y cambió de amante.

Antes de un año, anunciaba su compromiso con el capitán Ambrosio de Córdoba, que más de alguna vez había visitado su tálamo con huellas tan imperecederas, que allí dejó clavado su corazón y pasó sobre las conveniencias sociales de la época.

Pero el buen capitán, a quien el amor había cerrado la razón, estaba convencido de que ella le dedicaría por entero su ardor. ¡Tan equivocado estaba que, antes del año, había solicitado su traslado a las primeras líneas de fuego en la guerra de Arauco, para ocultar su deshonra bajo las nubes de flechas de los indígenas!. No pasó un mes sin que llegara una misiva a la inconsolable esposa, comunicándole la heroica muerte de su marido en el campo de batalla.

Mas el luto no podía contener los desbordes de su pasión y, a poco de haber consumado las diligencias de rigor, ya su alcoba era frecuentada por diversos galanes, uno de los cuales conquistó definitivamente el corazón de la viudita, don Cristóbal de Tapia.

Era éste un arrogante mozo aventurero, que había aprendido que las más desbordantes pasiones se apagan al recibir la bendición del matrimonio. Sabía él que mientras se mantuviera en su condición de amante clandestino, poseería el amor de Beatriz, y que, en cuanto se transformara en su esposo, pasaría a ser uno más en el museo de las conquistas de la viudita y a depender económicamente de ella. Así pues, se mantuvo en su papel ilícito y retuvo en la cínica sonrisa el amor de la joven.

Pero las andanzas amorosas de la viuda comenzaron a ser cada vez más desembozadas y abiertas, y adquirieron tal grado de publicidad, que la propia Real Audiencia se vio obligada a intervenir para evitar el escándalo. En 1640 fue emplazada ante la justicia, y gracias a la oportuna intervención de su hermano Corregidor, se salvó del castigo con una mera amonestación; pero como continuara su conducta, haciendo caso omiso de la reconvención, fue relegada a su chacra de Conchalí y su amante embarcado para Lima, previo pago de una multa de dos mil pesos, en beneficio de las arcas reales.

# MADRE FRANCISCA TERESA DEL ÑIÑO JESUS

(Fundadora de las carmelitas en Chile)

Después de la visita del pirata Sharp a La Serena, donde además de quemar seis de las siete iglesias que allí había, cometió cualquier cantidad de atropellos contra las cosas sagradas, a tal extremo, que los habitantes del país estimaron que la única forma de reparar tal desagravio, era fundar en Chile un convento de monjas carmelitas que oraran permanente para conseguir el perdón de Dios.

Se solicitó la licencia a S.M.Carlos II de España, quien sólo objetó que la congrua o renta destinada para el convento, era baja. Por eso, condicionó que el permiso adquiriría calidad, sólo cuando se contara con la congrua apropiada.

Ante la condición impuesta por el rey, el vecindario de Santiago y de La Serena se puso de inmediato con los fondos necesarios y Fray Juan de la Concepción partió de inmediato a Chuquisaca o ciudad de La Plata (hoy Sucre), en Bolivia, para presentarse al obispo de esa diócesis y conseguir que designara tres monjas del convento carmelitano que allí existía.

La autoridad que podía autorizar esta petición, era el arzobispo de Charcas. Cuando Fray Juan se echó a sus pies para formular su petición, la dignidad eclesiástica casi sufrió un soponcio. No podía imaginar a tres monjas solas atravesando cordilleras y desiertos para llegar a un valle que se encontraba a unas quinientas leguas, sin que nadie las amparara en esas soledades.

Pero Dios ya había dispuesto que la fundación se llevara a cabo. Esa misma tarde el arzobispo recibió la visita del fiscal de la Audiencia de Charcas, don Tomás de Urcullo, quien le contó que el capitán chileno Gaspar de Ahumada estaba por partir a Chile con veinte soldados. Fue tanta la impresión que causó esta noticia en el arzobispo, que cayó de rodillas dando gracias al cielo por esta circunstancia que venía a solucionar el problema.

Una semana después, el capitán Gaspar de Ahumada recibió la misión de transportar hasta la ciudad de Santiago y entregar en manos del obispo Carrasco, a las tres

monjitas que vendrían a fundar en Chile la orden de las carmelitas. Eran ellas Francisca del Niño Jesús, Catalina de San Miguel y Violante Antonia de la Madre de Dios. Las acompañaba fray Juan de la Concepción y un presbítero llamado Antonio Céspedes del Real. El pueblo entero de Chuquisaca las acompañó en la primera parte del camino, entonando himnos religiosos, hasta que debieron abandonar el carro que las conducía, para montar a lomos de mulas en el inicio de este larguísimo viaje a través de cordilleras, arenales y desiertos, que deberían cruzar en pleno invierno, pues ya estaban a fines de abril de 1689.

No se entiende por qué tomaron, para un viaje en pleno invierno, el camino que siguió la expedición de Diego de Almagro, cuyo cruce de la cordillera fue tan espantoso.

Como se ha de comprender, en un viaje de esta naturaleza todos los recursos eran pocos. A cada paso les faltaba comida y pedían pan de limosna en todos los rancheríos que encontraban. Fue una travesía durísima, mas la R.M. Francisca Teresa, que venía designada para ser la fundadora del Carmelo chileno, tenía frecuentemente la visión de Nuestro Señor Jesucristo caminando a su lado cargado con la cruz.

En todos los pueblos donde pasaban recibían enormes muestras de devoción, pues todos se admiraban de

que tres débiles religiosas hubieran emprendido tan sacrificado viaje. Según los cronistas de la orden, ninguna otra de las fundaciones exigió tantos sacrificios y penalidades. Los arenales y desiertos del Norte de Chile no existen en Europa.

El capitán Ahumada se adelantó, y las monjitas realizaron solas el paso de San Francisco a 4.400 metros de altura. Llegaron al Portezuelo de las Tres Cruces, y comenzaron a bajar por la quebrada de Paipote, con la intención de llegar a Copiapó, donde podían encontrar alojamiento y comida.

Esta travesía es realmente impresionante. No se conoce en nuestra historia otro cruce de la cordillera ni otro viaje de tres mujeres solas y en pleno invierno.

Por su parte, el capitán Ahumada había vuelto sobre sus pasos, preocupado de la suerte de las monjitas, y así, reorganizada la caravana, emprendieron el viaje a Choapa.

Cuando llegaron a Choapa descansaron unos días en casa de la familia de don Juan de Barrio y Mendoza con doña Ana María Mateos Ruiz, natural de Potosí, y hermana de la superiora Madre Catalina de San Miguel. Este matrimonio tenía ya una hija profesa carmelita en la ciudad de la Plata y otra que vivía con ellos llamada Leonor. A los pocos días, después de escucharlas hablar refiriéndose a la

vida del convento, les comunicó su decisión de profesar como carmelita.

El 8 de diciembre de 1689 por la tarde, después de tres meses de viaje, asomaron por el "camino de Chile"(1) las cansadas cabalgaduras. Cruzaron el Mapocho por un vado, y penetraron por la calle del Puente hasta llegar a la Catedral, donde las esperaba el obispo Carrasco. El capitán Ahumada, hincando una rodilla en tierra, besó el anillo episcopal y le entregó los pliegos que había recibido del arzobispo de Charcas.

La madre Francisca Teresa del Niño Jesús, designada para ser la fundadora y superiora del Carmen en Chile, llevaba 23 años de profesión. Había ingresado al monasterio de Chuquisaca dos días después de su fundación el 10 de octubre de 1665. En vida se llamaba Francisca Ceballos y Méndez de Rueda y era natural de Arequipa.

A ella asignó el arzobispo de la Plata otras dos compañeras: la madre Ana Catalina de San Miguel, supriora del convento, que en el mundo se llamaba Catalina Mateos Ruiz y Nieto, natural de Potosí, y llevaba 21 años de vida religiosa. La tercera era la hermana Violante Antonia de la Madre de Dios, que antes de profesar se llamaba Violante de la Vega y Ferreira, natural de la ciudad de la Plata, y 16 años de profesión.

Finalmente, el 6 de enero de 1690, se trasladaron al nuevo monasterio, que pusieron bajo el patrocinio de San José, acompañadas por la gran mayoría de los habitantes de Santiago. Allí el obispo de Santiago entregó las llaves de la casa a la priora, impuso la clausura papal, y confirmó en voz alta a las tres fundadoras en los cargos que habían recibido en Chiquisaca.(<sup>2</sup>

<sup>(1)</sup> Actual avenida Independencia.

<sup>(2)</sup> El Arca de Tres Llaves. Crónica de las Carmelitas Descalzas. Edición 1989.

# ISABEL PANDO

(Primera matrona)

A fines del siglo XVI Santiago era todavía un campamento. El aspecto sanitario dejaba mucho que desear. La profesión de médico la ejercieron unos cuantos aficionados, como el bachiller Bazán que curó la hidropesía de Francisco Villagra con frotaciones de azogue.

Luego hubo otro llamado Bartolo Ruiz, que pronto se descubrió que no pasaba de barbero, oficio que practicaba las sangrías para bajar la presión. El Cabildo le autorizó "para que no cure de cosas pertenecientes a cabeza, ni del cuerpo, ni de fractura" (¹)

El mayor problema se presentaba con las madres que iban a parir. No existían ni las comadronas. Los

niños nacían con la ayuda de las abuelas o mujeres más experimentadas, que ya habían pasado por ese trance. La más prestigiada en estos menesteres, fue la propia Inés Suárez, quien, junto a una entenada hija de la edad juvenil de su marido, colaboraba en estas labores. La niña casóse más tarde con el general Martín Ruiz de Gamboa, que sería gobernador de Chile.

Al final del siglo XVI apareció la primera matrona, Elena Rolón, que ejerció el oficio en Santiago hasta el año 1635 en que falleció. Pero todo esto, a título de aficionada.(2)

Por 1578 se presentó ante el Cabildo la señora Isabel Bravo casada con Diego Valdés, que venía de Lima donde había hecho su práctica, solicitando la autorización para ejercer el oficio de matrona. Y su solicitud causó tal expectación, que después de preguntarle qué se necesitaba "para que la criatura saliese entera y viva, así como cuántas maneras había de partos", se le exigió rendir un examen público de sus conocimientos, en la esquina de las calles que bordeaban el Cabildo, esto es las actuales 21 de mayo con Monjitas.

El Cabildo la dio por recibida con fecha de 22 de octubre de 1578.(3)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Sesión del Cabildo de 30 de julio de 156

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Cosas de la Colonia. José Toribio Medina. Fondo Histórico y Bibliográfico. Santiago. 1952.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> HISTORIA DE SANTIAGO. Benjamín Vicuña Mackenna. Editorial Nascimento. Santiago. 1924.

pides antico cod la dvato de les abuelts o majerer más exprocessione, que se lubias palado por ese trance. La más
processio en putes recuesteres, fue la grapia lora Suiner,
quant, inclu a una infrancia him de la estad juventi de un
mando, relaboriba en viere laborer. La niña essade más tari
da roa el conení himas Ruis de Gandies, que sería suberque el conení himas Ruis de Gandies, que sería suber-

no. Flent Solon, que ejerció el oficia en Santiaco hasta el año 1935 en que fullecia. Pera todo esta, a Unilo de afi-

For 13 to a meaning and a Cabildo in action of Lique series of the Lique series of the

And of the state o

# CATALINA DE LOS RIOS Y LISPERGUER

(La Quintrala)

## Generalidades.

La Quintrala es, en verdad, uno de los mitos de Chile, porque hay muchas partes oscuras de su vida.

Don Benjamín Vicuña Mackenna tejió toda una novela en su entorno, pintándola mitad ángel y mitad demonio. Pero olvida que cada persona es representativa de su época. En este caso, la falta de hombres producida por la Guerra de Arauco, obligaba a las mujeres de poseían carácter fuerte, a reemplazarlos en el manejo de las haciendas, en las labores rústicas del campo y en el trato de los negocios.

Aquéllas que eran más débiles entraban a la vida monástica si eran muy pías, o dejaban escurrir el tiempo en brazos de sus amantes, como doña Beatriz de Ahumada.

Pero una mujer que tenía en sus manos la fortuna más grande del Chile de aquellos tiempos, y la mayor cantidad de parientes colocados en altos cargos de la administración colonial, necesitaba ser tanto o más dura que sus contemporáneos varones, o los patacones de su bolsa habrían escurrido como el agua de un cántaro roto.

#### Nacimiento.

El primer misterio de la Quintrala es su propio nacimiento, que se supone alrededor de 1605. Esto, basado en un documento posterior en que declara tener 25 años de edad. No obstante, su acta de bautismo no aparece en los libros parroquiales de la época. Cosa bastante extraña, tratándose de una familia tan principal. No aparece en los libros de Bautismo de Españoles, ni tampoco en el de Castas, donde podría estar si se piensa que su abuela era mestiza. Simplemente, no hay documentos que acrediten su nacimiento.

De pronto se llega a pensar: ¿habrá existido esta mujer realmente?. Pero está el acta de su matrimonio efectuado el 9 de enero de 1631 en la ermita de San Saturnino, que certifica las bendiciones nupciales que recibieron don Alonso de Campofrío de Carvajal y doña Catalina de los Ríos, aunque al margen de la inscripción dice: "Alonso de Carvajal y doña Catalina Flores".

Y existe también la fe de su muerte que da el escribano Pedro Véliz, al igual que el testamento y el inventario de sus bienes, en 1665.

Los documentos comprueban que realmente existió una dama llamada Catalina de los Ríos y Lisperguer. Pero, ¿por qué en casi todas las referencias de la época la llaman Catalina Flores?. Se comprende que en esos años el apellido Flores era mucho más importante que el de los Ríos, o el de Lisperguer, por la cuantía de su fortuna. Y en Chile siempre se ha sabido que los apellidos suenan de acuerdo al ruido que hacen las monedas en la bolsa.

#### Su formación.

Las jóvenes de aquel tiempo no recibían más educación de la que les daban sus padres, en sus propias casas, más que nada con el ejemplo de sus conductas.

En este caso, su madre Catalina y su tía María Lisperguer Flores, trataron de envenenar al propio gobernador Alonso de Ribera, por el despecho que les dio que éste hubiera contraído matrimonio con Beatriz de Córdova. Cuando se vieron descubiertas, mataron al indio que les con-

siguió el tósigo para evitar que éste hablara. Su propia madre, doña Catalina, mató a palos a una hija natural que había tenido su marido Gonzalo de los Ríos antes de casarse con ella.

Además, se comentaba que la madre de su padre, su abuela María de Encío, a quien se le achacaba haber sido querida de Valdivia, habría matado a Gonzalo de los Ríos, su padre, echándole azogue en los oídos.

Fácil es entender qué tipo de conversaciones oiría la muchacha en su casa y qué ejemplos habrá recibido. Cuando murieron sus padres, la tomó bajo su custodia su abuela Agueda Flores, pero la niña ya se mandaba sola y demostraba que tenía un terrible carácter.

# Su juventud.

La joven comenzó a manejar la inmensa fortuna que lehabían dejado sus padres, fundamentalmente grandes haciendas, en las que había mucha servidumbre de negros e indios. Se asegura que los trataba a palos y les aplicaba terribles tormentos. Esto último es difícil de creer, porque los indios habrían huido rápidamente de su presencia. El trato de palos era costumbre en aquella época. Son numerosos los documentos en que don Fulano dio una tunda de palos a un esclavo por cualquier razón. Ciento cincuenta años después,

el corregidor Zañartu haría trabajar a los presos encadenados de a dos, atizándoles constantes latigazos para quitarles la flojera. Hasta en los tiempos de la Independencia, existía en el ejército el castigo de palos o el de baquetas, haciendo correr al castigado entre dos filas de sus compañeros que debían pegarle. O'Higgins tuvo que dictar varios decretos para suprimir esta bárbara costumbre. ¿Se puede admirar, entonces, que dos siglos antes una patrona hiciera lo mismo que sus contemporáneos?

Alrededor de 1625, cuando tenía 20 años, dio una cita amorosa a un caballero del hábito de San Juan, don Enrique Enríquez de Guzmán, enviándole un billete amoroso. Curioso, ella no sabía leer ni escribir. ¿Quién lo hizo? No podía ser alguien de su servidumbre que era más ignorante que ella. Tampoco alguien de mayor cultura que podía revelar el secreto. El asunto, según las investigaciones, es que el caballero acudió a la cita pensando llegar a la cama de Catalina, y fue muerto a palos en la cabeza propinados por un esclavo de la Quintrala, un negro llamado Ventura.

Aparece mezclado en los hechos un Juan Pacheco Lisperguer, seguramente un pariente bastardo. Según otras declaraciones, Catalina habría enviado a su esclava indígena llamada Isabel, para que invitara al caballero. Este acudió acompañado de un sirviente, que le esperó hasta recibir, a través de un esclavo de la Quintrala, la orden del caballero

de que se retirase. El resultado fue que al amanecer, en la plazuela que se situaba frente a la iglesia de los agustinos y de la propia casa de la Quintrala, el señor apareció muerto a palos en la cabeza.

El proceso que sustanció la Real Audiencia, una mascarada, duró nueve meses. Los oidores estaban emparentados con la Quintrala y emitieron un juicio verdaderamente risible. Juan Pacheco Lisperguer fue sentenciado a ser degollado en la plaza pública, y al negro Ventura a la horca, la esclava Isabel adoscientos azotes en el rollo. En cambio, doña Catalina, debió pagar una multa de seis mil pesos que después fue rebajada a cuatro.

Según el obispo Salcedo, en 1622, a los 17 años, quiso matar a su padre echándole veneno en un pollo que le dio cuando estaba enfermo. Si sus tías habían querido envenenar al gobernador don Alonso de Ribera, pudieron enseñarle eso a la joven como algo natural.

Alrededor de 1626, en la casa de verano de su abuela, que se encontraba en el costado sur de la Cañada, esquina de la actual calle Carmen, persiguió con un cuchillo al padre Juan de la Fuente, confesor de doña Agueda, que pretendía apartarla del mal camino. Resulta ridículo pensar que un cura de la colonia, época en que todos los pleitos se arreglaban a puñetes o a palos, huyera de una joven armada con un cuchillo.

#### Su matrimonio.

Doña Agueda Flores pensó que la solución podía estar en casarla, con un hombre que la domeñara. Allí apareció don Alonso de Campofrío y Carvajal, tentado por la suculenta dote que ofrecía la abuela. El hombre, de 42 años, era hijo del que peleó con el pirata Cavendish en Quintero, era alguacil en La Serena y minero.

Después de la boda, la pareja partió a sus tierras en La Ligua. Por un tiempo nada se supo de doña Catalina, hasta que en 1633, el capitán don Juan Venegas se querelló criminalmente contra ella por haber mandado a apalear a su hijo, párroco de La Ligua, con intenciones de asesinato. Un primo de la Quintrala, acompañado por un indio y un negro, lo atacaron en un camino y le dieron palos hasta que lo dejaron por muerto. Felizmente, el cura no murió y más tarde llegó a ser rector del Seminario.

Por aquellos años la Quintrala tuvo un hijo llamado Gonzalo de los Ríos, que murió antes de cumplir los 10 años. Esta desgracia le atrajo mayor amargura y empeoró su genio al extremo de que nadie se atrevía a acercársele. Empezó a no salir de casa y a pasar la mayor parte del tiempo en sus campos, ora La Ligua, ora Tobalaba.

#### Más acusaciones.

Se repiten las acusaciones de maltratos y muertes. ¿No vemos constantemente en la actualidad casos de policías norteamericanos que matan a palos a un muchacho sólo por ser negro? La gente se olvida del appartheid en Sudáfrica, colonia inglesa, con toda su corte de tormentos y maltratos.

La impunidad judicial por tener parientes colocados en el alto tribunal, ¿no es lo mismo que los jueces que hacen vista gorda con el tráfico de drogas y con la prostitución? Conocido es el caso de una casa de masajes, vulgar burdel, donde los matones golpean a los clientes que osan contradecirles, o donde pelean con bandas de otros prostíbulos, y además se vende droga y han ocurrido varias muertes. ¿Cómo se explica que haya sido cerrado 8 o 9 veces y al día siguiente vuelve a abrir, pese a las amenazas de la autoridad?

La conducta de esta mujer no es muy diferente de la que observan ciertos sectores de la ciudadanía tres siglos después. Esto sucede hoy y nadie le concede mayor importancia. Pero que sucediera en el 1600, un siglo de profunda religiosidad y escasos habitantes en Santiago, que todavía era algo más que un campamento militar, se presta para dar riendas a la imaginación.

# La leyenda.

Vicuña Mackenna se empeña en describir a doña Catalina como un monstruo sádico y cruel. En tanto, Sor Imelda Cano la reivindica, achacando las acusaciones del obispo Salcedo a su avanzada edad y a las creencias de su tiempo sobre encantamientos y hechizos.

Mucho misterio hay sobre la Quintrala, una mujer que vivió en el siglo más dormilón de nuestra historia, el XVII. Una mujer que, aparentemente, se debatía entre el mal y el bien, entre períodos desenfrenados y profundos estados místicos.

¿Sería cierto que doña Catalina sentía un inmenso placer azotando a sus esclavos, clavándole astillas bajo las uñas o dejándole caer sobre la piel desnuda el cerote de una vela, o frotándole los ojos con ortigas, o poniéndole ají en las heridas? Creemos que todas estas acusaciones son sólo patrañas que se han transformado en leyenda.

La ciencia siquiátrica de los tiempos actuales nos enseña que se dan casos de sadismo o de masoquismo. Especialmente de éste último, pues hay hombres que pagan a prostitutas para que los flagelen a fin de lograr la satisfacción sexual. Puede ser que doña Catalina haya sido una enferma mental que gozara con el sufrimiento ajeno. Pero más se puede suponer que haya sido muy irascible y sólo en arrebatos hubiera golpeado a sus esclavos.

#### Buscando la verdad.

Conveniente es analizar algunos de los hechos narrados anteriormente. Se dijo más arriba que doña Catalina quiso matar a su padre. Pero este murió a avanzada edad y rodeado por la admiración y el cariño de su familia. Es difícil creer que a esas alturas la joven lo haya querido matar.

Se ha especulado mucho con el Cristo de la Agonía de los agustinos, que doña Catalina habría tenido en su casa y que en cierta ocasión lo hubiera retado, diciendo que no aceptaba en su casa a hombres que le pusieran mala cara. La verdad, refrendada por el historiador de los agustinos, padre Víctor Maturana, es que dicha escultura, hecha por el padre Pedro de Figueroa, jamás ha salido del templo si no es para las procesiones. Nunca estuvo en la casa de la Quintrala.

Nunca existió una tutoría ni una ayuda pecuniaria de doña Catalina a los agustinos. Sólo don Gonzalo de los Ríos, el padre de la Quintrala tuvo usurpado a los agustinos el valle de Longotoma, y fue la Quintrala, después del terremoto de 1647, quien restituyó esos bienes al convento.

## Su muerte.

Su marido murió por 1649 y ella en 1665, dejando en su testamento una serie de donaciones para reparar el mal que había hecho. Su minido munió por 16 subretta los num objentes ello-

Andreniento es un todosilantenidas printeriornos estados entellos mestas. Se dijo más arriba que deña Catalina delas matera se padre. Pero este munió a avenzada edad y maicado pos la este mución y el carito de su tambia. En distribución y el carito de su tambia. En distribución y el carito de su tambia.

sis ha especiable mucho con el Crino de la Agueia, de los aguacione, que dons Canadas habria tendo que casa y que en el arta nession la habrer ratado, diciendo que no nestaba en so como a dombrer que la pantera landa elea. La viridad, remendada par el historiador de los aguatinas, podra y inter habrardo, pare dicha escultura, hecha por si puese beara da trapazara, pante ha salida del templo si un ser pare del presidence. Nonce entre una la casa de la Cestando.

Recommendate to the second of the second of

#### CATALINA DE SARAVIA

(Esposa del Barrabás Meneses)

Después de que el pueblo de Concepción depusiera al entonces gobernador don Antonio de Acuña y Cabrera, la Corona se vio en duros aprietos para designar un nuevo mandatario en esta lejana colonia que tantos gastos le significaba y tan poco le producía.

La decisión pasó por varios nombres ilustres, pero unos se murieron, otros no aceptaron, hasta que finalmente designaron al general de artillería don Francisco Meneses y Brito, originario de nobles familias portuguesas, conocido ya en España por el mote de "El Barrabás".

El mandatario venía rodeado de una aureola de hombre galante, soltero y enamorador aunque cargaba ya cincuenta años. Pero las niñas de la sociedad santiaguina se desvivían por conocerlo, a pesar de su fama, pues lo que son pecados para los hombres son virtudes para las damas.

En ese tiempo los presidentes llegaban por la actual calle del Puente, que se alfombraba desde la esquina con Santo Domingo hasta la entrada de la Catedral, donde era recibido por las autoridades religiosas y civiles. A su vez, las familias más empingorotadas levantaban estrados a lo largo de esta cuadra para no perderse detalle del acontecimiento. Y mientras más importante era el personaje, más cerca de la Plaza se instalaba.

Normalmente los nuevos mandatarios se apeaban del caballo en la esquina anterior, al comienzo de la alfombra, para caminar sobre ella hasta el encuentro con las autoridades en la Plaza. Barrabás comenzó por no detener el caballo, que puso las herraduras sobre la alfombra, y continuó acercándose a la plaza. Mientras lo hacía, su mirada comenzó a hurgar entre la muchedumbre, en busca de las niñas más hermosas, hasta que su mirada quedó clavada, como una saeta, en la hija de don Francisco Bravo de Saravia y Sotomayor, uno de los hombres más empingorotados de este apartado florón. La niña Catalina de Saravia, que recién salía de la pubertad, se puso roja como una grana, y luego lívida a punto de sufrir un desmayo.

Al llegar al estrado, don Francisco desmontó de un salto para los saludos de bienvenida, pero antes, se dio vuelta buscando el hermoso rostro que había encontrado, sintiendo que su aventurero y galante corazón, se había flechado intensamente por la joven más hermosa que había contemplado en su vida. Y se mantuvo tanto rato mirándola, que además de cometer con ello una falta de respeto a su padre, hizo que el obispo de sintiera despreciado, dio media vuelta y se metió al templo.

Luego, nuevamente trepado en el estrado, en vez de prestar su atención a los altos funcionarios que habían debido caminar a pie detrás de su caballo desde la esquina de la recepción, comenzó a buscar de nuevo entre la multitud, hasta que sus ojos encontraron la faz angelical de la niña Catalina y, al no quitarle la vista de encima, toda la concurrencia comenzó a mirar para donde él miraba, siendo la jovencita el punto de convergencia de todos las ojos. El general Francisco Bravo de Saravia se puso rojo por la falta de prudencia y respeto del recién llegado gobernador, y estando a punto de decirle algunas franquezas, fue detenido por su cuñado Fray Pedro de Henestroza, que estaba sentado a su lado.

Finalmente, con airosa gallardía el galante mandatario hinchó el pecho, arqueó el brazo y con elegante movimiento se quitó el emplumado sombrero e hizo la reverencia más rendida y elegante de un cortesano, que dejó a todos los santiaguinos boquiabiertos, pues jamás habían visto algo tan elegante.

Todos los caballeros se quitaron los chambergos, inclinándose hacia el suelo, para responder a tamaña solemnidad. La única que no contestó el saludo fue la niña Catalina que se desmayó en los brazos de su madre, incapaz de resistir tanta emoción.

Luego el gobernador ingresó al Palacio, para que todos concurrieran a "besarle las manos". Apenas terminada esta ceremonia, llamó al capitán de su guardia, José de Noriega, para hablarle de la niña. Al verlo tan desasosegado, Noriega pensó que el ánimo de su amo se debía al altercado con el obispo, mas Barrabás le detuvo y le confidenció que se había enamorado como un chaval de la niña Catalina, que era hija de uno de los más copetudos señores de la capital. Por último, le encargó que fuera a la casa del señor Bravo de Saravia, para presentarle sus respetos y anunciarle la visita que le haría al día siguiente. La comitiva se detuvo al llegar a la Cañada, en cuya esquina se alzaba la casona señorial de don Francisco Bravo de Saravia, que le esperaba en el zaguán, acompañado por toda su parentela alineada hasta la "cuadra", a lo largo del primer patio. Allí se encontraban don Juan Rodulfo Lisperguer y Solórzano, don Pedro Prado de la Canal, don Gaspar de Ahumada, don Pedro de Torres, don Blas de los Reyes, don Manuel Muñoz de Cuéllar, don Ignacio de la Carrera y demás invitados.

Al bajar de la carroza, don Francisco le estiró la mano, y el presidente le echó los brazos de acuerdo al protocolo. Luego de numerosas dadas de mano, ingresaron a la "cuadra" sobre cuyo estrado se hallaba la señora de la casa, doña Marcela de Henestroza, y la niña Catalina que temblaba con el ansia angélica y perturbadora de su emoción.

Sí, de emoción porque ella también había quedado hechizada por la mirada penetrante de este hombre gallardo, ágil, elegante, airoso, rodeado por una nube de hablillas que lo hacían más atrayente. Desde que le vio apearse de un salto en la Plaza con la maestría de un atleta, le llamó la atención su figura de modales cortesanos. Además su mirada, que la penetró hasta sus más recónditos pensamientos de niña, su imaginativo cerebro había quedado perturbado.

Ahora, en su casa junto a su madre, observó que el elegante personaje se inclinaba profundamente para besar la mano de su madre. Mas, cuando luego se dirigió a ella, el hombre dobló una rodilla y se hincó en tierra para coger su mano y besarla, reteniendo más allá de lo acostumbrado su mano junto a la boca. Esto colmó la admiración de la joven, quien nunca había sido tratada así.De más está decir

que la mulata llevó varias de las más románticas cartas, en ambos sentidos, que establecieron una expedita comunicación. La niña, retrechera al comienzo por temor a ser descubierta, aceptó por fin responder impulsada por la impresión que un caballero tan distinguido y cortesano había producido en ella.

Tres meses después, Catalina aceptó que don Francisco se acercara a la casa cuando estuviera oscuro, para hablarle a través de la reja de su ventana.

Pocos momentos después, se entreabrieron las hojas de los postigos y don Francisco distinguió en la oscuridad la silueta de la niña Catalina.

Largo rato permanecieron diciéndose ternezas a través de la reja, hablando alternadamente entre murmullos, mientras los labios masculinos no dejaban de besar la mano candorosa de la niña. Tan abstraídos estaban en su amor, que no escucharon los avisos del fantasmón que había quedado en la esquina. Finalmente, preocupado por su jefe, el capitán Noriega, que era la sombra, le gritó que había salido gente de la casa, y que huyera mientras él los contenía. Pero eso era lo peor que le podían decir al Barrabás Meneses, y mientras la joven se escondía cerrando rápidamente la ventana, don Francisco enfrentó a los que venían desenvainando la espada.

- ¡Alto, si queréis conservar la vida! gritó Meneses.
- ¡No os mováis, pícaros! se escuchó la voz de don Francisco Bravo de Saravia que avanzaba seguido por dos guardias.

Ambos grupos se enfrentaron, haciendo chocar los aceros que relucieron a la escasa luz de la noche. El ruido de las toledanas se mantuvo unos instantes, hasta que se abrió el postigo de la ventana y se escuchó la voz lastimera de la niña que les gritó que se detuvieran.

Los combatientes bajaron las armas, estupefactos unos y avergonzados los otros.

El gobernador se disculpó de inmediato, aseverando que todo era producto de la fatalidad. En cambio el señor de Saravia, ultrajado, le espetó:

- ¡No os vayáis, gobernador, debéis pagar la ofensa que habéis inferido a mi casa! ¡Defendéos! - y largó un par de golpes a su adversario.

Pero éste no podía responderle. Sólo atinó a decir:

- ¡Don Francisco, jamás he intentado ofenderos! ¡Oídme por favor y quedaréis satisfecho!
- ¡No existe satisfacción que me podáis dar, salvo casaros de inmediato con mi hija!

- ¡Invitadme a entrar en vuestra casa! ¡Este no es el lugar para pediros perdón!

Al ingresar al zaguán, el capitán Noriega le tiró de la capa, advirtiéndole:

- ¡Huyamos, he visto allá adentro al padre Henestroza! ¡Os casarán ahora mismo!
  - ¡Deja, mequetrefe, eso es el cielo para mí!

El señor de Saravia lo condujo a la sala donde tenía su escritorio. Allí estaba el padre Henestroza y se agregaron doña Marcela y la joven Catalina.

- ¿Deseáis a doña Catalina de Zaravia y Henestroza por esposa... - preguntó el padre Henestroza, y después del sí de Meneses, continuó diciendo: - y vos Catalina, aceptáis por esposo a don Francisco de Meneses y Brito...

Al poco rato, el cincuentón, mujeriego y galante nuevo gobernador de Chile, estaba desposado con la más hermosa de las muchachas que podía encontrar en el reino de Chile, y quizá en toda América. Mas, a una autoridad de su nivel le estaba prohibido contraer matrimonio sin permiso del Rey, y menos con una criolla, por lo que el buen padre Henestroza se encargó de extender la partida a nombre de Francisco Brito y de Catalina de Zárate.

## DOÑA MARIANA FUENZALIDA

(Una abadesa de pelea)

En 1675, gobernaba la diócesis de Santiago fray Diego de Humanzoro, un franciscano enérgico que sabía mantener el orden en su grey. Innumerables son las cartas que hacía llegar a los párrocos, priores y madres abadesas, con recomendaciones sobre la forma en que convenía impartir la evangelización, cómo debían vivir y cómo comportarse.

Monseñor estaba observando, con mucha preocupación, que las monjas agustinas habían enriquecido las tocas de sus hábitos con adornos que no se compadecían con la modestia que debe guardar una religiosa.

Con la intención de acabar con estas licencias tan propias de la coquetería femenina aunque fueran monjas, les envió un escrito llamándolas al orden. En él incluía a las monjas, preladas, súbditas profesas y novicias. Les hablaba de "la exorbitancia de sus tocados, repulgos, encarrujados y garabatos de ellos". Les recuerda que en años anteriores se había producido un problema semejante, que se consiguió reformar en gran parte, pero que han vuelto a deteriorarse "poniendo en ello suma curiosidad, invenciones y diligencia, que escandalizan a las personas de buen juicio".

En aquellos años en que los terrenos de Santiago eran tan baratos, las agustinas ocupaban dos manzanas entre las calles Ahumada y Bandera, que llegaban desde Agustinas (llamada así justamente por su convento), hasta la Cañada (actual Alameda). La casa que albergó a las primeras monjas se situaba en la calle que tomó su nombre, con su iglesia en la misma esquina de Ahumada. Las poblaciones de los conventos femeninos en ese tiempo eran demasiado abundantes, pues ingresaban a ellos no sólo las viudas de los soldados que morían en la guerra de Arauco, sino también sus hijas y muchas niñas que sólo podían escoger entre dos estados: el matrimonio o la vida conventual. Esta situación llevó a que las postulantes tuvieran que construirse, con sus propios medios, una celda o casita dentro del vasto terreno, bajo la cruz de hierro de la iglesia de las agustinas. La vida común regular se encontraba así limitada a las monjas menos pudientes y que no disponían de una celda de fundación.

Las viudas de los conquistadores eran normalmente de familias acaudaladas y, además, encopetadas, de tal suerte que impusieron muchas de sus costumbres mundanas, como los adornos en los hábitos o su afición a la dulcería, en lo cual eran tan generosas, que los cronistas de la época las tratan de "muy regaladoras". El padre Ovalle, en su Histórica Relación, relata que al arribo a la capital del nuevo gobernador don Martín de Mujica, las monjitas le ofrecieron un banquete no desprovisto de humor.

La mesa estaba adornada en base a unas pastas de almendras con jugos de frutas, mezcla que llamaban "alcorza". Con ella remedaban las peras, uvas, cerezas y demás frutas, tan a lo vivo, "que equivocaban la vista y engañaban pensando que eran verdaderas". El flamante gobernador "al ir a doblar la servilleta, sentándose a comer, en el primer recibimiento que le hizo esta ciudad, y hallarla de alcorza tan al vivo que sus dobleces y disposición le engañaron, pareciéndole que era "servilleta alemanisca". El cuchillo, el tenedor, el pan y el pollo, todo era de alcorza, y la autoridad aplaudió la broma de las agustinas. Es de esperar que luego le hayan servido alimentos más contundentes.

Señoras y niñas de ese fuste, por mucho que se hubieran metido a monjas, no eran fáciles de manejar ni aun por un obispo que, al fin de cuentas, era un hombre. ¿Qué sabía él de tocados femeninos?

Pese a todo, el obispo Humanzoro determinó que en adelante las religiosas de San Agustín deberían usar sólo dos velos, uno blanco y otro negro, sin dobladillos excesivos, ni "hacer invenciones para parecer bien a los hombres".

El 13 de abril de 1675, un notario se trasladó al convento de la agustinas para leerles el mandato. Halló a las monjas reunidas en el coro bajo, rezando bajo la presidencia de la madre abadesa. Allí comenzó a leerles en voz alta el auto del obispo, pero en cuanto llegó a la parte de los tocados, las monjas se fueron levantando y retirando del aposento, hasta dejar al notario acompañado sólo por la superiora y dos hermanas, a quienes dejó el documento.

Las empingorotadas damas que componían el monjerío, no estaban de acuerdo con las instrucciones del obispo, ni les gustaba para nada que éste se entrometiera en las vestimentas femeninas. No lo habían hecho sus difuntos maridos y le iban a aceptar a este caballero, por muy obispo que fuese, que viniera a decirles cómo debían vestir.

En vista del fracaso del escribano, el vicario fue en persona al monasterio y pidió a la abadesa que tocase la campana de capítulo para que las monjas se reunieran, pero después de tres repiques ninguna apareció y tuvo que regresar a la catedral sin lograr su cometido. Armado de santa paciencia, el obispo mandó a su procurador a tratar de convencerlas, pero ellas alegaron que era el tocado establecido por sus fundadoras y que lo habían llevado muchas hermanas muertas en olor a santidad, por lo que pedían se alzase el decreto.

El obispo era enérgico, pero las monjas, como buenas mujeres, porfiadas. Nueve meses pasó su paternidad enviando a personas graves y escribiéndoles comunicaciones, pero nada consiguió. Finalmente les mandó un último edicto, invitándolas a usar tocas llanas y sencillas, bajo pena de excomunión mayor.

Y las monjitas...como si no oyeran.

El 17 de enero, casi un año después, el obispo declaró incursas en la excomunión a la abadesa doña Mariana Fuenzalida (nunca falta un Fuenzalida en los líos coloniales), a la priora y a la sub priora. Horas más tarde se presentó en el convento el arcediano de la catedral, y las religiosas se fueron acercando a la reja del coro cubiertas sólo por una toca blanca, sencilla y sin repulgos, para pedir el beneficio de la absolución, pero dejando bien en claro que se reservaban el derecho de seguir la causa para conservar sus tocados.

Al día siguiente presentaron en la Real Audiencia un recurso de fuerza contra las providencias del señor obispo, que el tribunal desestimó por completo. De estos hechos se colige que las mujeres, desde nuestra madre Eva hasta la actualidad, incluyendo a las monjas coloniales, han hecho siempre lo que les ha venido en ganas, pasando por sobre la voluntad de los pobrecitos hombres.(1)

¹ Cosas de la Colonia. José Toribio Medina. Fondo Histórico y Bibliográfico. Santiago. 1952.

## SOR TADEA GARCIA DE LA HUERTA Y ROSALES

(Una de las primeras escritoras)

El mismo día de la fundación del convento del Carmen Bajo de San Rafael, tomó el habito y profesó al año siguiente Sor Tadea García de la Huerta. Hija de don Pedro García de la Huerta y de doña Ignacia Rosales, era de gran piedad y en dos ocasiones ocupó el cargo de priora.

Sor Tadea había demostrado grandes condiciones para escribir en versos octosílabos, por lo que su confesor le pidió en varias oportunidades que escribiera poesías religiosas, o le daba pie forzado para que tuviera que improvisar. De todas estas pruebas siempre salió airosa.

El año 1783, el 16 de julio, en pleno invierno, se produjo una enorme avenida en el río Mapocho, que terminó desbordándose por la Cañadilla (actual Av. Independencia), donde se encontraba el convento del Carmen Bajo construido por el corregidor Zañartu. Las religiosas recién vinieron a darse cuenta de lo que ocurría cuando el agua empezó a subir en sus aposentos. Se reunieron en la capilla y comenzaron a rezar, para encomendar sus almas a Dios antes de ser arrastradas por el torrente.

Entretanto, un hermano de Sor Tadea, a caballo, logró cruzar el torrente y con algunos peones abrieron un hoyo en las murallas. Finalmente, tras un gran esfuerzo, lograron sacarlas y llevarlas ala Recoleta Domínica<sup>1</sup>, donde fueron acogidas por el prior Padre Fray Sebastián Díaz. Sor Tadea lo describe como "el más cabal sujeto que han producido las Indias".

Mientras las monjitas permanecieron bajo el cuidado de los padres dominicos, el confesor de sor Tadea le pidió que escribiera la relación de este suceso en versos octosílabos, formando un Romance que fue impreso por primera vez en Lima a fines de ese mismo año de 1783. Posteriormente, en 1862 se imprimió una segunda edición en la Imprenta El Ferrocarril, y en 1877 la tercera en la Imprenta de la República.<sup>2</sup>

Además de sor Tadea, otra religiosa carmelita de este monasterio, Sor Teresa de San Rafael, hija del funda-

dor, el corregidor Zañartu, se destacó por sus aficiones literarias. Escribió numerosas poesías religiosas y diversos otros trabajos para solaz de sus hermanas. Murió de 85 años en 1848.

Rosales, J.Abel. La Cañadilla de Santiago.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup>Historia General de Chile. Diego Barros Arana. Tomo VI, pág. 442.

Archivos Varios. Impreso sin firma. Vol.784, pág.13, 5 fs.

### MANUELA FERNANDEZ DE REBOLLEDO

(Esposa de Joaquín Toesca)

La figura esbelta del arquitecto italiano Joaquín Toesca, en cuyas maneras se notaban los once años que sirvió en el ejército, con su dicción entremezclada de castellano con italiano, lo hacen un hombre atrayente.

Cuando terminó los planos de la Casa de Moneda, debió viajar a Lima para obtener su aprobación. Se despertó un súbito entusiasmo entre la gente que recolectó fondos para financiar el viaje. Largo se hizo el trayecto y larga la estada en Lima. Pero al fin regresó a Chile con la aprobación de sus proyectos. En ese momento su vida había llegado a la cima, pero dividido en dos: el amor hacia la arquitectura que roe el alma, y el amor que ha despertado en

él una muchacha de sólo diez y siete años, bellísima y de reconocido linaje, doña Manuela Fernández de Rebolledo.

La había conocido en una salida de misa, y luego, a través de una reja de retorcidos fierros, acariciado sus mejillas, besado su boca y se ha extasiado en la profundidad de sus hermosos ojos verdes.

En la Parroquia de Santa Ana, el teniente cura José Antonino Martínez de Aldunate, bendijo el matrimonio de Joachin Toesca Ricci, natural de Roma, hijo legítimo de José y María Catalina, con doña Manuela de Rebolledo, natural de Santiago, hija legítima de José de Rebolledo y doña Clara Pando.(¹)

El arquitecto vive en un estrecho taller de calle Las Ramadas(²) que él amplía para dar mayor espacio a la felicidad de su matrimonio. Ya tres obras acusan su nombradía: La Iglesia Catedral, la Casa de Moneda en su primera ubicación, y el Hospital de San Juan de Dios en la Cañada.

Cuando la noche del 16 de junio de 1783 el Mapocho se salió furiosamente de su cauce e inundó la ciudad, el presidente Benavides cayó enfermo y sólo atinó a llamar a Toesca para que se hiciera cargo de la situación. El hombre se levantó a medianoche y pasó un par de días afuera tratando de armar patas de cabra y otras defensas para impedir que las aguas siguieran amenazando a la ciudad.

Entretanto, su joven esposa, Manuelita, pasa sola y triste. No comprende que su marido es el hombre más vital de Santiago, que debe desplegar una actividad inaudita en un tráfago terrible. Ella añora los vestidos lujosos, los paseos en coche cubierta con mantilla de bayeta castellana, aros, collares y joyas. Y mientras más sube el prestigio de su marido, más grande se hace el abismo que los separa.

La indiferencia con que ella recibe los halagos hacia su marido, no pasa inadvertida para el hombre. Trata de ahogar la tristeza que le embarga en obras cada vez mayores, pero le corroe el alma el desamor de su mujer. En estas circunstancias aparece un ángel salvador. Es el coronel Domingo Díaz de Salcedo y Muñoz, que siente un afecto paternal por los esposos. Le ofrece que se muden a una casa que él posee en la calle Compañía a veinte metros de la Plaza de Armas. Pasan así a vivir en el barrio más exclusivo de la capital.

Pero este cambio no mejora el desamor. Ella tiene un sentimiento de indiferencia que le impide comprender la vocación de su marido. Cuando él regresa a casa, normalmente no está. Y cuando se encuentran, ella lo regaña quejándose de abandono. Curiosamente, se produce en ellos una terrible sensación: se aman y odian con locura.

Tales sentimientos llevan a doña Manuela a idear la muerte de su esposo. Sabe que el hombre tiene debilidad

por los espárragos, y en ellos pone solimán. Después, sentada a la mesa, espera que se produzca el efecto. Pero aparte de fuertes dolores, Toesca no muera. Por el contrario, ella es descubierta y la justicia la recluye dos veces: tres años en el Convento de las Agustinas, y dos en el de las Claras de la Victoria.

Durante todo este tiempo aumenta su perfidia y su amor. Cuando sale, pasea constantemente con su marido por la Plaza Mayor, elegante con su vestido negro, su mantilla de bayeta morada, y sus joyas en las orejas y en el cuello. El, con su capa negra de vuelta carmesí, un elegante bastón de caña y un romántico sombrero. En esos atardeceres, Manuelita se muestra bella, honrada y feliz.

Sin embargo, pronto vuelve a reincidir. Esta vez es recluida en el Beaterio de Peumo (3) donde el cura pretende devolverla arrepentida y purificada. Escribe a su marido: "Si quieres que me vaya contigo, mándame a buscar cuando quieras que estoy muy pronta. Respóndeme Toesca esta carta; dame ese gusto y no me dés que sentir porque ya pienso de otro modo. Y mientras tanto pido a Dios por Tí".

Pero ha comenzado a aceptar el amor con otros hombres. A través de su madre, le escribe al discípulo de Toesca, Juan José de Goycolea, recomendándole que tenga mucho cuidado de que Toesca no se entere. Pero cierto día,

al llegar Toesca a su taller, encuentra varias misivas. Una de ellas no es para él, pero reconoce la letra: "Juan José: Fiada en el amor de mi madre, te escribo ésta..."

Se separan, más un desenfrenado impulso los obliga a juntarse y a amarse con loco frenesí.

Más adelante, cuando él cae en brazos de la muerte, ella se acerca para escuchar de sus labios una palabras muy quedas:"Te amo y te perdono".

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Archivo Parroquial de Santa Ana. Libro II, pág. 149.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Actual calle Esmeralda.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Expediente de la Real Audiencia. Vols.237 y 2140.

# MARIA DEL CARMEN ERRAZURIZ Y MADARIAGA

(Esposa del Corregidor Zañartu)

En 1730 arribó a Valparaíso el barco que traía a un matrimonio vasco de nobles pergaminos. Les acompañaba su hijo de ocho años, delgado, huraño y de genio desabrido. Eran don José de Zañartu y Palacios, su mujer doña Antonia de Iriarte y Lizarralde, y el niño Luis Manuel. Habían abandonado la villa de Oñate en España, donde tenían su solar, para venir a Chile a aumentar su fortuna. Allá en Europa se hablaba mucho de las grandes posibilidades que había en este país, para gente esforzada y trabajadora.

En cuanto le creció la barba, su padre lo comenzó a llevar en las temporadas de verano a Valparaíso, donde tenía sus almacenes con productos del país. Allí cargaba

de trigo los barcos que iban tanto al Perú como a Europa. El realidad, el caballero era uno de los más grandes comerciantes del puerto. El joven se dedicaba a tratar con los capitanes de las naves mercantes, a controlar el peso de las romanas y a discutir con los fleteros y con los cobradores de impuestos.

En esta forma, pronto se convirtió en un hábil negociante bajo la dirección de su padre, y a la muerte de éste heredó toda la hacienda familiar por derecho de mayorazgo.

A los veinticinco años era ya uno de los hombres más acaudalados del reino. Su comercio de exportación de frutos del país al Perú y España, se complementó al traer como carga de retorno fierro y otras mercaderías muy apetecidas en Chile.

Su fortuna le permitía llevar una vida fastuosa, con numerosos esclavos y una hermosa carroza jalada por doble tiro de mulas negras y lustrosas. La sola casaca roja del achocolatado cochero era tan elegante como la que usaban sus vecinos. Y las vestiduras de don Manuel tenían tal distinción, que opacaba hasta los oidores más encopetados.

Pronto levantó su casa en la esquina encontrada con el convento mercedario, en plena calle de la Merced, llamada en esos tiempos de los Condes y Cruzados, por los muchos escudos de nobleza que ostentaban las casas. La de Zañartu más parecía una fortaleza, con sus altos y gruesos muros de adobe y sus ventanas de postigos siempre cerrados. En plena esquina, un pilar de piedra canteada permitía que se abrieran dos puertas para la venta de sus productos. Y sobre el portón principal, arriba del zaguán, el blasón nobiliario de los Zañartu desafiaba a los transeúntes.

Era el corregidor un hombre alto, musculoso, delgado, de rostro avinagrado y fiero mirar. Su duro carácter se había puesto irascible, dictatorial, enojadizo y violento. Y tal como en su juventud lanzaba manotazos a sus compañeros de colegio, ahora arremetía con el bastón en alto contra todo aquél que osara llevarle la contra. ¡Y librara Dios a quien le faltara el respeto!

Muy atrabiliario podría ser su carácter, pero el hombre tenía su corazoncito. Cuando conoció a la joven María del Carmen Errázuriz y Madariaga, parecióle a don Luis como hecha de una esencia más pura que las otras mujeres. Su fino tacto, su modestia sin sumisión y sus ojos encendidos de espíritu, hicieron que se apasionara por ella a pesar de toda su arrogancia. Y así el orgulloso vasco fue a hablar con ese otro vasco que sería su suegro, don Francisco Javier de Errázuriz, a pedirle la mano de su hija.

A los 36 años de edad, en 1758, contrajo matrimonio en una de las ceremonias más bulladas de la época (¹). La amplia casona de la calle Merced abrió su claveteado portón, para dar paso al séquito de elegantes invitados que

llegaban en sus calesas. El salón, especialmente decorado para la ocasión, sirvió de escenario a este sarao nupcial, en el que don Luis Manuel ofreció a la hermosa joven su mano señoril, al comenzar los compases del minué de honor. ¡Quizá fuera la única vez que el desabrido corregidor bailó!

A partir de aquella fecha la casa comenzó a vivir. El primer patio ofrecía una visión morisca con su pavimento de menudas piedras de río con mosaicos de tabas (huesos de cordero). En el centro, una hermosa pila de piedra canteada, cuya agua servía para regar los naranjos y toronjos que crecían a lo largo de los corredores. En el zaguán, sobre el escaño de piedra, una imagen de Nuestra Señora del Carmen, de la que los esposos eran devotísimos, alumbrada por el cirio de un farolillo.

Al año de matrimonio nació la primera hija, Teresa de Jesús Rafaela, y a los tres, María de los Dolores. No se recuperaba aún doña María del Carmen del parto, cuando se desarrolló en la ciudad una epidemia de viruelas (²) . Junto con los primeros síntomas de la fiebre los esposos conversaron sobre el futuro de sus hijas. Llevados por la ardiente devoción que profesaban a la Virgen del Carmen, decidieron consagrarlas al servicio de Dios, a fin de que estuvieran protegidas de las maldades del mundo.

El último día de ese año de 1761, falleció doña María del Carmen dejando a su esposo sumido en la desesperación.

Desde la muerte de su esposa, don Luis Manuel había cambiado su elegante carroza por un enlutado furlón, carruaje bastante más modesto en que se movilizó hasta el fin de sus días. Sin su mujer, no tenía a quien impresionar y prefirió demostrar su duelo.

Parroquia El Sagrario. Libro 4 de Matrimonios. Pág. 18.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Catástrofes en Chile. Rosa Urrutia y Carlos Lanza. Editorial La Noria. Santiago de Chile. 1993.

Ab alto de matricoles partes del Campes del parte, con la company del compessor del parte, con la compessor del parte, con la compessor del parte del parte del compessor de

## MARGARITA JOSEFA DE RECABARREN Y PARDO

(Abuela de Blanco Encalada)

Hija de doña Isabel Pardo de Figueroa y del oidor don Martín de Recabarren, nació en 1727 y recibió una esmerada educación, natural siendo hija de una mujer tan culta como su madre.

También escribía constantes cartas a su hermano Joseph que se encontraba trabajando en el cobre en Coquimbo.(1)

Casó en 1751 con el segundo marqués de Villapalma, don Manuel Calvo Encalada y Chacón., con quien tuvo numerosos hijos. Cuatro de sus hijas se casaron con oidores de la Real Audiencia.

Un hijo suyo fue don Martín Calvo Encalada y Recabarren, patriota en 1810, de quien descienden las familias Blanco Encalada, Márquez de la Plata y otras.

Falleció en Santiago en 1783.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Cartas de Mujeres en Chile. Obra citada.

### ISABEL PARDO DE FIGUEROA

(De la ilustración femenina del siglo XVIII)

Es la bisabuela de Manuel Blanco Encalada. Había nacido en Tinta, departamento peruano del Cuzco. Hija del corregidor don Bernardo Pardo de Figueroa, último conde de Valleumbroso y de doña Margarita Luján Vásquez de Acuña.

En 1725 contrajo matrimonio por poder con el oidor don Martín de Recabarren, con el que tuvo cinco hijas y dos varones. El mayor, don Miguel de Recabarren nació en Santiago en 1726. El segundo se llamaba Joseph y trabajaba en Coquimbo.

Mujer de extraordinaria cultura, manejaba muy bien la pluma, lo que demuestra en las cartas que en 1756 enviaba a su hijo Joseph de Recabarren, que se hallaba en Coquimbo.(¹) En ella le cuenta del terremoto ocurrido el 1º de noviembre de 1755 en Lisboa. Afirma que al derribarse las casas las chimeneas prendieron y se propagó un inmenso incendio que quemó las tres cuartas partes de la ciudad, y que hubo 40 muertos.

Le cuenta todas las novedades de Santiago y de la familia. Menciona que "María Antonia parió de pies un muchacho que ya tiene 22 días".

Tuvo varias hijas, todas de cultura superior y notable educación. Destaca la mayor, doña María Josefa, de quien hablaremos aparte.

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Cartas de Mujeres en Chile. Sergio Vergara Quiroz. Editorial Andrés Bello. Edición 1987.

## MARIA LUISA DE ESTERRIPA Y MUÑOZ

(Reina de las tertulias)

Doña Luisa de Esterripa fue la esposa del Gobernador don Luis Muñoz de Guzmán, el penúltimo de los gobernadores españoles en nuestro país, convirtió el Palacio de los Presidentes, que estaba en la Plaz de Armas donde hoy se levanta el Correo, en un centro de tertulias culturales y de vida social.

Tenía una hermosa hija que la acompañaba en estos menesteres. Ambas pasaron a ser las modelos del buen tono, de la buena educación y de la cultura. En su casa se juntaba lo mejor de la sociedad santiaguina, lo más distinguido y elegante. Amenizaban la casa constantes saraos, donde reinaba la buena música del clavicordio que era tocado

por la misma dueña de casa y por otras amigas, donde se leían poesías y obras literarias. Asiduos visitantes eran don Bernardo Vera y Pintado y don Juan Egaña. De éste último, se representó dos veces el drama el "Amor vence al deber".

En 1808 murió el presidente Guzmán y dola María Luisa regresó a España acompañada de su hija, dejando un hermoso recuerdo de distinción, amabilidad y cultura, que hicieron mayor contraste con la llegada de su ordinario sucesor, García Carrasco.

# ISABEL RIQUELME

(La madre del Libertador)

En la segunda mitad del siglo XVIII, un emprendedor irlandés llegó a Cádiz, bajo el favor de las leyes protectoras de los emigrantes católicos irlandeses. Desde allí viajó a la virreinal ciudad de Lima, donde instaló en la calle de los Judíos una tienda de géneros por cuenta de la casa Dowel. En ella obtuvo buenos provechos vendiendo ricos géneros a la nobleza de Lima. Algo más adelante regresó a Cádiz y no pasó mucho tiempo sin que apareciera por Chile como delineador junto al ingeniero Juan Garland, encargado por la Corona de estudiar la fortificación de las costas de Chile.

La misma soltura que había empleado con la vara para medir tafetanes, terciopelos y brocados, la empleó para los labores que debía desempeñar en los castillos de Valdivia y en los fuertes de Arauco. Pero el hombre no desdeñaba ninguna posibilidad de ascender. Por ese tiempo se produjo un alzamiento de los indios en los alrededores del Biobío, y don Ambrosio se ofreció para colaborar con el sofocamiento de la rebelión.

El hombre se percató de que el problema radicaba en la imperfecta organización de las fuerzas españolas, que se componían de algunas compañías de infantería, unos pocos cañones y las milicias de caballería. Rápidamente discurrió que había que cambiar el sistema y puso en acción otra organización. Se trataba de combinar las fuerzas veteranas de manera que contrabalancearan la extraordinaria movilidad de que disponían los araucanos. Creó un regimiento de infantería montada con el nombre de Dragones de la Frontera y le anexó dos piezas de artillería ligeras de montaña, unidades que comenzaron a operar junto a las milicias de caballería.

O'Higgins penetró en la isla de La Laja y derrotó totalmente a las fuerzas araucanas, con un movimiento de flanco, en el cual recibió una lanzada en la cabeza que le derribó del caballo, y sus soldados le creyeron muerto. No obstante, recuperándose rápidamente, persiguió a sus enemigos. Dos años mantuvo esta campaña, hasta limpiar de mapuches toda la región.

Como premio de estas acciones, fue ascendido al grado de teniente coronel y quedó a cargo de proteger esa zona de los ataques araucanos.

Era el año de 1779, cuando comenzó a frecuentar la estancia de Palpal, donde vivía don Simón Riquelme de la Barrera, viudo de doña María Mercedes de Meza y Ulloa, casado en segundas nupcias con doña Manuela de Vargas. De hidalga sangre andaluza, se jactaba de sus antecesores españoles que habían sido amigos de condes y personajes importantes.

Alegraba la felicidad de este matrimonio una niña de sólo dieciocho años, dulce, pequeña de estatura, pero ágil y esbelta, tenía el cabello negro y la tez muy blanca. Sus ojos, grandes y rasgados, eran de un azul profundo. Su corta e irreflexiva edad se impactó con la presencia sanguínea del coronel, diez años más viejo que su padre, que le había dado, además, palabra de matrimonio. El militar comenzó a menudear las visitas, hasta que logró deshojar esa flor.

Cuando Isabel notó que se hallaba embarazada, se fue a vivir con unos humildes campesinos, para ocultar su vergüenza, y ahí nació, con el mayor sigilo, su hijo Bernardo. No obstante la pobreza del hogar donde vivió sus primeros años, una mano lejana, de conciencia culpable, se pre-

ocupó de que nada le faltara ni a él ni a su madre.

Entretanto, O'Higgins fue escalando uno a uno los grados del ejército, hasta alcanzar el de brigadier, con el cual fue nombrado intendente de Concepción. No era un hombre simpático. De cuerpo mediano y regordete, cara ancha y vulgar, tenía unos ojos pardos de mirar duro y penetrante, a los que añadían más terca expresión una cejas muy tupidas. Su cara era roja sanguínea lo que le había acarreado el mote de el "camarón". Sin embargo, cambiaba totalmente al conversar con él. Era muy ilustrado, de modales cortesanos y conversación fluida, que había leído a los clásicos griegos y latinos.

De larga ascendencia noble en, su familia había sufrido todos los maltratos de Inglaterra, y muchos de sus miembros debieron cambiar la pluma literaria por la espada en defensa de su territorio. Pese a todo su bagaje cultural, el intendente O'Higgins no podía esconder su sensualidad y lujuria, que se acusaba en su rostro sanguíneo. Muchas fueron las hablillas que se tejieron sobre él, y ahora, con el pelo canoso oculto bajo una empolvada peluca, aparecía como un impecable mandatario.

Un buen día, unos jinetes del Regimiento de Dragones, al mando del teniente Domingo Tirapegui, se presentaron en la humilde casa donde vivía el hijo de la niña Isabel, con una orden para llevarse al niño, a quien traslada-

ron, con grandes cuidados, hasta la casa de don Casimiro Albano en la ciudad de Talca. Así, su madre pudo enfrentarse nuevamente con la sociedad de su pueblo con el debido decoro. El dueño de casa también había sido comerciante en Lima, pero, a diferencia de don Ambrosio, él, como portugués, fue observado con recelo y expulsado hasta que consiguió en España los permisos necesarios para venir a avecindarse en Chile. Ahora era hombre rico, quizá uno de los más acaudalados de San Agustín de Talca, por lo que el matrimonio formado por don Juan Albano y doña Bertolina de la Cruz y Bahamonde, podía abrir sus brazos para acoger al niño Bernardo.

Un año después de haber sido nombrado intendente de Talca, O'Higgins fue designado gobernador de Chile. Y como tal, estaba sujeto a las estrictas disposiciones reales respecto a que las autoridades nombradas por el monarca no podían contraer matrimonio con criollas. Don Ambrosio sabía que si quería cumplir la palabra dada a la niña Isabel, cortaría su carrera. Y la ambición pudo más que los sentimientos de su corazón, prometiéndose, a sí mismo, que cuidaría del porvenir de la criatura que había traído al mundo. (1)

<sup>1</sup> O'Higgins. Jaime Eyzaguirre. Empresa Editora Zig-Zag. Santiago. 1946.

# MARIA ANTONIA LAUREANA SALAS DE ERRAZURIZ

(Benefactora)

Esta ilustre mujer nació para ser benefactora. Desde su tierna infancia cooperó activamente en las obras de caridad de su padre, don Manuel de Salas Corbalán. Su madre, doña Manuela Palazuelos y Martínez de Aldunate, pertenecía, al igual que su esposo, a las más linajudas familias chilenas.

La niña nació en Santiago el 2 de julio de 1790 y fue bautizada en la parroquia del Sagrario de la Catedral. Luego de recibir una esmerada educación, contrajo matrimonio con don Isidoro Errázuriz Aldunate en la misma parroquia en 1809.

Sufrió toda clase de infortunios. Su marido fue prisionero de los realistas que lo enviaron prisionero a la isla Juan Fernández. Después del triunfo de Maipú, se desató una terrible epidemia de viruela que causó enormes estragos. Para atender al máximo de enfermos convirtió su chacra de San Rafael en un verdadero hospital.

Perdió a su esposo y a varios hijos. No obstante el dolor no la doblegó. Después de la batalla de Loncomilla, cerca de Talca, los heridos llenaron los hospitales de la zona. Ella envió a otros de sus hijos para que cooperaran con ellos mientras reunía auxilios para ayudarlos.

Fundó la Sociedad de Beneficencia de Señoras y fue una de las impulsoras de la llegada a Chile de las Hermanas de la Providencia para atender a los huérfanos, de la Caridad para los hospitales y las del Buen Pastor para la cárceles.

Su actividad incansable no cesó sino hasta sentirse próxima a morir en 1867, siendo sepultada en la iglesia del Buen Pastor.(1)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Datos extraídos de La Mujer en el Reyno de Chile. Sor Imelda Cano R.

## DOLORES ARAYA Y CORTES.

(Esposa del Huaso Bueras)

#### El matrimonio.

En 1811 la iglesia de Curimón presentaba un aspecto esplendoroso. No hacía dos años que el padre guardián fray José Antonio Ovalle había completado los arreglos y ampliaciones del antiguo convento. La recién instalada puerta, a la entrada de la portefía, mostraba sesenta y cuatro clavos de punta de diamante. Los canes y soleras de roble, las vigas y tijerales de patagua, el techo encañado y tejado, el reluciente piso de ladrillos y los bancos instalados en el jardín, agregaban un nuevo encanto a la plazuela de la iglesia.

El novio, don Santiago Bueras y Avaria, era demasiado conocido y apreciado en la zona pese a sus escasos veinticinco años. Desde niño se había hecho querer por jóvenes y viejos gracias a su natural simpatía. Las inocentes trastadas en compañía de otros muchachos de su edad, no tenían mayor trascendencia que la de todos los jóvenes que tratan de demostrar su hombría, y, en la mayoría de los casos, no pasaban de ser las habituales competencias huasas, donde cada uno trata de lucir sus mejores habilidades.

El ancho camino que bordeaba el convento de San Francisco de Curimón, iba llenándose de todo tipo de carruajes. Allí estaban las cerradas berlinas, tras cuyos cristales se escondían las hermosas caritas de las niñas, retrecheras y pudorosas, a los galanes que paseaban en sus potros braceadores, tratando de mostrar su bizarría y la estampa de sus bestias, al clavar disimuladamente las espuelas para alborotarlas. También se hallaban algunos "vis a vis", esos nuevos coches tan elegantes que habían comenzado a reemplazar a los viejos carros sin toldo, donde doncellas y matronas se protegían del sol con coloridos quitasoles y ocultaban el rostro detrás de los abanicos que no cesaban de aletear.

Los padres, elegantísimos con sus casacas ribeteadas, chupas y medias de seda, pantalones de terciopelo a la rodilla y adornados tricornios, hacían corrillo bajo la sombra de los álamos, traídos al país por fray José Javier de Guzmán corto tiempo atrás, comentando las incidencias políticas del nuevo régimen y la amenaza que había significado el motín del coronel Tomás de Figueroa en cuya derrota y sofocamiento tuvo decidida actuación el flamante oficial que, precisamente ese día, iba a contraer matrimonio.

Muchos de los hacendados ostentaban sus mejores galas de huaso. Hermosos chamantos con grecas de herraduras; labradas pierneras de cuero; brillantes espuelas de enormes rodajas; chaquetilla y pantalón oscuro y guarapón de ala ancha.

El abigarreado conjunto era de inmenso colorido. El aire, perfumado de jazmines, magnolias, chirimoyas y diamelos, agregaban su peculiar encanto a la ceremonia que iba a realizarse. De pronto, el vocinglerío se aquietó con señales de espectación: ¡estaba llegando el novio!

Jinete en un hermoso potro negro que manoteaba con gallardía, se acercaba al trote don Santiago resplandeciente con su uniforme de parada. Altas y lustrosas botas negras, pantalón ajustado, guerrera azul de paño de Quito y, sobre ella, la corta capa en bandolera sujeta por una cadena de oro.

Exclamaciones de admiración y cariño recibieron al joven. Don José Santos Mascayano y don Anacleto del Campo fueron los primeros en darle sus parabienes. Se acer-

caron a continuación don José Domingo Barbosa, don Ignacio Sotomayor y don Juan José Cuadra; enseguida todos, patrones e inquilinos, ricos y pobres, adolescentes y personas mayores, querían saludarle. Hasta los chiquillos dejaron de corretear y se aproximaron para tocarle el sable y ver de cerca a aquel hombre que ya iba cobrando figura legendaria.

Al poco rato llegó el carruaje con la novia Dolores Araya y Cortés, junto a sus padres donn Juan José y doña Consuelo. Fueron recibidos con aplausos, vivas y elogiosos comentarios. Varias niñas lanzaron lánguidos suspiros de envidia pensando en su propio matrimonio, bajo la mirada conspiradora de las chaperonas que las acompañaban.

Frente al altar les esperaba fray Vicente Bertomen, revestido con alba, estola cruzada y amplia capa de coro, para echarles las bendiciones. Mientras la comitiva de novios, padres y padrinos caminaba por el pasillo central de la Capilla de la Tercera, las voces varoniles de los veinte franciscanos que habitaban el convento dejaron oir un hermoso Ave María para recibir a la pareja, y sólo callaron cuando fray Vicente, con un fuerte carraspeo, les indicó que iniciaría la ceremonia.

Procedió a casarlos según el viejo rito toledano en uso por aquellos años. Primero bendijo las argollas que se hallaban sobre una bandeja, y luego las arras que pidió a don Santiago. Este sacó del bolsillo de su casaca treinta reales de a ocho, recién acuñados con la efigie de Fernando VII, y las depositó en un platillo de oro que le alcanzó el sacristán. Al hacerlo, miró a su novia de reojos y no pudo contener una expresión de arrobamiento: ¡Por Dios que estaba linda su niña Dolores!

Finalmente, tras velar a la novia, frey Vicente pronunció con gesto solemne el EGO BENEDICO CONNUBIUM VESTRI, IN NOMINE PATRIS ET FILII ET SPIRITUS SANCTI. AMEN.

En tanto el coro franciscano entonaba un salmo de alabanzas al Señor, Santiago tomó de la mano a Dolores y caminaron hacia la salida. Dos de sus compañeros de armas, José María Portus y José Manuel Borgoño, les rindieron honores en la puerta de la iglesia cruzando sus espadas a manera de arco.

Afuera les recibió una lluvia de arroz, signo de la abundancia, y se dejaron oir las guitarras que saludaban a los novios con música de la tierra. Mas, cuando todos esperaban que se acercara el carruaje que habría de conducirlos a su nuevo hogar, Santiago Bueras hizo algo muy propio de su talante. Saliéndose totalmente del protocolo, montó de un salto el caballo que le había acercado Olmos, y, asiendo a la niña Dolores por el delicado talle, la izó como si fuera una pluma y la depositó sobre el anca de la bestia; luego, clavando espuelas, partió al galope.

### Después.

Tres meses después de la victoria patriota que aseguró para siempre la independencia de Chile, una berlina recorría lentamente los campos de Maipú. En su interior, una enlutada muchacha con una niña de corta edad en los brazos, miraba con infinita tristeza esas tierras regadas con sangre. Doña Dolores Araya había perdido, hace algún tiempo, a su primera hija, Trinidad; y ahora, en el altar de la Patria, al ser que más había amado en el mundo.

Sus ojos estaban secos, ya no tenían lágrimas. Mas, dentro de esa pena infinita, brillaba una luz de esperanza. ¡Tanto que luchó él por la libertad y tuvo que dar su vida para conseguirla!

#### La viuda.

Con el paso de los años la figura de Bueras se hizo legendaria. Fue el hombre que dio todo en aras de la independencia de su patria. Su inmensa fortuna se gastó para dar libertad a los chilenos, a tal extremo, que la otrora riquísima Dolores Araya de Bueras se vio obligada a pedir un montepío para mantenerse ella y su pequeña hija Teresa.

# PAULA JARAQUEMADA Y ALQUIZAR

(Patriota valiente y decidida)

Doña Paula fue una ardiente patriota en los tiempos de la Independencia y se distinguió por la energía de su carácter y por su indomable valor.

Cuando sucedió el desastre de Cancha Rayada, reunió a todos sus inquilinos de su hacienda en Paine, los armó y bajo la dirección de su hijo, los puso a las órdenes del general San Martín, proporcionándole caballos, alimentos y refuerzos para sus tropas. Esos campos se convirtieron en refugio del ejército patriota que debía prepararse para dar la batalla decisiva en Maipú. Allí se trazaron los planes de las próximas operaciones, se dio albergue a los soldados heridos y se reunió a todos los dispersos después de la anterior derrota.

Doña Paula, hija de don Domingo Jara Quemada y de doña Cecilia de Alquízar, había nacido en Santiago el 18 de junio de 1768. Cumplía ya 50 años, y se preparaba para viajar a Santiago, tomándose el último mate en uno de los corredores de la hacienda, cuando se presentó un grupo de soldados españoles, que estaba al tanto de su acendrado patriotismo, y andaba en busca de víveres, forrajes y animales para su causa. El oficial que los mandaba, demostrando una falta de respeto y educación exageradas, en vez de solicitar lo que necesitaba, se limitó a pedir las llaves de la bodega.

Doña Paula le respondió que si querían víveres, se los proporcionaría, pero que las llaves de la bodega no las entregaba, porque ella era la dueña de la casa. Tal respuesta enardeció al capitán, acostumbrado a que los dueños de fundos los atendieran en forma más sumisa, y ordenó a sus soldados que dispararan sobre la noble matrona. Ella avanzó y pegó su pecho a las bocas de los fusiles, desafiándolos abiertamente. El oficial, indignado con esta mujer majestuosa y enérgica, ordenó que le prendieran fuego a la casa.

Doña Paula se volvió y con la punta del pie volcó el brasero haciendo rodar los carbones encendidos. Luego les espetó que si querían fuego, ahí lo tenían. El capitán se sintió avergonzado, dio vueltas a su caballo y se retiró con sus soldados, echando juramentos contra la altiva mujer.

Consolidada la Independencia, se dedicó por entero a la caridad y a la beneficencia, visitando los hospitales, las cárceles y los asilos, llevando a todas partes su consuelo y ayuda.

Murió en Santiago en 1851.

### MARIA SILVA DE SALINAS

Tras la cordillera, en el campamento de Plumerillo, San Martín iba preparando pieza a pieza, la enorme maquinaria con que se dejaría caer sobre los realistas para recuperar la independencia de Chile. Comprendía el estratega que no sólo hacían falta soldados, municiones, cañones y sables, sino que era necesario además allanar el camino. Había que encender el espíritu libertario para que cada chileno estuviera dispuesto a dar la vida a cambio de la república; tenía que convertir a cada patriota en un conspirador que, llegado el momento, se transformara en soldado; y debía también sembrarse la duda, el temor, la desconfianza y el descontento entre los enemigos.

Pero la puesta en marcha de todo este plan de agitación era empresa difícil, y la prudencia aconsejaba que estuviera en manos de gente, no sólo de absoluta confianza, sino además de grandes habilidades para la intriga y condiciones de caudillo que le atrajeran seguidores.

El campo chileno en 1815 no estaba preparado aún para arder al contacto de la llama que aplicarían los seguidores de San Martín; pero a mediados de 1816 la madurez fue acelerada. Cuando los primeros conspiradores comenzaron a llegar, los padecimientos de la revolución culminados con el desastre de Rancagua habían pasado al olvido, y los males del presente empezaban a ocupar un lugar preponderante. Los propios consejeros de Marcó del Pont, principalmente el obispo Rodríguez Zorrilla, Lazcano y San Bruno, habían logrado despertar contra el gobierno el odio enconado de aristócratas y plebeyos, de ricos y pobres, y también de algunos contrarios a la independencia.

La torpe política desarrollada por Marcó y los abusos cometidos por los Talaveras, férreamente manejados por San Bruno, habían ido formando un resentimiento casi patológico contra el régimen español. Los primeros que se plegaron secretamente al movimiento de zapa, fueron los parientes y amigos de los perseguidos o más perjudicados. Pero la causa fue cobrando simpatía en el grueso de todos los hogares chilenos que se abrieron para amparar a los

conspiradores, ora ocultándoles, ora otorgándoles aportes de armas y dineros.

No menos de treinta fueron los agentes que San Martín despachó a Chile para iniciar esta campaña y el fuego prendió con rapidez vertiginosa. Desde Aconcagua hasta el Maule se iniciaron guerrillas destinadas a distraer las fuerzas realistas y a rebajar su moral. El espionaje se encargaba de difundir noticias desfavorables a España, cada vez más alarmantes, como la inminente invasión desde Mendoza que no se sabía por cuál paso cruzaría. Los complotados se preocupaban también de atizar las rivalidades entre españoles y criollos, y fomentar la deserción mediante suculentas recompensas que se ofrecían a los monarquistas que se pasaran a su bando.

En héroe máximo y genial de estas guerrillas se convirtió el otrora abogado y funcionario Manuel Rodríguez que concentró su atención desde la capital al sur. En el valle de Aconcagua fueron varios los que se encargaron de soplar las brasas, unos con más éxito que otros. Las montoneras organizadas sobre la base de cuadrillas de salteadores que arrasaban las casas y haciendas de los realistas y amagaban los cuarteles, tenían el inconveniente de sembrar el temor en ambos bandos; pero eran dirigidas por hombres diestros, conocedores del terreno y avezados en luchar contra las persecuciones de las autoridades. En cam-

bio otras, creadas por jóvenes revolucionarios, sin experiencia en este género de guerra, que actuaban sólo bajo la antorcha de la libertad, se transformaron en catástrofes. Así, en tanto Santiago Bueras agitaba la región aconcagüina y recolectaba armas, municiones y pertrechos, que escondía en un subterráneo secreto en su casa de Curimón, los hermanos Traslaviña de San Felipe iniciaron una aventura que tendría un trágico fin.

Putaendo, San Felipe y Los Andes eran el tránsito obligado de correos, mensajeros y espías entre Mendoza, Valparaíso y Santiago. La camaradería que existía entre los baquianos de Cuyo y Aconcagua, el entroncamiento de familias chileno-argentinas y el constante intercambio comercial de ambas provincias, eran el mejor almácigo para desarrollar el germen de la revolución.

Cierto día se presentó en casa de la familia Traslaviña, situada en los alrededores de San Felipe, don Manuel Navarro que traía una carta personal de San Martín para Juan José, el mayor de los hermanos.

"Señor don Juan José Traslaviña y don José Antonio Salinas. Octubre de 1816. Mis paisanos y señores: los informes que he adquirido de sus sentimientos y honradez, me han decidido a tomarme la confianza de escribirles. El amigo Navarro, dador de ésta, enterará a V.M. de mis deseos en la Viña del Señor. Yo espero y V.M. no lo dude

que recogeremos el fruto; pero para esto es necesario tener Buenos Peones para la Vendimia. No repare V.M. en gastos para tal cosecha; todos serán abonados por mí, bien por libranzas, o a nuestra vista, que precisamente será en este verano. Con este motivo aseguro a V.M. su sincero afecto de su apasionado paisano. A.S.M.B. José de San Martín".

En cuanto despidió al visitante, Juan José se reunió con sus cinco hermanos, todos veteranos de las campañas de la Patria Vieja, quienes acogieron la idea con entusiasmo y acordaron sumar a su grupo a José Antonio Salinas, decidido patriota.

Pocos momentos después, una nube de polvo acompañaba al jinete que galopaba apresuradamente hacia la Rinconada de Silva, vecina a Putaendo. Al llegar al caserón, fue atendido por el propio Salinas en compañía de su mujer, doña María Silva, que lucía su serena hermosura. El brillo de sus ojos acusaba profunda inteligencia, y sus ademanes y modales demostraban la fina educación que había recibido. Amaba tan profundamente a su esposo como a la patria. Por eso le había acompañado desde los primeros momentos de la conspiración y, en la mayoría de los casos, aportó las mejores sugerencias.

Doña María, con el rostro apesadumbrado, se manifestó en contra del proyecto, por la falta de experiencia que tenían para esos menesteres.

José Antonio Salinas argumentó que todo lo que hacían era peligroso, pero que podían constituir un grupo que se concentrara en Quillota. En cambio, las montoneras de Santiago Bueras no pueden expandirse hasta tan lejos sin perder el contacto o disgregarse.

Ambos jóvenes partieron galopando para contarle a Santiago Bueras los sucesos, mientras María Silva, apoyada en las jambas del zaguán, les miraba alejarse con su mente cargada de negros pensamientos.

El camino que serpenteaba hacia Curimón no era largo. Pasando por las afueras de San Felipe y vadeando el Aconcagua, llegaron al caer la tarde a la casona del legendario comandante.

Bueras leyó el papel y quedó pensativo, rascando lentamente su barba negra e hirsuta. Tralaviña le explicó cómo había llegado la nota a su poder y las instrucciones verbales que le había dado Navarro. El comandante escuchó atentamente y apoyó el proyecto, recomendándoles absoluto secreto en sus operaciones.

Los nuevos confabulados comenzaron de inmediato a trazar sus planes. Después de varias reuniones, en las que se incorporaron el maestro Pedro Regalado Hernández y el jovencito Ventura Lagunas, decidieron promover una sublevación de los contingentes de Quillota.

Ventura Lagunas les habló de un sargento español llamado La Rosa que pertenecía a esa guarnición. Su desmedida afición al juego y a las mujeres lo mantenían en constante bancarrota, por lo que sería fácil de sobornar. Sus compañeros le encomendaron que hiciera los primeros contactos, encareciéndole actuar con el mayor sigilo.

Desgraciadamente los confabulados no contaban con un terrible suceso, en apariencia nada importante, que llevaría todos sus planes al fracaso. Un sujeto de tan mala clase como el sargento de la Rosa faltaba constantemente a la disciplina en el cuartel, por lo que su hoja de vida más parecía un prontuario. Uno de esos delitos colmó la medida y fue a parar al calabozo con sentencia de muerte sobre su cabeza. Pensando cómo escapar de la horca, discurrió negociar su vida con la denuncia del complot y dio los nombres de todos los conjurados.

Rápidamente los húsares recorrieron, en distintas partidas, San Felipe, Putaendo, Curimón y Los Andes. Uno de esos piquetes llegó hasta el fundo del Carmen, hogar de José Antonio Salinas y, al no encontrarle, apresaron a doña María Silva, su esposa, para que confesara dónde se hallaba el revolucionario. Ante la terca negativa de la brava aconcagüina, la ataron a uno de los pilares del corredor y comenzaron a azotarla.

Los primeros latigazos destruyeron sus ropas dejándola casi desnuda. A las reiteradas instancias de confesión, sólo repetía, casi inconsciente, insultos y desafíos.

Los realistas continuaron azotándola, mas pronto se dieron cuenta de que nada conseguirían, pues la mujer había perdido el conocimiento, y se retiraron avergonzados dejándola atada, sangrante y casi moribunda en el patio de la casona.

Sin embargo, el sacrificio de la noble joven de nada valió. Los cuatro cabecillas cayeron en las manos de los realistas y fueron conducidos velozmente a Santiago para juzgarles en forma sumaria, y fueron ejecutados en la Plaza de Armas de Santiago, salvándose sólo el joven Ventura Lagunas, por su corta edad.

# JOSEFA PORTALES Y LARRAIN

(La esposa de Portales)

Románticamente enamorado de su prima doña Josefa Portales y Larraín, contrajo matrimonio con ella a mediados de 1819. La amó con el ardor de su temperamento sensual y con la pasión de un místico. Y cuando se manifestaron en ella los síntomas de su enfermedad, Portales se consagró a su compañera, administrándole él mismo los medicamentos que compraba en las boticas de hora en hora.

A los dos años de matrimonio, la muerte le arrebató a su esposa y el mundo se le vino abajo. De jovial y chistoso, se convirtió en misántropo. Buscó el auxilio de la religión y se hizo penitente, visitando a diario las iglesias y confesándose a menudo con el padre Silva, prior de la Recoleta Domínica.

En busca de consuelo para su dolor, se aplicó de lleno a la actividad comercial, asociándose con don José Manuel Cea.Portales se embarcó para el Callao en 1822, llevando una carga de frutos del país, que retornaría en artículos indígenas.

En el tiempo que permaneció en Lima, se convirtió en mujeriego empedernido. A poco de llegar, escribía a su amigo Cea: "Decididamente prefiero a las mujeres chilenas a las peruanitas; son muy refinadas y falsas, muy ardientes y ambiciosas, muy celosas y desconfiadas y amaneradas. Vivo aquí en compañía de Julia; pero estoy dispuesto a darle la patada. Vivir con mujeres es broma, sobre todo cuando son intrigantes. Nuevo cambio de tierras, nuevas aventuras de amores, amigo".

Daba la impresión de estar harto de las mujeres, pero no hacía sino empezar una larga serie de enredos. Su figura de caballero pálido, de noble continente y maneras exquisitas, enfundado en el frac impecable que le fue característico, le hizo rápidamente famoso en el ambiente de la alta sociedad peruana.

En este refinado medio, conoció a una niña de dieciséis años y de extraordinaria belleza, Constanza Nordenflycht, que se enamoró locamente de él. Y ante su negativa a contraer matrimonio, optó por entregársele en condición de compañera.

La niña Constanza era hija de doña Josefa Cortés y Azúa, encopetada dama limeña, y del barón Timoteo de Nordenflycht, sabio prusiano y antiguo consejero del rey de Sajonia. Cuando Portales regresó a Chile, pobre y fracasado, ella le siguió sin importarle el chismorreo ni las habladurías que quedaban a sus espaldas.

En doña Constanza, Portales tuvo tres hijos: Rosalía, que nació el 20 de septiembre de 1824; Ricardo, el 7 de febrero de 1827, y Juan Santiago, el 24 de julio de 1833; los dos primeros en Santiago y el último en Valparaíso.

No obstante el leal amor de doña Constanza, la aversión de Portales al matrimonio como unión eterna era incontrastable. Y, excepto una corta temporada que vivió con ella en Valparaíso, se cuidó de mantenerse alejado. La noble peruana permaneció en Santiago en casa de una parienta, y las visitas de don Diego fueron sólo esporádicas.

Portales jamás la abandonó. Por el contrario, siempre veló por ella y por el cuidado de sus hijos. En cartas a su agente don Antonio Garfías, le habla de la preocupación que tiene por los estudios de Rosalía, su regalona, que está en el establecimiento de Madame Versin. Más adelante, en 1832, le escribe indicándole que si el colegio "de la Cabezón tiene buenos profesores", no dude en cambiarla.

La preocupación de la ilegitimidad de sus hijos le abrumaba. En 1832 la escarlatina tuvo a doña Constanza en las puertas de la muerte. Desde Valparaíso, Portales otorgó poder a Garfias para que contrajera matrimonio con ella en su nombre, con instrucciones bien precisas de que sólo lo hiciera cuando estuviera a punto de morir, pues "me desesperaría si me viera casado", agrega.

En la misma carta reconocía a sus hijos y declaraba: "no he contraído obligación alguna con su madre, y que para la puntual asistencia que ha recibido siempre de mí, no he tenido otro móvil que mi propio honor".

### CANDELARIA GOYENECHEA DE GALLO

(Benefactora copiapina)

Mujer de extraordinaria inteligencia y de una memoria privilegiada, trabajó ejemplarmente junto a su esposo, el célebre patriota e industrial Miguel Gallo y Vergara, en labores mineras, reuniendo una inmensa fortuna. Dotada de un alma elevada, se complacía en prodigar el bien, trabajando con sus manos en vestiduras que enviaba al hospital de Copiapó.

Era hija de don Pedro Antonio de Goyenechea y de doña Manuela de la Sierra y Nercado. Había nacido en Copiapó en 1795 y contraído matrimonio muy joven. En 1842 murió su esposo y ella manejó todos los asuntos mineros personalmente. A medida que sus hijos crecieron se fueron haciendo cargo de diferentes labores, dirigidos principalmente por el hijo mayor don Tomás Gallo.

En 1859 su hijo Pedro León Gallo participó en la revolución constituyente de Atacama, junto a Benjamín Mackenna, y su madre los apoyó financieramente. Después de la derrota en la batalla de Los Loros, doña Candelaria protegió personalmente a las familias de los soldados que participaron.

Su principal fortuna estaba en Chañarcillo con la veta Candelaria, pero ella repartía toda esa riqueza entre la gente más necesitada. En 1879, durante la Guerra del Pacífico, ayudó a los mineros del Atacama que combatieron.

Murió en mayo de 1884 en Copiapó a los 89 años.

# DOÑA ROSARIO MONTT

(Esposa de Manuel Montt)

El primer Montt que llegó a Casablanca fue don José Montt y Cabrera, que a los 25 años se había casado con doña Mariana Prado y Rojas, hija del general don Pedro Prado y Carrera, poseedor de una encomienda que partía desde los alrededores de Santiago, hasta Valparaíso. De ahí el nombre de la cuesta Lo Prado. Este caballero fue quien donó, junto a don Francisco Ovalle y Esparza, los terrenos para la fundación de Casablanca en 1753. Fue su primer Superintendente y falleció a los 72 años.

Fue padre de Filiberto, Lucas y José Leopoldo. Lucas Montt y Prado, casado con su prima doña Mercedes Torres y Prado, fueron los padres de don Manuel Montt Torres, presidente de la República. Y su hermano Filiberto tuvo, a su vez, como hija a Rosario Montt Goyenechea, que contrajo matrimonio con su primo Manuel, que llegaría a ser la más alta autoridad del país.

En aquellos tiempos era usual que los contrayentes tuvieran mucha diferencia de edad. Así, pues, cuando don Manuel, que ya cargaba 29 años de edad, fue a pedir la mano de su prima Rosario, ésta estaba encumbrando volantines en el techo de la casona de la hacienda Tapihue.

El padre de don Manuel, don Lucas Montt, tuvo especial dedicación con su hijo, encareciéndole a su mujer que no omitiera sacrificio para que éste recibiera una buena educación. Cabe recordar que a don Manuel, cuando era muchacho, le tocó presenciar el enfrentamiento entre los Talaveras y doña Paula Jaraquemada, quien en esos días tenía oculto a don Lucas de las persecuciones realistas.

Don Manuel Montt no era para nada un joven bizarro, todo lo contrario, muy moreno, tanto por sus antepasados andaluces como por su bisabuela peruana. En cambio, la niña Rosario era muy hermosa, parecida a su madre, y lucía un perfil oriental, que marcaba más la mirada burlona, sarcástica y llena de picardía, que lanzaban sus ojos claros.

Era apasionada y vehemente, pero de gran inteligencia y cordura, pues en vez de fijarse en algún joven de apuesta traza, puso sus ojos en el más feo de sus primos, pero de quien emanaba una superioridad moral e intelectual.

Pero este hombre de aspecto duro y reservado, deja en descubierto su corazón en las cartas que se escribe con Rosario, a pesar de que trata de ocultar para el mundo sus sentimientos y emociones. Con fecha 11 de abril, le dice:

"¿Cómo había de creer yo que pensaras en la cartera verde? Yo no puedo recordarla sin recordar también lo que escribiste en ella la víspera de mi venida, y mucho más lo que pusiste esa misma mañana. Me parece ver, abajo del renglón que yo puse, este otro escrito por tu mano: "Siempre encontrarás en mí el mismo amor" y de este modo un objeto insignificante ha venido a ser para mí una fuente de placer. No hay en toda la casa una sola cosa que no me ofrezca una memoria agradable. Todo está ligado con tu persona. Pero, al pensar en ello, no puedo menos de advertir la distancia a que me encuentro y sentir tanto más la separación".

"No es posible por ahora dar la explicación de las últimas letras que yo escribí. Esto debe hacerse más bien de palabra que por escrito; yo lo haré algún día".

Desgraciadamente, no se conservan las cartas de Rosario. Sólo algunas de su madre, a las que la niña le agrega alguna postdata. En una de las misivas, Manuel se excusa por no ir a Valparaíso donde ella se encuentra, argumentándole que el deber lo retiene en Santiago. No obstante, le

recomienda que pasee y se divierta.

La madre de Rosario le escribe desde Valparaíso el 18 del mismo mes. Y la niña le agrega unas líneas:

"Mi querido Montt: el jueves hemos llegado a este puerto a las seis de la tarde y a las nueve hemos ido al muelle y después nos fuimos al castillo, pero nada me ha parecido bien; querido, no le he escrito porque no he tenido lugar, pero esta noche sin falta le escribiré; es imposible divertirse porque me acuerdo que está mi Montt tan lejos y no estoy cerca de él, y estaría contenta si estuviese junto a usted, escribo muy de improviso.

Su Rosario".

Por aquellos años don Manuel era ya Ministro de la Corte Suprema, quizá por eso ella lo trata con tanto respeto.

En otra carta doña Luz, la madre, termina diciendo:

"Rosario me dice que le escriba muchas cosas y que no escribe por cuestión de unas visitas y que esta noche lo hará". Al dorso de la hoja, unos renglones de Rosario:

"Mi querido Montt:

"He visto las líneas en que usted me dice me apronte para ir mi madre y mi hermana; ellas y yo estoy pronta; no deje de venir el miércoles y trae a José Anacleto; no tengo más tiempo "Corresponda siempre el tierno amor de su Rosario".

Con fecha 28, agrega estas líneas a otra carta de su madre:

"Mi querido Montt:

"Tengo mucho gusto que sea el día feliz para nosotros el jueves y también tengo mucho gusto que viene con José Anacleto (su hermano) y don amigos más, a quienes le haré el cariño que pueda hacerle porque son amigos de mi Montt. Leí la carta anterior de mi madre y espero ansiosa el jueves porque ese día ha de ser el que complete mi felicidad por estar unida con mi querido. Ya es hora de mandar el correo y no le escribo más. Adios mi Montt, no olvide a

Su Rosario".

Dos días después contrajeron matrimonio en Casablanca. Los bendijo el párroco José U.de la Fuente, y fueron padrinos doña María de la Luz Goyenechea y don Domingo Espiñeira; y testigos don Manuel J.Cerda y don José Antonio Alvarez.

Su vida matrimonial fue muy hermosa. Justamente la diferencia de caracteres, él tranquilo, reservado, y ella apasionada y celosa. Cuentan que en cierta ocasión, cuando era Ministro, le visitó en su casa una viuda, aún joven, que entre sollozos le pidió ayuda pecuniaria porque estaba sumamente afligida. El le contestó que contaba sólo con su sueldo de Ministro y apenas cubría sus gastos. En ese momento apareció doña Rosario, que debía haber estado escuchando, celosa, desde la habitación contigua. Extendió una bolsita y dijo:

- Mi hijito, aquí tengo yo dinero de mis ahorros.

Siempre fue generosa y hasta derrochadora, todo lo contrario de don Manuel que tenía que estirar el sueldo para alcanzar a cubrir los gastos.

Apenas casada, cambió el tratamiento de "mi querido Montt", por "mi negrito". Años más tarde, al pasear por Europa, escribía a su hijo Luis y le hablaba de connotados personajes con motes que ella les había puesto. Al presidente Balmaceda lo llamaba "el bailarín". A don Ramón Barros Luco, "el gato de la Moneda", porque había sido muchas veces ministro.

Mientras su marido se encontraba en plena campaña presidencial, ella se hallaba en Tapihue, con su hija mayor, Luz, con alfombrilla. Todos los días le escribía para mantenerlo al cabo y para que estuviera tranquilo.

En 1850, cuando se aproximaban las elecciones presidenciales, la actividad política cobró inusitada violencia, lo que llevó al partido conservador a decidirse por la can-

didatura de don Manuel Montt, por ser un hombre sereno, enérgico, hijo de su esfuerzo y proveniente de la clase media. Poco después, el presidente Bulnes le dio su apoyo oficial.

La oposición era encabezada por los liberales que reclamaban para sí la representación del pueblo. Y buscaron como candidato a un personaje cuya fama y nombradía les asegurara el triunfo. Así, paradojalmente, escogieron al general José María de la Cruz, muy ligado por afinidades y tradiciones al partido conservador. Había sido jefe de la escolta de O'Higgins en 1823, segundo de Prieto en 1829, segundo del general Bulnes, su primo hermano, en la campaña al Perú, y gozaba de la admiración popular.

Los opositores no guiaron su acción contra el presidente Bulnes, sino contra la intervención oficial a favor de Montt. Se produjo un motín comandado por el coronel Urriola en 1851, que terminó en una horrible matanza.

Más adelante, en junio, se celebró en Concepción una reunión de los vecinos más influyentes, entre los que se contaba el general Fernando Baquedano, para protestar de la intervención oficial en las elecciones presidenciales. En septiembre, se levantó la provincia bajo el mando del general Cruz.

El gobierno, para abordar y detener estos hechos, designó jefe del ejército al general Bulnes, que acababa de entregar la presidencia, quien marchó al sur para enfrentar la rebelión. Tras los combates de Monte de Urra y de Los Guindos, la batalla de Loncomilla puso término a la revolución. Pero esta fue una acción tan encarnizada, que duró siete horas y dejó 2.000 muertos y 1.500 heridos.

Los Montt, que permanecieron casados cuarenta y un años, tuvieron dieciséis hijos: tres mujeres y trece hombres; de éstos, diez alcanzaron la pubertad, pero sólo tres dejaron sucesión. Su octavo hijo, Pedro, también fue presidente de la República, 55 años después que su padre.

## MERCEDES MARIN DEL SOLAR

(Poetisa)

Nació en Santiago en 1804, hija de Gaspar Marín y de doña Luisa Recabarren, matrimonio que vino desde La Serena. El ambiente de gran cultura de sus padres, que le permitieron aprender desde muy pequeña a leer y escribir en castellano y francés fluidamente.

Su padre le leía fragmentos de La Araucana de Alonso de Ercilla, y su madre la hacía memorizar algunos poemas de clásicos españoles. En 1814, en medio del torbellino de la Independencia, cuando apenas tenía 14 años, compuso sus primeros versos.

En 1830 se casó con su primo José María del Solar Marín y fue madre del poeta Enrique del Solar.

En 1837, tras el asesinato de Portales, escribió el Canto Fúnebre a la Memoria de Diego Portales, que la consagró definitivamente como poetisa.

Más adelante, luego de la muerte de su padre en 1839, escribió una excelente biografía suya. En 1840 redactó Plan de Estudios para una Niña, compendio de lo que debía estudiar una jovencita y la metodología a usarse.

Su amistad con el poeta Ventura Blanco Encalada de la escuela neoclásica, admirador de Fray Luis de León, Meléndez Valdés y del romántico Lord Byron, la llevaron a convertirse en el centro de la renovación impuesta por el Movimiento Libertario de 1842, y a colaborar intensamente con la Sociedad de Instrucción Primaria que estaba naciendo.

Falleció el 21 de diciembre de 1866.

#### MADRE BERNARDA MORIN

(Fundadora de la Divina Providencia en Chile)

Las monjas de la congregación de la Divina Providencia llegaron a Valparaíso el 17 de junio de 1853. Habían partido tiempo atrás desde Canadá, su tierra, para dirigirse a Oregón, donde pensaban dedicarse a atender a los niños huérfanos. Desgraciadamente, la fiebre del oro había dejado despobladas esas regiones, por lo que decidieron emprender el camino de regreso a Montreal.

Cuando llegaron a San Francisco tuvieron que alojarse en la Casa de las Hermanas de la Caridad, donde permanecieron 50 días a la espera de un barco que hiciera el regreso por el istmo de Panamá. En esos años, California era una pequeña Torre de Babel. La única posibilidad que

se les presentó, fue abordar un pequeño barco a velas de Francisco Alvarez que zarpaba hacia Valparaíso. El Pbro. Francisco Rock, que las acompañaba, les aconsejó embarcarse en ese velero llamado "Elena", porque en Valparaíso sería mucho más fácil encontrar un barco que las llevara, por la vía del Estrecho de Magallanes, a su destino.

Las Religiosas de los Sagrados Corazones, que se encontraban al tanto de los problemas de sus hermanas, las esperaban con enorme alegría en Valparaíso. Pero, más sorprendente aún para ellas, fue la acogida de las autoridades eclesiásticas y del propio Gobierno chileno.

Al día siguiente de su arribo las visitó el intendente y les pidió que permanecieran en Chile, para dedicarse a algunas

obras de beneficencia que preocupaban al Estado.

Tres días después, recibieron una carta del Arzobispo Valdivieso que no sólo les otorgaba permiso para mantenerse en el puerto a la espera de otro barco, sino les rogaba además que se quedaran en Chile. El capellán que acompañaba a las monjas visitó al prelado y terminó aconsejando a las religiosas que decidieran avecindarse en este país.

Por su parte, el ministro Antonio Varas escribió al Arzobispo, haciéndole presente la preocupación del gobierno por el cuidado de los huérfanos y de los enfermos, y lo

grato que sería para la autoridad que las religiosas de la Divina Providencia, que se hallaban en tránsito, tomaran a su cargo estos trabajos.

El 20 de agosto de 1853, antes de que se cumplieran dos meses de su arribo, el presidente Manuel Montt expidió un Decreto otorgando el permiso en los siguientes términos:

"Con lo expuesto por el M.R. Arzobispo de Santiago en el informe dado acerca del particular a que se refiere el precedente oficio del Ministerio del Interior, se autoriza el establecimiento de las Hermanas de la Providencia en Santiago, a fin de que puedan ellas vivir según las reglas de su institución, la cual se tendrá por legalmente reconocida para los fines a que haya lugar.- Comuníquese y anótese.- Montt.- Silvestre Ochagavía".

Además, se les comunicó oficialmente que el Gobierno estaba dispuesto a confiarles la Casa de Huérfanos de Santiago, institución que disponía de fondos propios para su mantención. De estos dineros, se asignarían \$ 1.000 para la mantención de las Hermanas.

Aquí se les recibió con los brazos abiertos. El arzobispo de Santiago, don Ramón Valentín Valdivieso, no sólo les brindó una cálida acogida, sino se preocupó personalmente de realizar los trámites administrativos para autorizar su radicación definitiva en el país.

El 8 de septiembre las Hermanas abandonaron Valparaíso en un carruaje con destino a Santiago, viaje que duró dos días. La capital las recibió con una abundante lluvia y fueron nuevamente hospedadas por las Religiosas del Sagrado Corazón. Mientras se hacían las diligencias con la Junta de Beneficencia, don Miguel Dávila arrendó una casa para que pudieran aplicarse a acoger a los huérfanos. Esta se ubicaba en la calle Recoleta Nº 500 en el barrio de la Chimba.

El traslado de las religiosas se efectuó con toda solemnidad. "Las calles adyacentes estaban embanderadas y el suelo cubierto de flores. Las Hermanas fueron trasladadas en dos carruajes, en medio de los sones de una banda de músicos y la alegría de un gran público que se congregó para aclamarlas..." (1).

Las Hermanas de la Providencia fueron las primeras religiosas que se dedicaron al trabajo social, sin mantener una vida de clausura ni de vida contemplativa. Se hicieron cargo de la Casa de Expósitos, heredera de la Casa de Huérfanos que había creado don Juan Nicolás de Aguirre en el período colonial. Esta era un organismo tan pobre, que una cuchara servía para que comieran 10 a 12 niños. A partir de esta fecha, pasó a llamarse Casa de la Providencia, que se iniciaba en Chile con muy buenos auspicios. Los miembros de la oligarquía católica habían comprendido la impor-

tancia de la creación de obras de caridad en favor de los más pobres, y los anticlericales, en abierta competencia con el grupo católico, se vieron impulsados a lo mismo. La gran ganadora de esta pugna fue la masa más pobre de la sociedad.

Antes de la llegada de las Hermanas de la Providencia, los huérfanos eran entregados a personas que los tomaban a su servicio. En otras palabras, era una forma fácil de conseguir sirvientes, a cambio de comida y ropa. Desde ahora, los niños permanecerían al cuidado de las monjas hasta que cumplieran 10 años y se les enseñara un oficio.

En 1854 las autoridades de Gobierno decidieron hacer una visita sorpresiva a la Casa de la Providencia de calle Recoleta, para comprobar su funcionamiento. Había ya 80 entre niños y niñas de 3 a 4 años perfectamente limpios y ordenados. Al ver llegar a los personajes, corrieron a abrazarse a sus piernas, provocándoles una inmensa emoción.

A raíz de esta visita, el ministro Antonio Varas comprendió que necesitaban de una casa más espaciosa y se aplicó a buscarla. La Junta de Beneficencia había adquirido en \$ 71.000 la inmensa chacra de 67 cuadras que había poseído don Pedro Chacón Morales, tío de el héroe Arturo Prat, quien había vivido en esas viejas casas cuando niño.

El nuevo y definitivo traslado a la propiedad del Camino a

Las Condes, se realizó el 26 de noviembre de 1854. Esta vez fue un gran acontecimiento en que participó toda la ciudad. Las señoras de la sociedad cedieron sus carruajes, que marcharon en medio de seis bandas de músicos de los Cuerpos Cívicos.

Apenas se establecieron en su nuevo hogar, las monjitas se aplicaron de lleno a organizar los espacios, limpiar las salas y establecer una Capilla. Recibieron numerosos regalos de carácter religioso que vinieron a decorar la Casa. Ya los niños ascendían a 132 y correteaban por la huerta, donde las religiosas habían instalado vacas para que no les faltara la leche.

En 1856, el Gobierno se preocupó de legalizar el dominio de la propiedad, dictando un decreto que terminaba expresando: "La Casa de Expósitos transmite al instituto de las Hermanas de la Providencia todos los privilegios legales y constitucionales que les favorece para que funden sus instituciones en el terreno cedido y les sirva de Casa de habitación" (2).

Esta propiedad se encontraba situada en el viejo camino a Las Condes, y pasó a tener tanta importancia, que a poco andar la gente se empezó a referir a aquel camino como camino o avenida de la Providencia.

Las religiosas pasaron a depender, como superior eclesiástico, de monseñor Joaquín Larraín Gandarillas, que era

a la vez rector y creador del Seminario que se ubicaba en la propiedad del lado poniente. Esta vecindad permitió que se despertara un profundo sentido religioso que llevó a muchas señoritas de la sociedad a solicitar su ingreso a la congregación de las Hermanas de la Providencia. "Esas hijas de familia, acostumbradas a ser servidas, ahora, por amor al Cristo, presente en estos pobres huérfanos, son capaces, en medio del frío y de la escarcha, de ir todos los días a lavar a esa acequia que cruzaba la propiedad, las camisas de dormir y las sábanas de los niños, que se habían ensuciado en la noche". (3)

Desde que se había fundado la primera Casa de Expósitos, muchos personajes importantes acudían a "escoger un huachito", para tenerlos como sirvientes gratis. Las religiosas se opusieron tenazmente a esta costumbre propia de la época de la esclavitud. Sin embargo, se tenía la idea de que la Casa de la Providencia tenía el objeto de formar sirvientes sanos y robustos para las clases adineradas. El acto de ir a escoger a algún huérfano, era de por sí muy humillante, porque se asemejaba a la elección de un animal entre un piño. Como consecuencia, se creó una pugna entre las autoridades civiles y eclesiásticas. Uno de los argumentos que se daba contra las religiosas era que en los 12 años que llevaban funcionando, habían ingresado 1.386 huérfanos, de los cuales había muerto la mitad.

Desgraciadamente, las condiciones en que las monjas realizaban su trabajo, eran de las peores. Los dormitorios de unos 40 por 3 mts. estaban más bajos que el nivel de tierra exterior, por lo que eran húmedos e insalubres. Habían sido construidos para animales y los ratones corrían con entera libertad.

Eso originó la visita inspectiva de connotados médicos el año 1872, quienes quedaron admirados de la labor de las religiosas y dieron una serie de indicaciones respecto a la construcción de la Casa, para mejorar las condiciones de sanidad, lo que llevó a dos buenas situaciones. Una fue que la mortandad bajó en 1872 al 9,33 %, y la otra la decisión de una nueva construcción.

En 1885 se levantó en ese lugar un gran edificio que tenía 260 metros de fachada hacia el camino y 400 de fondo, superficie repartida en 30 patios, además de las huertas. Con esto, la vieja finca pasó a llamarse Chacra de la Providencia, y se ubicaba entre las actuales calles Antonio Varas y Pedro de Valdivia. El edificio tenía un imponente aspecto. Construido de cal y canto, y sus tapiales de adobones coronados de tejas musgosas, le daban un aspecto agreste, pero serio.

La construcción costó cerca de \$ 50.000 que el administrador de la Casa de Huérfanos, don Joaquín Valledor, se consiguió con el Gobierno.

La fundadora de esta magnífica obra fue la madre Bernarda Morín y no se movió de Chile hasta que murió en 1929. Tanta fue la actividad que desplegó esta institución, que ya en 1896 albergaba a 1.286 huérfanos a los que se les enseñaban diversos oficios en sus talleres. Allí se formaron numerosos sastres, zapateros, carpinteros y de otras profesiones.

Sin embargo, en esta inmensa chacra sobraban muchas tierras que servían para el trabajo agrícola. En 1894 se le quiso agregar, por el costado que daba a la actual Av. Antonio Varas, la Casa de Orates, de acuerdo a planos que hizo el arquitecto Carlos Barrohilet. Los trabajos de construcción duraron hasta 1905 y se componía de varios pabellones y grandes anexos. Pero finalmente, la falta de fondos para completar y dotar al nuevo establecimiento, hizo que se abandonara esta iniciativa, y el edificio más el terreno adyacente se entregó al Ejército, tomando el nombre de Cantón Militar.

Las Hermanas de la Providencia desarrollaron su abnegada labor por muchos años, hasta que en 1941 las elecciones le dieron el triunfo al Frente Popular. Fue nombrado como nuevo Director del Establecimiento don Manuel Zorrilla, miembro del Partido Comunista, que quiso suprimir la orientación cristiana y religiosa de la obra.

Largas tramitaciones hubo de efectuar la Congregación. Mas, sin resultados, su Consejo General se vio obligado a renunciar tras 87 años de labor social. Esta situación causó conmoción general en el país, pero todos optaron por desentenderse. Las monjas insistieron en su renuncia, dejando constancia de que tenían derechos legales sobre la propiedad de Av. Providencia, que en ese tiempo se extendía por tres cuadras cuadradas, con un frente de 125 mts. a la Av. Providencia.

Finalmente, las religiosas se trasladaron a la Escuela de la Parroquia Santa Teresita, en Santiago.

El fenómeno del crecimiento urbano se había agudizado, en particular, en la Av. Providencia. Esto, que mejoraba el precio de la propiedad de las Hermanas, subió considerablemente las contribuciones a los Bienes Raíces que debían pagar. Por ello, en 1952, se normalizó la venta, y los edificios que se conocieron como la Casa Nacional del Niño se lotearon y la Caja de Empleados Particulares levantó allí varios edificios.

Sólo se ha mantenido la iglesia, con calidad de parroquia, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Providencia. En ella se conservan los restos de don Joaquín Valledor y de doña Matilde Salamanca, grandes benefactores de la obra.

A raíz del terremoto que asoló Santiago en 1985, la iglesia de la Providencia quedó bastante dañada y hubo muchos que pensaron demolerla. Felizmente se levantaron voces en su defensa y gracias a un adecuado trabajo de ingenieros calculistas y arquitectos, se pudo dejar como parte del patrimonio arquitectónico de la ciudad.(4)

HISTORIA DE LA CONGREGACION HERMANAS DE LA PROVIDENCIA EN CHILE. Fernando Aliaga Rojas. Soc. Impresora La Unión Ltda. Sanatiago de Chile. 1993.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Decreto del 21-VII-1856.

<sup>&</sup>lt;sup>3</sup> Fernando Aliaga Rojas. Obra citada.

<sup>&</sup>lt;sup>4</sup> Historia de la Congregación de las Hermanas de la Providencia en Chile. Fernando Aliaga Rojas. Sociedad Impresora La Unión Ltda. Santiago. 1993.

consider whome is constructed by the protection of the construction of the constructio

Paralmente, les mengiones se tradadaron es la Rec cuitante la Partiquia Satia Toccida, en Samago.

te denomina de la crestation de la completa del la completa de la

AND AND THE PARTY OF A STATE OF THE PARTY OF

### SARGENTO CANDELARIA PEREZ

(Cantinera heroica)

Mujer de muy humilde origen, era hija de un artesano que no le pudo dar mucha educación. Nació en el barrio de la Chimba (actual Independencia) en el año 1810, y la única actividad que se le presentaba para vivir, fue ocuparse como empleada doméstica de un matrimonio holandés.

De un físico aparentemente frágil, era una morena de rasgos muy finos y agradables. Candelaria Pérez, o Contreras como también se le conoció, sirvió tan bien a sus patrones extranjeros, que cuando éstos se trasladaron a vivir al Perú, le pidieron que los acompañara.

Candelaria era trabajadora y ahorrativa. Juntaba peso a peso en las famosas alcancías de la época, esos chanchitos de barro que de Pomaire. Al cabo de algún tiempo reunió un buen capital y decidió instalarse por su cuenta en El Callao con una cocinería que bautizó como "Fonda de la Chilena". Cocinaba muy bien, por lo que atrajo gran clientela que iba a disfrutar su especialidad: el pescado frito.

Allí atendía a las diferentes tripulaciones que llegaban, por lo que la mujer, que no sabía leer ni escribir, hablaba fluidamente el idioma inglés. Su negocio le permitía estar al tanto de todo lo que ocurría en el puerto. Desgraciadamente, en 1837 tres buques de la armada chilena, al mando del comandante Angulo, asaltaron a barcos peruanos anclados en el puerto. Era una medida provisoria tomada por Portales que atisbaba la Guerra de la Confederación, pues conocía los intentos hegemónicos de Hilarión Daza.

Una vez terminada la acción, los residentes chilenos quedaron a merced del populacho peruano que asaltó los domicilios y negocios de inocentes chilenos que aportaban su trabajo en beneficio del progreso del Perú. Candelaria perdió todo. Con su fonda arrasada, fue detenida y llevada detenida a la Fortaleza del Real Felipe.

Cuando más tarde la dejaron en libertad, ingresó de nuevo al servicio doméstico, hasta que un día se despertó con el ruido de los tambores batientes con que el general Manuel Bulnes ingresaba a Lima, tras la victoria en el combate de Portada de Guía, el 21 de agosto de 1838.

Llena de felicidad, corrió al Cuartel General chileno a ofrecer sus servicios, por lo bien que conocía El Callao y Lima. Pero los soldados de la guardia la rechazaron con risas y burlas, pues no les cabía en el cerebro que una mujer debilucha, por muy chilena que fuera, pudiera ingresar a los batallones militares. Felizmente para ella, estaba de guardia el capitán Guillermo Nieto, del Carampangue, que la oyó alegar y discutir con los soldados. La llamó, conversó con ella, y fue tan convincente que salió del cuartel enrolada como cantinera-enfermera con doce pesos de sueldo mensual. Rápidamente se consiguió un uniforme militar, que vistió hasta que pasó a retiro una vez terminada la Guerra.

En esos días el comandante Simpson se encontraba a cargo del bloqueo de El Callao, y le era importantísimo mantenerse en contacto con el general Bulnes, más se encontraban en cada extremo de una población hostil que trataba por todos los medios de dividir a las fuerzas chilenas. Candelaria sirvió de correo permanente entre ellos, usando toda clase de ingeniosos disfraces, hasta que fue sorprendida y llevada a las Casamatas de El Callejón. Cuando las autoridades militares chilenas lo supieron, presionaron fuertemente por su libertad.

Más tarde, durante la retirada de Chiquián, el general Torrico comisionó al capitán Nieto para que con cincuenta hombres de su batallón, más seis lanceros, entretuviera al enemigo y facilitara la contramarcha de la división chilena. Entre sus tropas se encontraba Candelaria, que al mando de un piquete de soldados fue a situarse en un cerrillo para observar al enemigo. Desde allí divisó que por la falda aparecían siete compañías del enemigo. La mujer desplegó a sus hombres en guerrilla y abrió un vivísimo fuego que mantuvo durante tres horas. Al caer la noche, esta fuerza pudo retirarse después de haber cumplido su objetivo de demorar al enemigo. Guiados por un indio pasado a su bando, caminaron toda la noche por rutas extraviadas, hasta llegar a Recuay, donde las fuerzas chilenas no podían creer la hazaña que había realizado esta mujer, ya que los daban por perdidos. El general Torrico despachó a la misma Candelaria a informar al general Bulnes de la acción, quien, sorprendido y entusiasmado, la incorporó al ejército con el grado de sargento.

Durante todas las acciones Candelaria se mantuvo atendiendo a sus compañeros y curando heridos. Pero al fin llegaron los días en que habrían de producirse las acciones finales.

El astuto general Santa Cruz había logrado encajonar a las Ejército Restaurador en un lugar llamado Hacienda de San Miguel, donde las fuerzas chilenas esperaban el ataque del general boliviano. Mas este no se producía. Finalmente, tras intensos reconocimientos de los alrededores, los mandos chilenos comprendieron que se encontraban en una trampa, pues les quedaban alimentos para cinco o seis días, en cambio el general Santa Cruz los esperaba en Yungay.

La hacienda San Miguel se encontraba dentro del Callejón de Huaylas, que era como un pasadizo hacia Yungay. Los exploradores chilenos informaron que si marchaban hacia Yungay, debían enfrentar las fuerzas que se encontraban situadas en dos cerros, que se levantaban como atalayas y e imposibles de vencer. El cerro Punyán, bajo y accesible, y el Pan de Azúcar, de laderas casi verticales y defendido por tres compañías con artillería. Detrás de esos obstáculos, un alto parapeto de piedras detrás del cual se encontraba la caballería enemiga. Mucho más atrás, estaba el grueso de las fuerzas peruano bolivianas.

El general Bulnes comprendió que debían tomarse el Pan de Azúcar, como primer movimiento para vencer al enemigo. El comandante designado para iniciar el asalto fue Jerónimo Valenzuela, ante quien, al momento de partir, se presentó la sargento Candelaria para pedir que le permitieran incorporarse al asalto, junto a su regimiento, el Carampangue del capitán Nieto. Ante la negativa del comandante, Candelaria alegó que ella era sargento del ejército, y le confidenció que ella y el capitán Nieto se amaban, y que nunca se habían separado en todas las acciones. Valenzuela, emocionado, se llevó la mano al quepís y le respondió:

- ¡Autorizada, sargento Candelaria!

Al iniciarse el asalto, los soldados comenzaron a trepar las escarpadas laderas. El comandante Valenzuela por un lado y por el otro el capitán Nieto animaban a gritos a sus hombres. De pronto una bala lanzó a tierra a Nieto y Candelaria le apoyó la cabeza en su regazo. El le pidió que continuara el ascenso y ella, enfurecida y amargada, se lanzó hacia arriba animando a los soldados. Durante el repecho, Candelaria vio que arriba se encontraba el boliviano que le había disparado a Nieto y arremetió hasta llegar a él y lo descuartizó a bayonetazos. Al poco rato, la bandera chilena flameaba en la cumbre del Pan de Azúcar, aunque la batalla había costado la vida de la mitad de los soldados chilenos.

El triunfo fue definitivo y las fuerzas chilenas vencieron en Yungay. Candelaria, por su parte, se había convertido en una leyenda.

Cuando las tropas chilenas regresaron a Santiago, algunos cronistas dicen que tras el comandante en jefe, al frente de su unidad, iba la sargento Candelaria vistiendo un pollerín corto, casaca y gorra militar.

Durante mucho tiempo fue la heroína popular que recibía constantes homenajes y aplausos de las más altas clases sociales. Pero, poco a poco, el olvido comenzó a cubrirla y se mantuvo viviendo aislada, sin más recursos que su pensión de subteniente retirado.(Diecisiete pesos mensuales).

Cierta noche, que se representaba en el Teatro de la República un drama titulado La Batalla de Yungay, en que el personaje más importante era la sargento Candelaria, el público descubrió que ella estaba sentada en uno de los palcos del fondo. Todas las miradas convergieron sobre ella, y el público comenzó a aplaudirla frenéticamente y a vitorearla, durante largo rato.

Fue su última aparición en público. Su salud fue desmejorando. Prácticamente en la miseria, acompañada sólo por su profunda piedad cristiana, pronto quedó paralítica y perdió la vista y la palabra. Murió en 1870 a los 60 años, y su entierro correspondió sólo a los honores que se brindan a la sepultación de un subteniente. No hubo más cortejo que un viejo teniente, dos artesanos y un amigo de la difunta.

La sepultura fue financiada sólo por un año. Al término de éste, debía ir a la fosa común. Una campaña iniciada por el periódico La Estrella de Chile, permitió reunir los fondos para perpetuar su descanso.(1)(2)

¿Dónde está sus restos?

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Historia de Chile. Ramón Sotomayor Valdés.Imprenta y Litografía Esmeralda. Santiago. 1901.

<sup>&</sup>lt;sup>2</sup> Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. Publicaciones Militares. Santiago. 1981.

### MATILDE LEMUS DE CONDELL

(Esposa de un héroe)

Las crónicas cuentan que el héroe Carlos Condell recibió sus galones de capitán de corbeta, sólo tres horas antes de contraer matrimonio en 1877 con Matilde Lemus, hija del secretario del Juzgado de Comercio de Valparaíso. Era el gran regalo que querían hacerle sus jefes, para que asistiera al matrimonio luciendo las charreteras del nuevo grado.

El 21 de octubre de 1879, durante la Guerra del Pacífico, le escribe una carta a su esposa, llamándola cariñosamente: "mi amada Chanchita", y firma: "Su roto, Carlos Condell". La misiva esta fechada en Tocopilla, aprovechando una breve estada del marino en ese puerto. Le co-

menta sobre la felicidad de haber capturado el Huáscar, y le pide disculpas por no poder enviarle nada, porque está muy pobre. Más adelante, le enviará variadas frutas. Agrega saludos para su pequeño hijo.

Ese mismo niño, a los diez años, hubo de recibir los restos de su padre que fue enterrado en la cripta de los Héroes en Plaza Sotomayor.

Su viuda murió 51 años después, el 5 de junio de 1939.

#### LA SARGENTO IRENE MORALES

(Cantinera de 1879)

Cuando estalló la Guerra del Pacífico, miles y miles de hombres corrieron a enrolarse, sobretodo después de la inmolación de Prat. Las mujeres, en cambio, quedaron relegadas a la fabricación de uniformes y otras prendas de vestir. Algunas, muy pocas, lograron colocarse de enfermeras de los regimientos en lucha.

Irene Morales, al igual que Candelaria Pérez, nació humildemente en el barrio de La Chimba(actual Independencia). No sabemos por qué razones se crió junto a su padre, hasta que éste falleció. Con sólo 13 años de edad, se fue a Valparaíso a vivir con su madre, ayudándola y aprendiendo el oficio de costurera.

Cuando tuvo edad suficiente, se enamoró de un artesano y contrajo matrimonio, con tan poca suerte, que antes de un año quedó viuda. Su desesperación aumentó al morir su madre en 1877. Sintiéndose desamparada, vendió su máquina de coser y se compró un pasaje para Antofagasta.

Allá contrajo matrimonio por segunda vez con un "pistón" de la banda de músicos de la ciudad, llamado Santiago Pizarro, que había sido marinero del blindado Cochrane.

Pero, desgraciadamente, esta unión iba a ser corta. El muchacho se vio enredado en una peleas en que terminó muerto un boliviano y, naturalmente, cargó con todas las culpas. Antes de seis días, fue fusilado bajo la luz de un farol público, y luego botado sobre la línea férrea. Allí lo encontró Irene, y no se le ocurrió otra cosa que tomarle una foto y jurar venganza de los que lo habían matado.

El 14 de febrero de 1879 desembarcaron las primeras fuerzas chilenas. Irene fue una de las primeras en correr al edificio de la Prefectura para celebrar la ocupación. Mientras ésta duró, Irene se presentó disfrazada de hombre al 3º de línea y sentó plaza de soldado. Sin embargo, la Comisión Receptora la descubrió gracias a su franca belleza. Pero era tal el deseo de combatir de la muchacha, que el capitán Camus la enganchó como "soldado tercerino".

Combatió como el mejor de los soldados, y luego, terminada la acción, se convertía en enfermera, atendía a los heridos y les preparaba sus alimentos.

Un año después, el general Baquedano fue informado de las hazañas de la mujer, y la autorizó para que vistiera oficialmente el uniforme, con el grado de sargento.

Cuando participó en la batalla de Tacna, fue levemente herida, no obstante, se dedicó a darles agua a sus compañeros desde un barrilito que llevaba colgado del cuello. Después, cuando los Carabineros de Yungay entraron en Tacna, Irene iba con ellos montando un brioso mulato y gritando "¡Viva Chile! con el arma en alto.

Pasaron los años y el 7 de octubre de 1888 se inauguró el monumento al Roto Chileno en la Plaza Yungay. Allí estaba entre los asistentes callada y humilde, hasta que alguien la reconoció y aplaudieron y vitorearon a la "monja de la caridad" como la llamaban sus compañeros.

Poco después, el 25 de agosto de 1890, entregó su alma a Dios en la sala común de un hospital. (¹)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. Publicaciones Militares. Santiago. 1981.

# DOÑA VICTORIA SUBERCASEAUX

(Esposa de Vicuña Mackenna)

A los nueve años lo matricularon en el colegio de Cueto, donde enseñaban latín, aritmética y gramática. Pero el niño no sentía afición por esas materias y salió mal en todos los exámenes. Sólo le interesaba la historia que, después de leer, contaba a sus compañeros en forma entretenida.

En 1847 ingresó al Instituto Nacional. Un año después, antes de cumplir los diecisiete, se incorporó a la Academia de Leyes de la Universidad de Chile, regida por el ilustre don Andrés Bello. Como vivía en casa de su tío don Félix Mackenna, comenzó a trabajar en la oficina que éste tenía en la calle Rosas, con el modesto sueldo de vein-

ticinco pesos al mes. En este estudio se reunían, en animada tertulia, los hombres públicos más destacados de la época.

Fue por esos años cuando comenzó a escribir sus Memorias Intimas, y nunca dejaría la pluma hasta el día de su muerte.

Como todos los muchachos, sus escritos de entonces hablan del amor imposible, al igual que los libros románticos de Lamartine y de Byron.

Leía con pasión cuanto caía en sus manos. Libros de autores españoles, franceses, ingleses y hebreos. Su poderosa mente clasificaba y archivaba. Se daba tiempo para asistir a espectáculos teatrales y se transformó en visitante habitual del Teatro de la República que acababa de abrir sus puertas. Era tan fuerte su atracción por las letras, que a los dieciocho años, en 1849, fundó la Sociedad Literaria de Santiago, acompañado por Lastarria, Miguel de la Barra, Miguel Luis Amunátegui y otros que también destacarían más tarde.

Más adelante, el Mercurio, fundado por su padre hacía ya varios años, lo contrató como redactor jefe con el fantástico sueldo de cuatro mil pesos anuales, suma hasta entonces nunca pagada a un periodista. No permaneció mucho tiempo en este cargo, pues la política no dejaba de llamarle. En 1864 fue elegido diputado por La Ligua y se dedicó fundamentalmente a defender a las clases populares. A

esas alturas sólo tenía 33 años.

El historiador, el montonero, el político, el hombre que siempre había sido pobre, puso los ojos en su prima, Victoria Subercaseaux Vicuña, niña de la más cerrada aristocracia y heredera de cuantiosa fortuna. Esas cosas no pesaban para el joven. El valía por lo que era. El 4 de marzo de 1867 llegó en un destartalado carruaje, sonriente y vestido de frac, acompañado por el ilustre monseñor Casanova, a la elegante chacra Subercaseaux, donde se daba cita lo más rancio de la sociedad pelucona, para asistir al sonado matrimonio.

Los novios se establecieron en la calle de los Huérfanos, cerca del palacete de Meiggs en Alameda con Lord Cochrane, y finalmente en la calle Compañía Nº 12. En esta casa, puesta con sobriedad y gusto señorial, se desarrollaron constantes tertulias a las que asistían intelectuales como Lastarria, Eduardo de la Barra, Isidoro Errázuriz y otros.

Pero la salud de la joven Victoria estaba delicada y emprendieron un viaje a Europa, acompañados por su primogénita Blanca. Recorrieron Francia, Inglaterra y España, donde Vicuña adquirió, con enorme sacrificio pecuniario, el manuscrito inédito de la Historia de Chile del padre Rosales. Permaneció investigando en archivos y bibliotecas y enviando artículos a los periódicos de Chile y Europa. Mas el terruño se echaba de menos y decidieron regresar.

Don Benjamín, siendo intendente de Santiago, emprendió la obra del cerro Santa Lucía, pero su costo fue muy grande. Acabados los recursos fiscales, Vicuña Mackenna se endeudó personalmente en \$ 50.000 de la época, hipotecando sus propiedades particulares. La Municipalidad de Santiago quiso hacer suya esta deuda, pero el presidente Federico Errázuriz Zañartu, ya enemigo político del intendente, denegó su aprobación y Vicuña terminó arruinándose económicamente. A pesar de esto diría: "Con todo esto, no se acaba en mi alma esa locura indomable que se llama patriotismo".

Don Benjamín había construido para su esposa una hermosa quinta en el Camino de Cintura, donde hoy se alza el museo de su nombre. Aparte de la casa principal, levantó un pequeño castillo donde instaló su archivo. Plantó nogales, araucarias y árboles chilenos. Un bellísimo lugar donde se hermanaba lo rústico con lo refinado.

Durante los años de la Guerra del Pacífico, Vicuña no sólo se dedicó a pregonar y ensalzar las glorias del Ejército sino, acompañado por doña Victoria, ayudó generosamente a las viudas y huérfanos de los combatientes.

Doña Victoria Subercaseaux de Vicuña había recibido por herencia paterna la hacienda Santa Rosa de Colmo, en las cercanías de Concón. En 1883 don Benjamín co-

menzó a transformar y reparar las viejas casas y se instaló con su biblioteca y su familia. Allí continuó escribiendo febrilmente. Todas las mañanas un mozo le sacaba punta a centenares de lápices, porque no quería perder tiempo en entintar. Entre los asiduos visitantes a Colmo, se hallaba el joven José Toribio Medina, que llegaba de chaqueta blanca y cucalón. El trató de convencer al maestro de las ventajas de la escritura mecánica. Finalmente Vicuña aprendió a escribir a máquina, y aunque logró hacerlo con notable rapidez, declaró a su colega: "Escribo más rápido a lápiz".

A los cincuenta y cinco años don Benjamín estaba prematuramente viejo. Su vida había sido demasiado agitada. Dolores, fatiga, sueño y la certeza del fin le abrumaban. Una junta de los médicos Cannon, Fonck y Schröeder le examinó.

- ¿Me va a sentenciar el jurado? - preguntó con su buen humor acostumbrado.

Efectivamente, el diagnóstico fue la sentencia: degeneración de los riñones y ateroma o degeneración grasosa del corazón y arterias. Gran cantidad de azúcar. Albuminuria.

El 25 de enero de 1886 los visitantes salieron de paseo. Vicuña Mackenna permaneció en la casa con doña Victoria y su hija Blanca. La esposa contemplaba el paisaje; la hija, al padre. Don Benjamín ojeaba unos manuscritos; de pronto los agitó, su cuerpo se deslizó junto a la piel que le abrigaba y su cabeza descansó en el regazo de su compañera angustiada.

Cuando los profusos homenajes que el pueblo y las autoridades organizaron para rendirle tributo se hubieron apagado, salieron a remate la hacienda de Colmo y la quinta del Camino de Cintura, hipotecadas para terminar el cerro Santa Lucía.

Doña Victoria Subercaseaux viuda de Vicuña, otrora riquísima, hubo de arrendar una casa en la calle Villavicencio, donde vivió hasta el término de sus días. (¹)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> Vicuña Mackenna: Chileno de Siempre. Claudio Orrego Vicuña y varios otros autores. Editorial del Pacífico. Santiago. 1974.

## EMILIA DE TORO Y HERRERA

(Esposa del presidente Balmaceda)

En 1864 se suscitó un grave conflicto entre España y Perú. La primera se negaba a reconocer la soberanía del segundo y, en un acto inusitado, una escuadra española ocupó las islas Chinchas, peñascos próximos a las costas peruanas, famosos por su abundancia de guano.

El acto era una amenaza para las antiguas colonias de España. Los países de la América del Sur comprendieron que debían ponerse en contacto, y acordaron realizar en Lima el primer congreso americano.

La delegación chilena iba a ser dirigida por un hombre de gran prestigio, el ex presidente Manuel Montt, íntimo amigo del padre de Balmaceda, quien vio en este viaje la posibilidad para que su hijo reflexionara acerca de la firmeza de su vocación sacerdotal, y consiguió que don Manuel Montt llevara como secretario a su ahijado, además de Ignacio Zenteno Gana y Julio Zegers que ya estaban nombrados.

El joven José Manuel no podía poner problemas, pues admiraba profundamente a su padrino. La permanencia en Lima no fue larga. Era el primero de una serie de ininterrumpida de congresos americanos que no dieron mayores frutos. La actuación de don Manuel Montt fue brillante y el joven pudo observar cómo otros gobiernos ordenaban a sus ministros consultar primero con él, en los casos de emergencias no previstos en las instrucciones.

Lima era por aquellos tiempos una ciudad de gran vida social, y en su refinado ambiente aristocrático Balmaceda obtuvo sus mejores éxitos. En su corta estada causó sensación con su esbelta figura y finos modales. Su elevada estatura de 1,85 mts., sus ojos verdes y su larga melena rubia, hicieron palidecer a las limeñas.

En esos salones hizo amistad con un acaudalado chileno, Domingo de Toro Herrera, que estaba casado con una peruana y no podía venir a Chile sin descuidar sus negocios. Le pidió que al regreso visitara a sus padres y les llevara una carta.

José Manuel continuaba viviendo con sus padres en la antigua casona de calle Merced esquina de Mosqueto, desde cuyas ventanas se contemplaba el arisco peñón del Santa Lucía. En esa casa, el padre había impuesto severísimas normas de conducta. A la hora de comida, don Manuel José, alto, delgado y seco, se sentaba en un extremo de la mesa. En la otra punta doña Encarnación. Y aparte de los padres, sólo podía hablar el mayor, José Manuel. Los demás debían permanecer en silencio.

A su vuelta de Lima, y a través de la conversación, el viejo fue viendo el cambio experimentado en el hijo. Ya no era el místico seminarista, sino un político en ciernes. Las ideas liberales de Zenteno, el ejemplo de don Manuel Montt y los elegantes salones de Lima le habían cambiado

Pocos días después de su llegada, José Manuel vistió su levita más ceñida, se colocó los pantalones grises que habían hecho furor en Lima, y partió a la casa de la familia Toro, para engtregar la carta de su amigo.

Don Domingo José de Toro Guzmán era nieto del Conde de la Conquista. A los pocos minutos de haber llegado, José Manuel tenía a toda la familia pendiente de sus palabras. Padres y hermanos querían tener noticias de Domingo, quien ya había enviado cartas hablando de su amigo Balmaceda. La elegancia de sus modales y su suelta conver-

sación, capturaron a aquella familia, en particular a una de las hijas a quien el señor de Toro pidió que se sentara al piano. Y mientras la joven desgranaba melodías, comenzaron a vibrar sus corazones a través de intensas miradas que pretendían ocultar.

Al despedirse de sus nuevos amigos, José Manuel sabía que estaba perdidamente enamorado de esa muchacha, Emilia, cuyos ojos le habían cautivado. No pasó mucho tiempo sin que pidiera su mano. El matrimonio fue bendecido en la parroquia del Sagrario el 11 de octubre de 1865 por el Prebendado don Francisco de Paula Taforó, siendo uno de los testigos su padrino don Manuel Montt.

Su padre, maravillado con el cambio operado en el joven, le propuso que se hiciera cargo de dos de sus haciendas, Peralillo y Lipangui, desde cuyos cerros podía contemplar el extenso valle de secano de Curacaví.

### CARMEN ARRIAGADA

(El gran amor de Rugendas)

El 11 de agosto de 1825 contrajeron matrimonio el teniente coronel graduado del Regimiento de Cazadores a Caballo, don Eduardo Gutike Mundt de 28 años, con Carmen Arriagada García, de 17, nacida en Chillán en 1808.

El joven había llegado al mundo en 1797 en Berlín, profesaba la religión católica y era hijo del Consejero de la Corte de Apelaciones de esa ciudad. Había prestado servicios en las tropas patriotas durante la Independencia y se había ganado el aprecio y la distinción del Gobierno. El oficial fue uno de los tantos militares extranjeros que ofrecieron sus servicios a Chile en el período de la Independencia. El padre de la niña, don Pedro Ramón Arriagada no estaba a gusto con ese matrimonio, pero no quería violentar el deseo de su hija, de difícil personalidad y dispuesta a hacer su voluntad, aún en contra de la de sus padres. Cuatro años después falleció su progenitor y dos años más tarde, la madre.

Gutike participó en las campañas contra los Pincheira y pronto se vio envuelto en la guerra civil. Al vencer el general Joaquín Prieto en Lircay, fueron dados de baja numerosos oficiales por orden del presidente José Tomás Ovalle y su ministro del Interior don Diego Portales. Este había llegado al gobierno sin programa, promesas ni compromiso con partido alguno. Más aún, sin la menor ambición de poder. Pero bastó su presencia para que se cambiara bruscamente desde el temor y la incertidumbre al renacimiento de la confianza. El general Joaquín Prieto, que encabezaba una revolución en el sur, se resolvió a seguir las indicaciones de Portales.

La guerra civil se decidió en Lircay, donde las fuerzas de Prieto se encontraron con las del general Ramón Freire con inusitada violencia, y terminaron venciéndolas. El triunfo de Prieto puso fin a la contienda y a la anarquía, y dio comienzo a la época de la organización definitiva de la república que haría Portales. Pero significó también, la salida de muchos militares del ejército, entre ellos, el marido de Carmen Arriagada.

El matrimonio debió irse a vivir a Linares donde su padre había dejado en herencia varios fundos. Carmen se adjudicó algo de dinero y un campo llamado Llancanao, de 500 cuadras y muy cercano a Linares.

Los Gutike se habían hecho amigos con otro matrimonio, el del teniente coronel Tupper con Isidora Zegers Montenegro, cuatro años mayor que Carmen Arriagada. Tupper fue asesinado poco después de la batalla de Lircay e Isidora Zegers contrajo segundas nupcias con Jorge Huneeus. Doña Isidora se transformó en el centro de la actividad musical y cultural en Santiago y su casa era visitada frecuentemente por artistas e intelectuales, entre ellos el pintor Johann Moritz Rugendas, que había llegado a Chile en 1834, huyendo de unas acusaciones de conspiración en Méjico.

A raíz del terremoto que asoló los campos entre Talca y Concepción, doña Isidora organizó un concierto en favor de los damnificados, que se realizó el 18 de mayo de 1835. Es posible que Carmen Arriagada y Rugendas se hayan conocido en esta ocasión. No obstante, el matrimonio Gutike continuaba viviendo en Linares donde el ex oficial no lograba sacarle utilidades al campo. En mayo de 1836 se trasladaron a Talca, a una casa ubicada en 2 Sur con 2 Oriente.

Poco después de su llegada, Rugendas se consiguió del gobierno un permiso para viajar al sur y "levantar planos topográficos". Entretanto, arrendó en la capital una pieza en la calle Ahumada muy cerca de la Plaza de Armas, y sus comidas las hacía en la Fonda Inglesa o en el Café del Comercio. A comienzos de 1835 sufrió algunas molestias a la vista, que no le impidieron pintar un cuadro para ser vendido en el concierto a favor de los damnificados de Chillán. En septiembre de ese mismo año, partió a la región de Arauco en compañía de Antuco, un hijo del Director Supremo Francisco de la Lastra.

Después de recorrer todos los sitios que tenían interés artístico, Antuco regresó a Santiago, y Rugendas se detuvo unos días en Talca. El pintor era hombre de trato muy agradable y modales de hombre de mundo; de aspecto noble, amplia frente, esbelto aunque algo encorvado, "de mirada espiritual y ligeramente irónica". Allí recibió una nota de los Gutike invitándolo a pasar unos días en su fundo de Llonconao, aprovechando que es plena primavera.

Mientras el pintor permaneció allí nació un profundo amor entre ellos. Pero fue un amor platónico, como ella reconoce en una de sus cartas: "Sólo un momento dejó de ser puro mi amor y triunfaba mis sentidos si tú, si mi suerte, no hubieran destruido el hechizo"...Más adelante agrega: "Este amor que no deja remordimientos en mi alma es mi única felicidad. Pero lo debo a tí, cuya fuerza de alma supo triunfar del deleite; no a mí, cuyos sentidos tan fáciles de excitarse me perdían".

Es indudable que la corrección y respeto del pintor alemán, mantuvieron ese amor en el plano sentimental. Y será siempre así, ya que los acontecimientos los tuvieron mucho tiempo separados. Cuando estaban juntos, muy pocas veces, Rugendas la respetaba como a la mujer de su amigo y compatriota Gutike.

No debe perderse de vista que Carmen era una escritora de mucho talento, que estaba viviendo en pleno la época del romanticismo francés. Leía incansablemente a Dumas, a Víctor Hugo y a Balzac. Al leer su correspondencia, da la impresión de que ella vivía cada uno de los personajes femeninos, y eso aumentaba su amor espiritual por Rugendas. El le enviaba constantemente libros, hasta de Plutarco, pero ella continuaba con Dumas, ese joven romántico de 35 años que estaba totalmente en su misma honda sentimental. No obstante, más adelante, en 1840, escribe exaltada en contra de los acontecimientos históricos de Francia.

Rugenda había hecho ya tres viajes a ver a su amada: a Linares en 1835 invitado por el matrimonio Gutike; a Talca en 1836 y a Constitución en 1837. A comenzar el invierno de 1838, Rugendas viajó a caballo a Talca, donde permaneció cerca de un mes, tiempo en que produjo muchas de sus pinturas, y a fines de junio se devolvió a Santiago en medio de un temporal, que casi lo ahogó al cruzar el río Lircay.

Después de este viaje, Carmen le describe cómo transcurría la vida pueblerina en Talca: "Nuestra tertulia en muy triste e insípida". "Aquí estamos siempre alrededor de la estufa, Duffy y Donoso jugando ajedrez, Gutike haciéndonos ponche caliente, yo el té y Nicolás Donoso y Bernardo Letelier jugando malilla hasta las 6 de la mañana".

Por esos días Chile estaba en plena Guerra contra la Confederación Perú-boliviana. El Tratado de Paucarpata altamente inconveniente para Chile, firmado por Blanco Encalada, general muy ligado a Talca, fue desautorizado por el presidente Prieto y el general se marchó a vivir en su fundo en Chimbarongo.

Eduardo Gutike viajaba constantemente por negocios del fundo a Chillán. El ya se había dado cuenta de lo que sucedía entre su mujer y Rugendas. Pero conocía la rectitud del alemán y confiaba en la fidelidad de su mujer. No obstante, era penosísimo para él, toda vez que a esta situación había que agregar el problema económico.

Carmen escribe a Rugendas sobre su marido, resumiendo lo que es su vida sentimental: "amar con amor invariable al uno y cuidar y hacer agradable la vida del otro". En todas sus epístolas declara que jamás le faltará a su marido a quien juró lealtad, aunque ame locamente al pintor.

Talca es por esos años una ciudad totalmente provinciana. Sus casas son achaparradas y cubiertas por tejas coronadas de pasto. Todas de un piso, las de dos, se cuentan con los dedos de las manos. Como es una ciudad lluviosa, las piezas son heladas y oscuras, pocos muebles, iluminación a velas y ventanas que dan a corredores.

En noviembre de 1837 se llevaron a efecto unas carreras de caballos a la chilena, a unos tres cuartos de legua de Talca. Carmen le cuenta a Rugendas que había 18 vehículos, entre coches, calesas y birlochos, más 200 carretas. Ella fue en su caballo negro.

En diciembre de ese año Rugendas partió a caballo a Mendoza y tuvo un accidente que le dejó una cicatriz en la frente. Este golpe le produciría dos años después frecuentes dolores de cabeza y perturbaciones nerviosas que le impedía trabajar.

El artista bávaro pasaba por problemas económicos. Se le ocurrió reunir una colección de cuadros sobre personajes campesinos. Más adelante, durante su permanencia en Valparaíso, dictaba clases y hacía retratos a personas importantes.

El tema de los fletes a Talca era conflictivo. Cuando quisieron llevar un par de pianos, Carmen afirma que tuvieron que comprar una carreta con sus bueyes. Ella pensaba que bastaba con contratar el flete.

Gutike se lo pasaba viajando, vendiendo lanas producidas en el fundo, en un intento de salvar su situación económica. Fue Linares, luego a Cauquenes por un pleito. En su ausencia, Carmen viajaba a Constitución. El le prometió hacer lo posible por llevarla a Valparaíso, donde sabe que está Rugendas.

En 1839 Rugendas efectuó su quinta visita a Talca y se alojó en casa de los Gutike, que lo atendieron ofreciéndoles todas las comodidades de su casa. Y mientras ella le leía un libro en voz alta, él no se cansaba de hacer dibujos, pues nunca podía tener quieto el lápiz. Rugendas escribió desde allá a su amigo escritor argentino Domingo de Oro. Desde allí viajaría al puerto de Valparaíso.

En 1839 lograron ir al puerto y Rugenda les presentó a todas sus amistades. Carmen permaneció enferma varios días y Gutike viajó a Linares en un pequeño barco que hacía cabotaje entre Valparaíso y Constitución. Finamente, anunciaron que volverían a Talca en septiembre en el bergantín La Paloma. Antes que lo abordaran, el barco se hundió y corrió la noticia de que los Gutike habían perecido. Pero éstos decidieron a última hora viajar en un birlocho. Una primera etapa desde el puerto a Santiago acompañados por Rugendas, una segunda etapa a Rancagua y luego cam-

biaron de vehículo y alcanzaron hasta Chimbarongo, a las tierras de Blanco Encalada. Este les facilitó su carruaje, mucho más suave, y en él llegaron a Talca. Los negocios de Gutike siguieron malos. En el verano de 1841, Carmen viajó a Panimávida a tomar baños termales en un carruaje muy suave que le ha preparado su marido con ruedas inglesas.

En Talca se dictó un reglamento para los serenos. Tenían entre sus obligaciones, exigir a los dueños de casas que enciendieran un farol al caer la noche, no permitir en la calle actos ni expresiones obscenas o escandalosas, arrestar a los ebrios, y cantar las horas y el estado del tiempo.

En los días de Semana Santa, todos debían transitar a pie, salvo el cura o el médico. Como no se podían tocar campanas, sólo se oían las matracas.

En octubre de 1938, los Gutike se cambiaron a otra casa, vecina al Dr. Parot, en 1 Poniente, junto al Piduco. Tenía un salón que se comunicaba con la habitación de Gutike, el comedor, el dormitorio de Carmen, luego el de la empleada. A la entrada estaba la caballeriza, la despensa y dos salas más. La carta habla de que cada uno tiene su habitación. ¿Camas separadas? Más adelante ella confiesa que sus relaciones se llevan con absoluta independencia.

En 1841, como Rugendas no fue a Talca, un caballo de Gutike le esperaba en la Fonda Inglesa permanentemente. Ambos alemanes se apreciaban mucho, a pesar de que los dos estaban al tanto de lo que ocurría con Carmen. Eduardo Gutike tenía 48 años en 1842, pero su paciencia se había ido agotando y ante los continuos ataques histéricos de su mujer se ponía impaciente y de mal genio. Ya casi no se hablaban. Finalmente, en 1843 el alemán fue reincorporado a las milicias de caballería como teniente coronel, con un sueldo de \$ 150. Esto les proporcionó gran tranquilidad. A fines de ese año Gutike comenzó a sufrir ataques de gota que le agriaron más el genio.

Pero eran tantos los reclamos de amor en las cartas de Carmen, que en mayo de 1842, Rugendas tomó el caballo de Gutike y viajó a Talca por sexta vez. No se volverían a ver en dos años y medio más. La última visita fue en enero de 1845, a su regreso del Perú, y permaneció dos o tres semanas en Talca.

En este viaje. Carmen comenzó a percatarse de que en el horizonte de Rugendas había aparecido otro personaje al que comenzaba a amar. Era Clarita Alvarez Condarco de sólo 17 años, pero el pintor no se resignaba a perder la amistad con Carmen, ya de 35 años, que le proporcionaba a través de sus cartas nuevas fuerzas e incentivos. La niña era su alumna en clases de pintura y le llamaba "tío". Rugendas, derechamente, escribió a Carmen consultándole sobre su situación sentimental. Curiosamente, Car-

men no se molestó ni le guardó rencor. Por el contrario, lo aconsejó, pero descubriéndole que no sólo era un amor de la niña hacia él, sino también de él a ella. Y le recordó la diferencia de edad que había entre ellos, 17 ella y él de 40, y lo difícil que era para un pintor mantener a una mujer e hijos.

La familia de Clarita se opuso al matrimonio. A su petición de mano recibió una negativa rotunda, casi ofensiva. La niña sufría porque amaba al pintor, pero cumplió la voluntad de sus padres y se dedicó de lleno a las actividades culturales del puerto. A los 40 años, en 1865, abandonó este mundo.

Ante la negativa, Rugendas decidió viajar a Perú y Bolivia desde donde regresó en enero de 1845, para realizar su úl-

timo viaje a Talca.

Finalmente, Rugendas retornó a Europa. Zarpó en el bergantín de guerra Eridiano y vía Cabo de Hornos arribó a Montevideo el 26 de marzo de 1845. Luego partió a Buenos Aires, donde hizo varios trabajos, y en julio salió hacia Río de Janeiro. Allí permaneció un tiempo pintando para el emperador Pedro II, y a fines de 1847 llegó a Europa, dirigiéndose directamente a Augsburgo, en Baviera, su tierra.

Curiosamente, los dos alemanes murieron el mismo año. Rugendas el 29 de mayo de 1858, y Gutike en Constitución el 12 de enero de el mismo año.

A los 92 años, el 16 de junio de 1900, falleció doña Carmen. Era una ancianita de cabeza blanca y pequeña estatura.(1)

<sup>&</sup>lt;sup>1</sup> El gran amor de Rugendas. Oscar Pinochet de la Barra. Editorial Universitaria. Santiago. 1987.

Carmen Arriagada, cartas de una mujer apasionada. Epistolario. Oscar Pinochet de la Barra. Editorial Universitaria. Santiago. 1990.

## ISIDORA ZEGERS

Nació en Madrid en 1803, aunque era de antecedentes flamencos. Cuando llegó a Chile en 1823, después de estudiar composición y canto en París, estaba en el apogeo de su belleza y de su desarrollo intelectual. Hablaba varios idiomas, tocaba maravillosamente el piano y cantaba música de los grandes maestros, especialmente Mozart y Rossini, con una limpia y hermosa voz de contralto.

Su padre, Juan Francisco Zegers, había sido contratado en Londres por l diplomático Irisarri, para servir en el cargo de Oficial Primero de Relaciones Exteriores.

Al corto tiempo estaba vinculada con el movimiento cultural y artístico de Chile, por lo que era activa integrante de todas las reuniones de la más alta sociedad. En

estas tertulias se hizo amiga de la poetisa Mercedes Marín del Solar, del maestro Bello, Jotabeche, Tocornal, Lastarria y de los pintores Rugendas y Monvoisin.

Isidora era amiga del violoncelista danés Carlos Drewtke, con el que en 1826 organizó la primera Sociedad Filarmónica. Más adelante, en 1850, aprovechando sus contactos con el presidente Bulnes, gestionó la creación del Conservatorio Nacional de Música.

Fue presidente de la Academia Superior de Música, cargo que le permitió participar activamente en la formación del Conservatorio y fundar un Semanario Musical, en el que participaron José Zapiola y el músico peruano, autor del himno nacional del Perú, Bernardo Alcedo.

Carmen Arriagada, que en sus cortas estadas en Santiago asistía a las veladas culturales, le escribe a Rugendas el 6 de abril de 1836, y le comenta que Isidora Zegers fascinará cantando áreas de óperas de Rossini.

Casó primero, en 1828, con el militar inglés Guillermo de Vic Tupper. El matrimonio fue fastuoso y asistió el propio Director Supremo, el general Freire.

Luego, ya viuda, se casó en 1830 con el alemán Jorge Hunneus, que la secundaba muy bien. Ella era de una actividad asombrosa. En 1851 el presidente Manuel Bulnes la nombró directora del Conservatorio Nacional de Música.

A raíz del terremoto que asoló los campos entre Talca y Concepción, doña Isidora organizó un concierto en favor de los damnificados, que se realizó el 18 de mayo de 1835. Es posible que Carmen Arriagada y Rugendas se hayan conocido en esta ocasión. No obstante, el matrimonio Gutike continuaba viviendo en Linares donde el ex oficial no lograba sacarle utilidades al campo.

En 1844 llegan a Chile las cantantes italianas Clorinda Corradi Pantanelli y la Teresa Rossi. El Mercurio de Valparaíso las trata de "ángeles" y tuvieron un éxito fulminante en Santiago. Según Carmen Arriagada: "La noche del beneficio de la Rossi dicen que le arrojaban al teatro coronas con joyas de precio y que la multitud era tanta a la salida de ella, que no pudo salir el coche de Subercaseaux que la esperaba para llevarla a un banquete que éste les tenía preparado

Posteriormente, la cantante italiana Teresa Rossi escribe a Rugendas, en su mezcla de italiano con español: "La señora Hunneus, muy recomendable y amable...despojándose de toda suerte de tonterías sociales nos visitó para tener nuestra amistad. Así estamos ya amigas. Me agradó todo en ella, canta bien y es loca como nosotras dos; estuvimos ya dos veces en su casa" En otra carta: "La noche la pasamos con doña Isidora en su casa. Estamos siempre en buena relación con ella. Es muy buena

señora, está procurando todavía y siempre furibonda (sic) por cantar; es incansable.

Su hija del primer matrimonio de Isidora, Elisa Tupper, casó con Francisco Puelma Castillo. Era hermana de Fernando y José Zegers.

Murió el 13 de julio de 1869.

## INDICE

INES SUA	AREZ	
	(Conquistadora y gobernadora)	1
MALGAR	RIDA	13
	(La compañera de Almagro)	
MARINA	ORTIZ DE GAETE	15
	(Esposa de Pedro de Valdivia)	
JUANA J	IMENEZ	19
	(La segunda manceba de Valdivia)	
DOÑA A	GUEDA FLORES	21
	(La mujer más rica de la Conquista)	
INES DE	AGUILERA Y VILLAVICENCIO	25
	(La heroína de La Imperial)	
INES BA	ZAN DE AROSTEGUI	33
	(Heroína contra los corsarios)	
JANEQUI	EO	41
	(La capitana araucana)	
CATALIN	NA DE ARAUSO	49
	(La Monja Alférez)	
ISABEL 1	DE LANDA	63
(Fun	dadora de las monjas Isabelas de Osorno)	
BEATRIZ	L DE CORDOVA	67
	(Esposa de Alonso de Ribera)	

ANA MARIA DE TOLEDO	73
(Heroína de Chillán)	
FRANCISCA TERRIN DE GUZMAN	77
(Fundadora de las monjas agustinas)	
MARIA DEL CASTILLO CARVAJAL	81
(La cautiva castellana)	
BEATRIZ DE AHUMADA	89
(Una mujer de armas tomar)	
MADRE FRANCISCA TERESA	
DEL ÑIÑO JESUS	97
(Fundadora de las carmelitas en Chile)	
ISABEL PANDO	103
(Primera matrona)	
CATALINA DE LOS RIOS Y LISPERGUER	107
(La Quintrala)	
CATALINA DE SARAVIA	
(Esposa del Barrabás Meneses)	
DOÑA MARIANA FUENZALIDA	127
(Una abadesa de pelea)	
SOR TADEA GARCIA DE LA HUERTA	
Y ROSALES	
(Una de las primeras escritoras)	
MANUELA FERNANDEZ DE REBOLLEDO	
(Esposa de Joaquín Toesca)	
(Esposa de Alonso de Ribera)	

MARIA DEL CARMEN ERRAZURIZ	
Y MADARIAGA	143
(Esposa del Corregidor Zañartu)	
MARGARITA JOSEFA DE RECABARREN	
Y PARDO	149
(Abuela de Blanco Encalada)	
ISABEL PARDO DE FIGUEROA	151
(De la ilustración femenina del siglo XVIII)	
MARIA LUISA DE ESTERRIPA Y MUÑOZ	153
(Reina de las tertulias)	
ISABEL RIQUELME	155
(La madre del Libertador)	
MARIA ANTONIA LAUREANA	
SALAS DE ERRAZURIZ	161
(Benefactora)	
DOLORES ARAYA Y CORTES.	163
(Esposa del Huaso Bueras)	
PAULA JARAQUEMADA Y ALQUIZAR	169
(Patriota valiente y decidida)	
MARIA SILVA DE SALINAS	173
(Esposa de un conspirador)	
JOSEFA PORTALES Y LARRAIN	181
(La esposa de Portales)	
CANDELARIA GOYENECHEA DE GALLO	185
(Benefactora copiapina)	

DOÑA ROSARIO MONTT	187
(Esposa de Manuel Montt)	
MERCEDES MARIN DEL SOLAR	195
(Poetisa)	
MADRE BERNARDA MORIN	197
(Fundadora de la Divina Providencia en	Chile)
SARGENTO CANDELARIA PEREZ	209
(Cantinera heroica)	
MATILDE LEMUS DE CONDELL	217
(Esposa de un héroe)	
LA SARGENTO IRENE MORALES	218
(Cantinera de 1879)	
DOÑA VICTORIA SUBERCASEAUX	221
(Esposa de Vicuña Mackenna)	
EMILIA DE TORO Y HERRERA	227
(Esposa del presidente Balmaceda)	
CARMEN ARRIAGADA	231
(El amor de Rugendas)	
ISIDORA ZEGERS	243
(Reina de la música en el siglo XIX)	

# OTRAS PUBLICACIONES DE EDITORIAL ANDUJAR

#### Nombre libro

Autor

Diccionario para puzzlistas Los mejores cuentos La negra Rosalía Hogar chileno Historia de San Felipe El ideal de un calavera El puente de Cal y Canto La Plaza de Armas Piratas en el Pacífico La Construcción en Chile Mujeres de Chile La otra cara Magallanes Tradiciones coloniales De oidores, frailes y vecinos Santiago Bueras Crónicas carmelitas Arauco No domado Crónicas Venenosas Historia de La Serena Memorial del viejo Santiago Qué pasó con Sofía Alcántara Un muerto de mal criterio

Donato Torechio Joaquín Díaz Garcés Justo Abel Rosales Senén Palacios Bernardo Cruz Adler Alberto Blest Gana Justo Abel Rosales Carlos Valenzuela Manuel Concha Alfonso Calderón José Ignacio Valenzuela Jenaro Prieto







